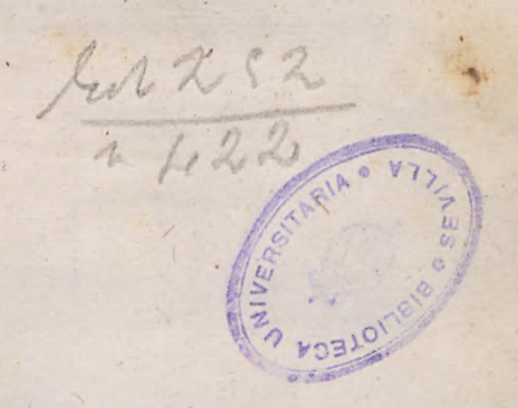


GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO V.



GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedicala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO V.

MADRID: Junio, 1831.
Imprenta de D. J. Palacios, *calle del Factor.*



Los ejemplares que no lleven las marcas que aqui aparecen, serán recogidos, y conducido ante la ley su espendedor como usurpador del derecho de propiedad.

HISTORIA TRÁGICA 10.ª

EL FALSO CAPUCHINO.



En esta escena la imaginacion sola vale mas que las mas brillantes hipérboles.

El hombre sin virtudes es un hombre muerto: si fuere un Rei, su manto real no es mas que el paño de una tumba, bajo el que está sepultado.

Del hombre sin virtud á el hombre que considera el edificio sagrado de la moralidad pública como un monumento pueril, erigido solamente por hombres débiles, aun hai una gran diferencia; y de esta especie de malvados es de la que voi á tratar, tomando por mo-

delo la persona de Vandesuyten, famoso banquero de Rotterdam.

Desde su mas tierna infancia nuestro héroe anunció las mas funestas inclinaciones: su cruel placer estaba en envenenar los perros de caza de su padre; en hacer morir con mil tormentos prolongados los pájaros que tenia su madre; y luego que fue mas grande, en martirizar á los caballos y reventarlos á fuerza de correr: los criados tampoco se libraron de sus crueldades, y algunas doncellas igualmente esperimentaron dolorosos tratamientos que el pudor no permite referir. Desuyten, á mas de esto, estaba dotado de una bella fisonomía, máscara impostora que favorecia demasiado á su perversidad.

Cuando se vió dueño de una fortuna colosal á la muerte de sus padres, circunstancia que dió margen á sospechar de haber sido envenenados, sus criminales inclinaciones tomaron un impulso tanto mas grande, cuanto que habia estado sujeto con la mayor violencia mucho tiempo bajo la autoridad paternal. Del abuso de confianza en la administracion de cantidades considerables de las fortunas que le habian sido confiadas en depósito, pasó á las mas horrorosas concusiones; y depositario infiel, colocó bien pronto sobre su frente descarada el oprobio del que hace bancarota fraudulenta: asi como la mayor parte de estos estafadores que se enriqueçen con

la fortuna de otros, Desuyten marchaba á la suya por el camino que conduce al patíbulo. Tres bancarotas seguidas habian ya resentido por su enormidad el comercio de la Holanda y del estrangero, y nuestro pícaro Desuyten, sin vergüenza, se presentaba aun con el lujo mas desenfrenado; sin embargo, por una de aquellas casualidades que dificilmente podemos comprender, gozaba este hombre de una cómoda impunidad: notado de infame en la opinion pública, y despreciado de todos, debiera haberse estrañado él mismo del comercio de los hombres; pero como no tenia vergüenza, seguia tratando con todos, y concurria aun á la mejor sociedad de

Rotterdam : era completamente despreciado interiormente por los hombres de honor; pero esto nó le arredraba en seguir sus inclinaciones galantes, y se señalaba (por la que él llamaba buena fortuna) de tener las mejores mugeres á la moda en aquella ciudad : sus propiedades de amor no hicieron al principio mas que cubrir las fórmulas ordinarias de la galantería: fingir que amaba : tratar de ser prontamente feliz, y como nuevo Faublas, saltar de rosa en rosa como la mariposa; por manera que nuestro holandés no fue por espacio de algunos años mas que un atolondrado en amores, sin pensar en otra cosa que en hacer todos los dias nuevas conquistas; pe-

ro todo esto, en fin, no era para sus sentidos, codiciosos de crueles investigaciones, sino una satisfaccion comun, enteramente desprovista de los encantos de lo estraordinario: á mas de esto, ya habia cumplido treinta y seis años; época en que las pasiones toman una direccion funesta hácia el vicio, cuando no estamos dispuestos por buenos principios á procurarnos un porvenir de probidad y de juicio. A esta edad comunmente es en la que los voluptuosos de profesion, entibiados ya en la ilusion que ha perdido en ellos su imperio, apelan á los desarreglos de su imaginacion, para hallar en ella un delirio que no viene ya á la sola voz de la natura-

leza ; pero estas ya no son mas que puerilidades de la relajacion , inventadas mas bien para escitar la risa de la piedad, que el sentimiento de la indignacion; niñerías que solo pueden hacer levantar los hombros; mas lo que resulta bien pronto de estas primeras irritaciones del vicio , es que la imaginacion, ambiciosa de todos sus caprichos voluptuosos, inventa los medios de suplir la impotencia de las fuerzas físicas por veleidades del crimen ; y culpable por un necio antojo , se imagina que la copa del placer no puede ser mas grata á los labios que llena de sangre preciosa de una interesante beldad!!! La historia nos ofrece bastantes ejemplos monstruosos de estas in-

venciones homicidas, en que el placer de los sentidos no llega á su perigeo, sino por el espectáculo del dolor. Neron, el cruel Neron, Tiberio, Calígula, Calígula sobre todo, que se gozaba en el pensamiento atroz de hacer rodar por el suelo la hermosa cabeza de su querida; Dionisio el tirano, que no habia conocido jamas el placer sino en el asesinato.... Mas; la célebre princesa de Sardis, que jugaba á los dados la vida de uno de sus esclavos, como se apuestan mil guineas en Lóndres en una corrida de caballos.... En fin, todos estos monstruosos ejemplos de que abundan la Grecia y el Asia, no prueban sino que el hombre, exhausto de medios naturales, cree

suplirlos con las violentas vibraciones del crímen; al paso que en el fondo no hace mas que aumentar la sombra ensangrentada de los remordimientos, en vez de apreciar á la diosa que se veneraba en Gnido.

Desuyten, afeminado por el lujo, fastidiado, empalagado de fáciles triunfos, y osado en sus crímenes por los sucesos que hasta entonces nunca se habian desmentido, cree poder tomar en la antigüedad apologías sin réplica, y autorizándose de las paradojas infames de un libro escandaloso, no marcha ya en adelante al templo de Citeres sino con un agudo acero en la mano. ¡Qué placer! ¡este sí que es el placer de los infier-

nos!!! Al principio, á fuerza de oro, halla víctimas abandonadas que tienen la infamia, suicidas de sus atractivos, de traficar con una tarifa en la mano sobre el número de heridas que habian de recibir. Desuyten, pues, entregándose al vicio como hombre relajado, no conocia ya el pudor ni el freno, y no hacia todos los dias mas que ajustar estos tormentos monstruosos..

....

Mas un dia, este mónstruo, no contento de tan diabólicas operaciones, dice interiormente: *á este cuadro le falta una nube viva, que es el bello carmin;* y el bárbaro tuvo la maldad de herir con un puñal á las desgraciadas, para ver la san-

gre de su corazon. Ellas se fiaron de un libertino, sin conocer que trataban con un asesino, ejecutor y verdugo al mismo tiempo del castigo que merecian por su prostitucion y libertinage.... Desde esta época Desuyten, arrastrado ya al abismo de las monstruosidades, distribuyó la muerte en medio de sus odiosas caricias, y por librarse de un patíbulo, condenó al silencio de la tumba á las desgraciadas que habia seducido; pero no lo hemos dicho todo, pues esta misma perversidad que le conducia á inmolar para tener sensaciones estraordinarias, arrostrando mil peligros, le hizo á este infame no cuidar en adelante mas que de cometer asesinatos furtivos bajo el

velo de la astucia y del misterio; y ayudando su destreza natural á su perfidia, muchas mugeres, sorprendidas al salir de un teatro, del baile, ó por la noche en las calles, fueron víctimas de su atrocidad por el sobresalto y por la profundidad de sus heridas.

Este nuevo género de crímenes, desconocidos hasta entonces en las naciones de Europa, despertó en todas partes la venganza de las leyes y la indignacion pública: ya designaban á Desuyten, mirado generalmente como el único mónstruo capaz de semejante horror: algunas delaciones llegaron en su apoyo; y no permitiéndole la disipacion de sus riquezas calmar ya mas estos clamores ba-

jo el velo del oro, se resolvió á marchar á la Alemania con los restos de su fortuna.

Desuyten respiraba en esta nueva tierra; y si el sueño no le libraba de ser contínuamente asaltado de mil temores repentinos, compañeros inseparables del crímen; si entre las colgaduras de terciopelo tenia siempre á sus ojos la imágen espantosa de aquellos cuerpos hermosos que habia sacrificado en el fuego de sus trasportes homicidas, al menos la cuchilla del verdugo no estrechaba tanto su conciencia impaciente, y el recuerdo de sus bancarotas fraudulentas no mortificaba en tanto grado su espíritu. Su primer plan, como hábil hipócrita, fue el de

grangearse bajo un nombre supuesto en Juliers, ciudad poco distante de la Holanda, una reputacion de hombre de bien y de viagero negociante. En pocos meses habia ya usurpado cierta confianza, de la que se proponia abusar segun su criminal costumbre; pero el ministerio del *Stathouder*, viendo lo peligroso que era por sus gastos y perversas inclinaciones, habiéndole hecho vigilar en toda la Bélgica por los magistrados reservadamente, y correspondiéndose al mismo tiempo entre sí los naturalistas sobre la aparicion de un animal monstruoso que no habia tomado aun su rango en la escala de los seres, Desuyten se vió ya demasiado reducido, persegui-

do de nacion en nacion, á esconder su cabeza en la espesura de un monte dilatado en medio de la Franconia. La fortuna (quiero decir aquella que con una falsa sonrisa favorece por algun tiempo á los malvados) le protegió maravillosamente en su fuga. Sabedor de que cerca de una aldea de Oppendorff, entre Nuremberg y Bamberg, en la cima de una montaña elevada, existia hacia ya mucho tiempo un ermitaño de noventa años, resolvió, á imitacion de un personage semejante del Gil Blas, asesinarle, ponerse sus barbas, y bajo sus vestidos lograr su seguridad por algun tiempo, hasta que otras circunstancias mas favorables le permitiesen hacer un papel

brillante en su carrera criminal: logró el golpe á medida de sus infames deseos, y enterrando mui bien al pobre ermitaño, se envolvió en sus hábitos de capuchino; y habiendo estudiado antes de sacrificarle el sistema de su vida ejemplar y de sus piadosos discursos, engañó á todos los pueblos inmediatos, y á todas las aldeanas que fueron á la ermita, segun costumbre, en peregrinacion; las encantó, persuadiéndolas de lo conveniente que era á su bien espiritual el ir frecuentemente á consultarle. La calma de que gozaba en este nuevo estado de cosas, lejos de inducirle á un piadoso arrepentimiento, no hizo, al contrario, sino atizar con mas violencia las pasio-

nes criminales que le habian dado el primer lugar entre todos los mónstruos mas peligrosos á la sociedad; y habiendo entrado en su familiaridad las mas bellas aldeanas, tomó la cruel resolucion de hacerlas los objetos de sus criminales inclinaciones. Mariana Stembach, la mas hermosa de su lugar, fue la primera víctima de sus horribles lazos: ingénua y verdaderamente sencilla, no habia su corazon inocente cometido la mas ligera falta, ni conocia la maldad de las criaturas: ¿cómo podia sospechar residiese el crímen en una edad y bajo un hábito que su religion la mandaba respetar? Desuyten al principio, temiendo declararse abiertamente, la hizo algu-

nas preguntas insidiosas, y uniendo el gesto á la seduccion de sus discursos, trató de corromper una virtud, tanto menos esperimentada, cuanto que Mariana ignoraba hasta en las formas esteriores el vicio. Alentado por un silencio mal interpretado Desuyten, dejando aquel aire teatral, despojándose de sus hábitos y de su fingida barba, y prosternándose de rodillas á los pies de la que queria perder, la declaró con la mayor espresion: «Que si creia tener á sus pies á un viejo ermitaño, no era sino el conde de Bluicester, á quien una falta política habia alejado de la corte de su Rei.»

A esta declaracion fulminante, á esta brusca trasformacion, Ma-

riana, mas espantada que compadecida, no trata mas que de escaparse, persuadida de que Satanás en persona es el que reside en la ermita; mas la infeliz pretende inútilmente libertarse, porque Desuyten, apenas conoce su intencion, se apodera de ella, y atascándole un pañuelo en la boca, despues de sus infructuosos esfuerzos, sofocó sus penetrantes gritos y lamentos, hasta que la hizo espirar al filo de su puñal. La desgraciada Mariana, esta inocente y cándida paloma, tuvo una suerte tan lastimosa por su imprudente sencillez; pero conservó su honor hasta la muerte, entregando la virtud angelical solo á un ensangrentado ciprés, donde fue sepultada y cuyas

piñas sudaban todos los años sangre para eterna memoria de asesinato tan cruel. Este bárbaro, despues de tenerla ya enterrada, hizo correr la voz de haberla visto huir con un albeitar de húsares del regimiento de Barko, del que en aquella sazon se hallaba un escuadron acantonado en aquellos parages: la desercion de este albeitar (pero por otro motivo) dió por mucho tiempo á esta impostura un aire de verdad; y Mariana, en el celeste eliseo, fue seguida de otras muchas víctimas mas; porque este mónstruo se complacia solamente en matar.

Todo el pais estaba asombrado; pero la sencillez de estas buenas gentes les impedia que pudiesen

entrar en sospecha de un hombre que creian colocado por Dios en medio de su provincia, como una salvaguardia sagrada; antes bien le llevaban mil ofrendas para cooperar al esterminio de aquel azote que les diezmaba todos los dias sus hijas y sus esposas; y Desuyten aplacaba sus clamores por la piedad para que no llegasen hasta el trono.

En sus correrías por aquellas aldeas habia visto una hermosa labradora, madre de tres niños, cuyo marido estaba frecuentemente ausente para vender sus granos en los mercados: la idea de poseerla despertaba poderosamente sus deseos, hasta que ya una mañana mui temprano se fue á su casa, sabien-

do estaba sola con sus hijos, y quitándose la máscara, la declara su inclinacion en los términos mas espresivos: la aldeana, indignada al oirle, quiso llamar á los mozos de la labranza para prenderle; pero Desuyten, que habia reconocido con el mayor cuidado todo el local antes de arriesgar su declaracion, sabia mui bien que la aldeana no podia escaparse por ninguna parte; y para hacer mas dificil su posicion, se habia apoderado de sus tres hijos que los habia encerrado en un cuarto inmediato, del que tenia la llave; y en este estado dijo á esta desgraciada, que de su sumision dependia la vida de sus hijos: la alternativa era sin duda terrible; pero la aldeana, ani-

mada de una repentina indignacion; no quiso ceder á tan horrible capitulacion; y encerrándose con presteza en una pieza, dejó la suerte de sus queridos hijos en manos de la Providencia: el malvado Desuyten tentó muchas veces corromperla; pero hallándola inflexible, degolló á su vista (porque podia verlo todo por una rejilla) uno de sus tiernos niños, sufriendo despues los otros dos la misma suerte, al ver que le habian sido inútiles sus reiteradas amenazas para lograr sus infames deseos, retirándose despues de tan horrible carnicería, obra de sus infernales manos. Volver á entrar en la ermita despues de un crímen tan espantoso, que al momento seria di-

vulgado, era ya una cosa en que no se debia pensar mas; y de consiguiente, Desuyten solo trata de huir y hacerse el gefe de algunos facinerosos oscuros que infestaban el monte. Con esta resolucion marcha armado hasta los dientes, y por medio de algunas señales, que sabia eran familiares á los bandidos en un caso apurado, se vió al momento rodeado de un número considerable de malhechores. La especie de genio que brillaba en su frente, su aire de superioridad y de audacia, y su gran estatura le hacen pronto bendecir de la tropa. Su comandante habia sido apresado hacia ya algunas semanas en las inmediaciones de Nuremberg, donde sabian que habia tenido un

fin trágico en la plaza pública, y Desuyten fue aceptado por gefe unánimemente; y mucho mas cuando supieron que era el que habia hecho con tanta destreza de falso ermitaño. — «Pues, señor, hemos meditado un gran golpe, dice el que habia hecho de gefe hasta entonces, sobre un caballero mui rico de estas inmediaciones; pero es un sugeto mui astuto que nos opondrá las mayores dificultades.» Desuyten hizo que le informasen inmediatamente, como gefe, de todos los detalles de esta empresa; y habiéndola examinado bajo todos los puntos de vista, les dijo que él seria el ejecutor y responsable del buen suceso. No le ocultaron que este señor, baron de Neustadt,

era mui valiente, como antiguo militar; que tenia muchos criados, y en fin, que se debian correr los mayores riesgos en esta gloriosa espedicion. Desuyten quedó mui sereno y persistió en la misma resolucion. La casa de campo de este señor estaba distante de alli mas de diez ó doce leguas, y se decretó marchar toda la noche por la espesura del monte que confinaba con ella; y que en habiendo llegado á una legua de distancia, pasaria la tropa el dia en las inmediaciones, mientras él, bajo el hábito y barbas de capuchino, llegaba á la caida del dia á pedir hospitalidad como un pobre donado limosnero del convento de capuchinos: una vez introducido en la casa respon-

dió de hacer fácil la entrada, y de hacer sus señales á la tropa, que procuraria emboscarse, luego que llegase la noche, entre los frutales de la huerta de la casa. Ya tomadas estas disposiciones, parte Desuyten armado de pies á cabeza de pistolas y puñales, penetra hasta la habitacion del baron de Neustad, y con un tono humilde y estremamente edificante le dice, que deseaba pasar alli la noche por el mucho camino que le faltaba aun para llegar al convento: su aire venerable interesa al Baron, que le recibe con dulzura y le recomienda á sus dos hijas como un padre virtuoso, cuya edad y trage merecen todas sus consideraciones y respetos. Apenas Desuyten

fijó la vista sobre estas dos hermosas personas, se estremecieron sus sentidos y se erizaron sus cabellos, tal como haria un tigre sanguinario al ver un tímido cervatillo. Convidanle á entrar, á sentarse, á dejar las alforjas y descansar un poco mientras sirven la cena: nuestro fingido capuchino acepta, y cuando iban ya á sentarse á la mesa, se oyen fuertes golpes á la puerta principal: pasados algunos momentos de inquietud sobre lo que podria ser, llegó á decir un criado que era una ordenanza del regimiento de húsares de Barko, que habiéndose estraviado en el monte, se hallaba estremamente cansado lo mismo que su caballo, y suplicaba se le dejase pasar alli

la noche, pues tenia aun mucho camino que andar para llevar á su destino las cartas que se le habian confiado. El Baron, segun hemos dicho, habia servido, amaba con pasion á los militares, y no vió en estas circunstancias mas que la ocasion deliciosa de hablar de sus antiguas campañas. Desuyten estaba bien lejos de participar de su alegría: la presencia de este estrangero podia contrariar todos sus designios y comprometer por consecuencia la seguridad de su gente: sin embargo, como ya no era tiempo de retroceder, hizo como el gran César cuando pasó el Rubicon, y puso en manos de su suerte sus arriesgados destinos. Luego que entró el Húsar y fueron pasa-

dos aquellos cumplimientos y perdones de costumbre de una y otra parte, se sirvió la cena: el Baron se colocó entre el militar y el capuchino, teniendo enfrente á sus dos hijas: la conversacion no rodó mas que sobre una multitud de sitios, batallas y acciones sangrientas. El Húsar, no dejando que desear al Baron sobre esta interesante materia, se ocupaba al mismo tiempo en observar al soslayo al traidor Desuyten, cuyas miradas lascivas no podian resistir las dos señoritas. Concluida la cena, el capuchino, asi como los otros convidados, se persignaron y se saludaron, segun la costumbre alemana, y pasaron á la pieza de fumar para elegir pipas. Este fue el mo-

mento que el generoso Húsar aprovechó para llamar á un lado al Baron á la sala inmediata, sin que Desuyten lo notase. «Sin duda creeis tener, le dice, en vuestra casa un santo varon, un respetable religioso; y por el honor de mi escuadron os juro yo que no es sino un salteador de caminos.» Al oir esta esplicacion se sorprendió el Baron, y miró con atencion el semblante del Húsar, temiendo que el vino ó los licores le hubiesen trastornado algo la cabeza. «No dudeis un instante de mi sana razon, le replicó: os digo y repito, que el tal donado no es mas que un bandido, y que no se habrá introducido aqui á estas horas sin algun proyecto temible; sabed, en fin, Baron, que

su barba es postiza, sostenida por un hilo que le he visto detras de la oreja, y que á mas de esto he visto brillar la punta de un puñal debajo del hábito, cerca del cordon donde tiene el rosario....»

A tan espantosa noticia, el Baron ya no dudó de la penetracion del Húsar, y no sabia cómo pedirle perdon y darle muestras de su reconocimiento.... «Silencio, le dice el Húsar, silencio; dejadme á mí solo, yo respondo de todo: ved en dos palabras lo que teneis que hacer: ante todas cosas vais á armar con mucho silencio á todos vuestros criados. Vos mismo os armareis con un par de pistolas, y entrando despues en la sala donde voi á acompañar al falso capuchino,

nos direis con aire de sentimiento, que habiendo preparado para un pariente que estaba para llegar, la habitacion de mas respeto, que destinabais para su paternidad, no os queda mas que un cuarto (con dos camas, es cierto) para mí y el padre.»

Bien concertado este plan, el Húsar volvió á entrar pasados unos cortos momentos en la sala, acompañado del Baron, sin dejar conocer novedad alguna en su semblante que pudiese dar la menor sospecha. El falso capuchino estaba mui distraido en conversacion con las señoritas del Baron, y empleaba todo su talento para tenerlas á su lado llevadas del encanto de su conversacion; mas el Baron le interrumpió para de-

cirle con la mayor atencion posible y fingiendo el mayor sentimiento, que no tenia en àquel momento á su disposicion mas que un cuarto con dos camas, suplicándole con dulzura permitiese que el pobre Húsar durmiese en una de ellas por venir bastante fatigado: lejos de ser esta nueva particularidad un contratiempo para Desuyten, la consideró al contrario como un favor de la suerte que le permitia deshacerse fácilmente, mientras dormia, de este peligroso intruso. Despues de algunos momentos que pasaron en una conversacion general, cada uno tomó su luz, y felicitándose de la buena noche, se retiraron todos á sus respectivos dormitorios. El cruel De-

suyten no habia dejado de reconocer disimuladamente el camino que tomaban las dos señoritas, imaginándose en su falsa seguridad, que todos van en aquella casa á entregarse á las dulzuras del sueño; pero apenas el caballero Neustadt se halla solo con sus hijas, las comunica las observaciones del astuto Húsar, y no las oculta nada de las disposiciones que se han tomado bajo la direccion de sus consejos. Las pobres niñas no piensan ya en entregarse á un peligroso reposo, y esperan con la mayor inquictud el resultado de un acontecimiento tan singular y tan temible: de su aposento, resguardado por su padre y de los criados ya armados, pasemos al del falso

capuchino y del valiente Húsar. Este, despues de haber dado fin de una media botella de rom, sentado mui tranquilamente junto á la chimenea, y fumando aun una ó dos pipas, fingió dormirse alli mismo, despues de haber colocado disimuladamente á su lado su sable, mientras que el capuchino habia figurado desnudarse y acostarse. Juzga tú ahora, lector mio, el mútuo interes de semejante situacion: en esta escena el pensamiento solo vale mas que las mas brillantes hipérboles. En estado, pues, tan peligroso de una y otra parte, Desuyten, suponiendo que el Húsar se hallaba ya entregado al mas profundo sueño, y pareciéndole que se acercaba la hora de hacer

la señal á su gente, se levanta con la mayor precaucion posible, se arma de su puñal, y dirigiéndose sobre las puntas de los pies á la lamparilla, la da un soplo y la mata; despues volviéndose con destreza, levanta el puñal para herir al Húsar;.... pero este, en escucha de todos estos movimientos, no habia perdido una sola de sus acciones; y en el momento en que Desuyten se preparaba á darle el golpe mortal, el Húsar con la velocidad del rayo se aprovechó de este mismo momento para hacer rodar de un sablazo de revés la cabeza del falso capuchino, que fue por el suelo bastante lejos, bañándole con su sangre, con un movimiento de rotacion espantosa....

Despues de esta brillante accion reconoció el cuerpo de aquel desgraciado mónstruo; y apoderándose de un pequeño silvato, precioso en tales circunstancias, se lanzó al momento hácia el cuarto del Baron, y le refirió todo lo que habia pasado. El caballero Neustadt por toda respuesta le estrechó tiernamente entre sus brazos, y en la efusion de su gratitud, le llamó *hijo querido, mi libertador.* —Pues aun no lo he dicho todo, dice el intrépido Húsar, pues si se me ayuda bien, respondo de esterminar toda la banda de malhechores, cuyo gefe creo era el capuchino. El Baron le respondió que podia disponer lo que quisiera sin reserva alguna; y el Húsar, haciendo ocul-

tar á los criados en todos los puntos mas convenientes de la casa, y encerrando cuidadosamente á las dos señoritas, se puso el hábito y la barba del difunto, y tocó el silvato en los patios de la casa, á cuya señal acudieron al momento todos los facinerosos. Abrió misteriosamente la puerta del campo, y entraron llenos de confianza y con un aire de triunfo; pero apenas se hallaron diseminados por la casa disponiéndose ya para robar, cayeron inopinadamente sobre ellos todos los criados y el Baron, con tal furor y sorpresa, que ninguno escapó de tan justa carnicería, y la sangre impura de estos malvados aplacó al menos un poco los manes de las innumerables

víctimas del feroz Desuyten. La victoria era completa, y el botin inmenso; mas sin embargo, el Húsar, hombre prudente y reflexivo en el seno de su valor, tuvo el mayor cuidado en que las niñas del Baron no saliesen de su aposento ni manchasen sus pies con aquellos cuerpos desangrados, y solo al amanecer, cuando ya habian retirado los cadáveres y hecho desaparecer todas las señales horrorosas de aquella carnicería, fue cuando pudieron participar de la alegría general.

El Húsar tenia la mayor curiosidad en reconocer el cuerpo de Desuyten para ver si hallaba indicios que aclarasen qué clase de hombre era el que habia matado;

pero volviendo al aposento del Baron, que esperimentaba la misma impaciencia, ¡cuál fue su admiracion!!!.... ¡Qué digo, admiracion! su espanto y sorpresa, cuando al entrar con paso precipitado se abre una boca de fuego á sus pies, en cuyo fondo ve fluctuando entre llamas el cuerpo del falso capuchino, luchando con mil furias infernales que por todas partes le persiguen con puñales.... Consternados el Húsar y el Baron, se retiran con un santo respeto.... Entonces cesó el prodigio; pero la cabeza ensangrentada de Desuyten se ve en este instante sobre la mesa junto á la luz que habia apagado con un proyecto homicida...., y aún se encuentra encendida la misma luz que

habia quedado muerta: esta cabeza habla, hace contorsiones espantosas, y con un puñal en los dientes parece sobrevivir al crímen para que habia nacido: las quijadas, los ojos, todos los músculos en una contraccion horrible espresan aun el deseo del asesinato, la sed de sangre y de venganza, y la luz arde contínuamente para hacer ver esta horrorosa escena. En vano nuestro intrépido militar, esforzándose á vencer estos prestigios que cree son solo efecto de su imaginacion agitada por los acontecimientos de la noche, quiere lanzarse.... Al momento que emprende dar un paso, vuelve á abrirse aquella especie de volcan, y presenta sus abismos de fuego, mien-

tras que la cabeza movible y ensangrentada, haciendo rechinar sus dientes sobre la hoja de un puñal, se anima de nuevo con todas las espresiones de la rabia y de la amenaza: á mas de esto, no era la figura de un capuchino hipócrita, enmascarado con aquella barba larga, sino la del cruel Desuyteu, á quien el cielo queria eternizar el suplicio, haciéndole existir con la vida de las almas condenadas en el mismo sitio donde habia recibido el golpe mortal. El Baron distrajo á su libertador de la idea de resistirse mas á un prodigio que marcaba hasta un punto tan eminente el poder divino, y abandonando los dos este sitio de horror, fueron á referirlo á toda la familia

de la casa. Algunos incrédulos se atrevieron á dudarlo; pero cuál no fue su espanto, cuando tratando de abrir la puerta del cuarto infernal, la hallaron abrasando, y distinguieron mui bien la horrible cabeza por entre nubes de fuego y de humo!!!.... Fue preciso abandonar esta terrible mansion, que Dios habia señalado para residencia de los tormentos eternos del crímen. Felizmente la fortuna del Baron no se limitaba á esta posesion, y teniendo otros bienes, se vió en estado de recompensar dignamente el valor del Húsar, para quien alcanzó la licencia absoluta, y despues le casó con una de sus hijas por digno premio del importante servicio que debió á su talento, ge-

nerosidad y valor. En cuanto á la casa de campo abandonada, habiendo tenido el Baron una vez la nueva curiosidad de aproximarse, vió que un pantano inmenso la habia circundado por todas partes: los labradores de las cercanías aseguraron que durante la noche habian visto frecuentemente unas sombras que se daban de puñaladas unas con otras, y hacian caer gota á gota en el pantano la sangre de sus heridas: sobre los tejados tambien habian visto fantasmas, y despues oian un eco que desde el monte repetia á lo lejos entre gemidos: «*Huid de aqui, no os acerqueis á la cabeza infernal de Desuyten!!!*»....

El Baron, horrorizado de tantas muertes y prodigios, no quiso

oir hablar mas de esta casa, y para perder hasta la memoria, fue á establecerse con toda su familia á Ratisbona, donde acabó sus dias en el seno de la paz y de la felicidad.

HISTORIA TRÁGICA 11.ª

CORNELIO

Y CAMILA,

Ó LOCURAS DEL AMOR.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

T. 5. *Cornelio y Camila.* P. 55.



BC

Cielos, que desgracia! una muerte! —
Cornelio, Cornelio, entrad presto. —

La esperiencia nos hace ver frecuentemente cuál es la fuerza del amor, y cuáles son sus efectos cuando los hombres llegan á embriagarse en él, bebiendo aquel grato tósigo que embota sus sentidos y los conduce á ejecutar toda clase de locuras; asi, pues, no tenemos necesidad de encarecer el prodigioso influjo que tiene sobre los hombres, y nos concretaremos á pintar sus estragos para ejemplo y escarmiento de los amantes que se dejan arrastrar de torpes inclina-

ciones, sin hacer uso de su razon; y asi cuando algunos libertinos sostienen que el amor es la cosa mas perfecta que hai entre los humanos, yo no alcanzo de donde sacan esos falsos pensadores semejante filosofía; ni en qué pueden fundar sus razones; pues yo nada veo que recomiende semejante pasion, sino una vida indiscreta y estravagante, por la que los amantes se muestran los seres mas singulares sobre todos los locos del mundo. Voi á referir una historia sobre este testo, y por ella colegirán mis lectores á primera vista si lo que he dicho de los efectos desordenados de los amantes es cierto, y si tiene razon el que considera á la enfermedad de amor

como al furor de los poseidos de los espíritus malignos. A decir verdad, este mundo es una verdadera jaula llena de locos y de bobos de diferentes especies; y de tal manera, que los que piensan ser mas cuerdos, dan por sus obras un testimonio seguro de su ceguedad y locura, tanto mas escesiva cuanto que se persuaden obrar bien cuando siguiendo sus inclinaciones caen en peligros de los que despues no se pueden librar. Veamos si esta historia es prueba suficiente en apoyo de esta verdad.

Despues de la derrota de los suizos en Maliñan por aquel gran monarca Francisco I, y de haber perdido Maximiliano Sforce el estado y señorío de Milan por su mal

gobierno, fue espulsada del Milanesado la faccion de los Gibelinos, retirándose la mayor parte de los lombardos á Mántua con el permiso del señor Gonzaga, marques de este título, no sin la esperanza estos desterrados de recobrar sus bienes y pais con el auxilio del ejército del emperador Maximiliano; mas sucedió todo lo contrario, pues habiendo llegado este Monarca hasta las puertas de Milan, tuvo que retirarse avergonzado sin detenerse apenas en Alemania, hallándose en Milan aquel gran capitan Cárlos, Duque de Borbon, en nombre y como Virei de los franceses del Rei de esta nacion, cuya consideracion fue tan grande, que la mayor parte de los emigra-

dos volvieron á sus casas en plena libertad, y otros se fueron á Trento á la sombra del duque de Bary, á Roma y al reino de Nápoles, segun los guiaba la fortuna, la que no dejó de protegerlos, siendo mui agasajados de los príncipes y señores de las ciudades á donde se retiraban. Entre los que tomaron el camino de Milan, se hallaba aquel Cornelio, por quien escribimos esta historia, hombre de mucha gentileza, de un físico interesante, y de un mérito en fin singular: á mas de esto era de los caballeros mas ricos; pero la madre se habia manejado de tal manera, que la habian sido adjudicados los bienes y patrimonios del hijo á pesar de ser de la línea de

los Sforces que trataban de arrojar á los franceses de Milan. Cornelio, antes de salir de su ciudad, se habia conducido de tal manera, que se habia grangeado la estimacion de una de las mas hermosas mugeres, recien casada, cuyo nombre era Camila; y le era tan sensible su separacion, ó mas dura de soportar que el destierro que le alejaba de los suyos; mucho mas cuando eran recíprocamente amados, y en tal grado, que no faltaba mas que la oportunidad, el tiempo y el lugar para conseguir lo que casi todos los amantes pretenden con sus obsequios y rendimientos; sin embargo de que no habia obtenido sino una palabra fria y algunos billetes que solo servian pa-

ra avivar la pasion que le enagenaba. No tenian otro recurso para comunicarse sus amores que el cochero que la conducia cuando salia, el cual habia servido á la madre de Cornelio. Este, estando seguro por las ojeadas de su querida, de permanecer aun en su gracia, y que ella estaba poseida del mismo deseo, la remitió por medio de aquel un billete concebido en estos términos:

Carta de Cornelio á Camila.

Si la delicadeza y el talento fuesen incentivos superiores á los que se hallan en el pueblo grosero para amar y agradar, creeria, señora, que la pasion que sufren

los que aman era un castigo que Dios enviaba solamente á las personas de estas circunstancias; pero viendo que la naturaleza nos inclina á todos á amar la hermosura, como la que brilla en vos, y á honrar la virtud que admiro en vuestra conducta, no será estraño me hayais esclavizado, y que por la presente os ofrezca todo mi rendimiento y mis servicios, ya que la lengua no puede hacer su oficio: admitid un corazon sensible y leal, y tened la compasion de escribirme la sentencia de mi vida ó mi muerte, con la seguridad de que, si vuestra resolucion es favorable, no habrá dama en todo el Milanesado mas respetada ni mas amada que vos lo sereis de mí; y

mientras mi corazon recibe el decreto de su suerte, os saluda con humildad vuestro rendido amante

Cornelio.

Camila que estaba ya prendada del que solicitaba su amor, y que si el honor se lo hubiese permitido, se hubiera insinuado antes que él, se llenó de contento al ver su billete, y se dió el parabien de haberse fijado su corazon en uno de los caballeros de mejores sentimientos de Milan; por lo cual, aunque el pudor la prohibiese escribir, y su reputacion la cerrase la boca para no confesar al momento á su amante el recíproco amor que le tenia; no pudiendo dominarse á sí misma y resistirse

tas palabras que os acabo de escribir, y que me causan rubor por esceder á lo que mi honor me prescribe. El portador será en adelante el fiel mensagero de nuestra correspondencia; pero verbalmente, pues las cartas pueden ocasionar nuestra ruina, y debemos evitar toda imprudencia: quiera la fortuna se cumplan vuestros deseos para contento de la que os ama por vuestras virtudes y fino proceder.»

Esta carta dió aliento al Milanés para seguir su intento, y estaba ya tan corriente con el cochero, que no faltaba mas que el tiempo oportuno y el sitio para efectuar el complot de sus designios; mas bien sabido es lo durables que

son las satisfacciones, y el tiempo que la fortuna (si es que se llama fortuna la mudanza y vicisitud de las cosas de este mundo) las deja gozar al que parece ser colmado de sus caricias: el menor impulso del viento derriba de un árbol los frutos mas hermosos que sirven de adorno á todo un jardin; del mismo modo la mas leve desgracia, un repentino desastre reducen á la nada la grandeza y las riquezas de los hombres; y cuando se piensa asegurar la prosperidad, entonces es cuando todo cambia, trastornándose el órden de nuestros conceptos y parando en el mayor desorden y confusion sin esperarlo. Asi sucedió á Cornelio cuando menos lo pensaba; pues

estando ya á punto de cantar victoria en sus amores, se descubrió una conjuracion de liga esforciana, de la que él hacia parte, y se vió precisado á marcharse inmediatamente, pues le iba en ello nada menos que la vida. Esta ausencia le fue tan sensible como á Camila; y esta, poseida del temor de que su querido Cornelio podia ser sorprendido en los caminos y vendido por alguno de quien hiciese confianza, estaba llena de inquietud sin dormir y dejar de suspirar, hablando contínuamente con su amante como si le tuviese en su presencia. ¿Es posible, querido Cornelio, decia enagenada, me hayas dejado tan triste y desconsolada, sin haberme dado al me-

nos el consuelo de despedirte? ¿Es esta la amistad que jurabas profesar á una muger que despreciaba su vida por conservar la tuya? ¿Qué delitos son los mios, en que he podido yo ofenderte? ¡Ah cruel! ¿es esta la recompensa que merece una pasion frenética que me ha privado de mi salud, de mi sosiego y libertad? ¿Pero qué digo? ¿Qué motivo tengo yo para quejarme del que ha sido forzado á dejar sus parientes, su patria, sus bienes y sus amigos para no ser víctima de sus enemigos? No, Camila, no: tú eres feliz en ser amada de un hombre tan honrado y fino como Cornelio, y desgraciada en tenerle distante de ti por la inclemencia de los hombres y rigor de nuestra mala fortuna.

Cornelio, fugitivo en Mántua, se hallaba con la misma pena y cuidado sobre la situacion y salud de su adorada Camila, y mucho mas no teniendo de quien fiarse para escribirla. En su conflicto decia: ¡Ah cruel fortuna! ¿por qué me hiciste esperimentar la felicidad de un amor recíproco para hacerme sufrir el abismo de dolores que hoi me afligen y aun me amenazan? ¿De qué nos sirven las grandezas y el favor de los reyes cuando una sola ventolera, el mas suave zéfiro nos hace sufrir una suerte tan estraña? Si yo fuese un simple comerciante ó particular, nadie se ocuparia de mí, y yo mismo fuera indiferente á la conducta de los grandes. ¡Ah! ¿es posible que por

el antojo de otros he de ser yo espulsado de mi pais, y separado de la que amo? Sí, porque el honor, simbolizando con nuestros corazones, y estando grabado en nuestros pensamientos, nos hace seguir tambien la senda que recomienda nuestras acciones; de lo contrario, fuera mejor para nosotros ser pastores y boyeros que nobles caballeros, si el placer solo fuera el que debiese regir la vida del hombre. Si no hubiese en el mundo codicia, y cada uno estuviese contento con su suerte, cesaria la usurpacion de los bienes de otro; hubiera pureza, buena fe y sinceridad; los reyes fueran seguros y respetados en sus tronos; y los príncipes en sus palacios, en

vez de verse los unos despojados de sus estados, los otros de sus gobiernos y los señores de sus propiedades. ¡Ah! si asi fuese, yo no viviria sin ti, Camila mia, y tú no tuvieras que llorar mi desgracia; pues por ser fiel á mi señor no puedo llenar mis deberes contigo, amándote mas que á cosa ninguna de este mundo. ¿Pero qué daño podria hacer un hombre solo á los franceses en Milan, habiéndose apoderado de la ciudad? ¡Ah! sin duda esta es una traicion secreta del mismo amor, que no quiere goce yo de las gracias de la que merece un amante mas rico y mas ilustre.

Cornelio tenia una vida tan triste, acordándose siempre de su adorada Camila, que por distraer-

se resolvió frecuentar las sociedades; pero no tenia aquel carácter sombrío de algunos amantes que pretenden imitar á los personages de aquellos romances de Tristan ó de Amadís, haciéndose duendes solitarios con amores imaginarios, y que complaciéndoles la soledad, quisieran hallar una roca escarpada donde vivir como ermitaños hasta lograr el fin de sus angustias. Estos no conocen el planeta que rige y conduce á los amantes, cuya complexion debe ser alegre; son guiados solo del capricho; no apetecen mas que sombras; y quisieran que sus damas fuesen ninfas de aquellas que los poetas fingen habitar en la espesura mas secreta de los bosques, para que na-

die gozase de su vista mas que ellos. Empezó á hacerse relaciones, y frecuentando ya infinitas casas, fue mirado en una con cierto interes por una dama, la que llegó á tomarle tal pasion, que olvidando la lei de la honestidad que deben guardar las mugeres, y desechando todo pudor, que es el que reprime las pasiones, le solicitó ella misma, haciendo lo que es mas comun en los hombres para entrar en relaciones, y le declaró su amor. Es cierto que lo hizo por medio de una amiga anciana, la que dirigiéndose en una iglesia á Cornelio, le habló en estas ó semejantes palabras: «No corresponde á un caballero como vos, ni es propio de su educacion y delicadeza el obrar de

una manera que la contradiga, fingiendo para sufrir despues disgustos y sinsabores.» Cornelio quedó sorprendido de oir hablar en tales términos á esta dama, y la contestó lo siguiente: «Jamas, señora, mis acciones desmintieron mi palabra en cosa alguna que haya prometido, ni menos creo haya faltado en mi vida á la urbanidad y delicadeza que he procurado observar desde mi infancia, á no ser que sin reflexionar haya podido tener alguna imprudencia; en cuyo caso, habiéndola cometido sin intencion, me persuado debe ser perdonada, siendo solo una debilidad de nuestra naturaleza cuando procede de ignorancia, y está exento el corazon de malicia y corrup-

cion. Por lo tanto, os suplico me digais en qué pude yo delinquir para cubrir la falta que haya cometido por inadvertencia.» Nuestra emisaria, al oirle hablar con tal cordura y delicadeza, le juzgó digno del favor de cualquiera muger principal y hermosa, y desde luego empezó á descubrirle el cariño de su nueva dama, pintándole la hermosura y prendas singulares que no ignoraba Cornelio; pero era tan sencillo y tan leal, que no podia persuadirse fuera permitido á ningun hombre de honor la imágen de otra muger en su fantasía que de la que amaba; sin conocer que nuestros deseos son ni mas ni menos un espejo que recibe todas las impresiones como

sombras que luego desaparecen...

Cornelio, pues, que era del número de aquellos amantes, mui poco comunes por su firmeza, que protegidos por su constancia y lealtad logran poner fin á las aventuras mas estrañas, respondió mui cortesmente; y con un suspiro que justificaba la pena que le costaba, y la violencia que hacia á sus mas secretos pensamientos, por temer efectuarlos como quisiera, si en Milan no llegaran á saberse sus nuevos amores, y estos le privasen de la esperanza que tenia de ver un dia á su Camila, dijo á su mensagera las espresiones siguientes: «No hallo, señora, el medio de corresponder al honor con que me favorece esa dama, al ver mi

corto mérito y no habiéndola hecho servicio alguno que pudiera merecerlo; esto será causa de vivir reconocido y obligado á sacrificar mi vida y mis bienes si fuese necesario en su obsequio; pero la direis el dolor que sufro de no hallarme libre, pues mi corazon está ya aprisionado, y solo con la vida puedo separarme de las obligaciones que he contraido con otra deidad. Dignaos disculpar mi imposibilidad de satisfacer á la proposicion que me acabais de hacer en nombre de esa dama; y si tuviera la fortuna de hallarme libre, me contemplaria mui dichoso en aceptar los favores de una belleza que nunca podria yo apreciar lo bastante, aunque haria con el ma-

yor esmero lo posible, logrando lo que otros de mas importancia ansian y no han podido conseguir á pesar de haber empleado todo su mérito y poder, que ha sido ineficaz para vencer un imposible. Yo la suplico me perdone, si no puedo obedecerla; y que en cualquiera otra cosa disponga de mi ciega obediencia y respeto, segura de mis vehementes deseos de complacerla.» Pues, señor, no se puede emplear, dijo la demandadera, un estilo mas fino y elocuente que el que vos usais para rehusar una cosa que otros quisieran haber conseguido á fuerza de todos los sacrificios imaginables que un caballero puede hacer por su dama para justificar su pasion. ¿Qué hombre

puede haber tan desnaturalizado, que viéndose solicitado de una dama de tal hermosura y de su clase, pierda tan feliz coyuntura? Decis que no despreciais un don tan precioso como el amor de esta hermosura; pero yo no veo otra cosa, ni sé cómo puede llamarse vuestra fria indiferencia. ¿Creeis tal vuestro mérito, que sea capaz de quitar la vida á las mugeres por no ser correspondidas? Poneos al tocador y haced lo que un Narciso, para que enamorado de vos mismo, pagueis la usura del desprecio que haceis á la que merece otra recompensa por amaros demasiado. — Señora, dice Cornelio, veo me tratais con demasiado rigor, acusándome de poco amor, cuan-

do este mismo es el que no me permite admitir el de una deidad tan discreta y tan hermosa; pues amo precisamente en Milan una dama, y fuera una salamandra si faltase á la fe que la he jurado. — ¿Pues qué (dice ella), sois de los tontos que forman el arco de los amantes leales, y que hacen su gloria de una cosa tan esencial en amor como la cobardía en la guerra? ¿Creeis que unas mugeres de talento hagan caso de esa pretendida lealtad, y que por ella dejen marchar la fortuna que se las presente? No, no, toda muger, aunque guste de ser amada y quiera ser ella sola la que tenga la posesion del corazon de su amante, si no la conviene, deja cualquiera

bien que se la ofrece, aunque halle mérito en él; y en una palabra, ¿sabeis si esa dama milanesa corresponde al amor que la teneis? ¿Estais seguro de ser solo vos el que ama, y que en vuestra ausencia, teniendo en duda vuestro regreso, es fiel á sus juramentos?.... Vamos, dejad á un lado esos sueños, y creed que la muger acostumbrada á amar, viendo lejos á su amante, y siéndola dificil vivir sin deseos, necesita admitir el cariño de otro que supla su falta, para no tener ocioso su corazon. Las mugeres son al fin mugeres y sujetas á las mismas pasiones que los hombres, y acaso mas vehementes, particularmente cuando los efectos no siguen á la palabra que

liga mas estrechamente la voluntad que la vista; pues donde ya hai estas pruebas y confianza, me atreveré á confesaros que no es tan estraño ser fieles y no abandonar el objeto que por sus correspondencias nos ha encadenado; pero amar al aire y sin esperanza de ver compensada una pasion que nos atormenta, es una indiscrecion propia solo de un tonto, de un inocente sin esperiencia. Por lo tanto, caballero, mudad de pensamientos y no desprecieis la fortuna cuando se os presenta, pues siendo calva no podreis siempre asiros de ella por mas que lo intenteis. La gloria del amor no se cifra en los deseos del alma ni en la simple constancia ó memoria de

la que se adora; es preciso pasar mas adelante y ver la conclusion de la obra, sin la que el amor nó es mas que un simple deseo, ó el lienzo donde el pintor puede colocar la figura que mas le agrade. Asi, pues, á mí me parece que la pasion que vos teneis á esa dama, es mas bien frenesí que amor, y mejor os estará dedicaros á la que se ofrece tan generosamente, que estar en Bávia papando moscas por una cosa dudosa, como hacen los mastines, ladrando de noche á la luna. —Cornelio, admirado de este sermon de la vieja, se habia divertido de tal manera en oirla estas espresiones, que si no hubiese concluido pronto, no hubiera tenido reparo en interrumpirla. Vien-

do que ya no hablaba palabra, la respondió de esta manera: «Aunque no os falte razon en algunas proposiciones, y que vuestro sexo sea generalmente tachado de la inconstancia que decis, sin embargo, mi corazon no puede creer que la que ama pueda nunca olvidar su honestidad y faltar á la constancia y firmeza prometida para pensar en dejar á su Cornelio; pues aunque no se haya propasado, no por eso dejará de llamarse un verdadero amor y no un deseo: asi, pues, os suplico no me hableis mas de la inconstancia de mi querida Camila, pues estoi bien seguro de que hombre ninguno es capaz de privarme de su fiel cariño. Por lo demas, estoi pronto á servir y com-

placer á esa dama que tanto me honra, ofreciéndome su amistad, en cuanto yo pueda, no ofendiendo á la que ya es dueño absoluto de mi corazon. — La vieja, viendo que eran ineficaces todos sus esfuerzos, se fue á referir lo ocurrido á la Mantuana, y la persuadió de que la lealtad misma no era mas leal que Cornelio con su favorita; de manera, que á pesar de la confusion y resentimiento que la causó la desatencion del Milanés, hizo de la necesidad virtud, y tranquilizándose un poco, alabó mucho la firmeza de este amante, y dijo era digno de ser correspondido y adorado por su Camila; y amortiguándose el fuego de su pasion desmesurada, fue convertida

esta en una amistad casta y fraternal, visitándola Cornelio frecuentemente, y tratándola con la misma honestidad que á un pariente. Durante este trato, la hermosa Camila, que no habia olvidado á su Cornelio, no cesaba de pensar en los trabajos que pasaba por ella, y en la justa recompensa de su lealtad; le escribia frecuentemente y recibia sus contestaciones; mas todo esto, en lugar de aplacar el ardor de sus corazones, hacia el mismo efecto que el agua que se echa sobre las ascuas de una fragua cuando el herrero la avienta con los fuelles, y los dos encarecian cada dia mas su amor. Un dia Cornelio la escribió con tal vehemencia, que conoció desde luego el objeto de

toda su filosofía, viéndose ella penetrada de los mismos sentimientos; y con este motivo le dirigió la carta siguiente:

Ya veis, querido Cornelio, como la fortuna dulcifica sus rigores, mostrándose protectora de nuestros designios: mi marido se marchará un dia de estos á la aldea por algun tiempo, y convendrá os vengais para podernos poner de acuerdo y comunicarnos mútuamente nuestras ideas; pues no es prudente el que confia sus secretos á las cartas, y tengo cosas de consecuencia que comunicaros, siendo el único que puede ser el secretario de confianza de vuestra invariable

Camila.

A vosotros, enamorados temerarios é imprudentes, dejo la consideracion del disgusto que causaria á Cornelio este aviso, para él tan sospechoso y sensible, sin embargo del honor que su querida le dispensaba; pues luego que recibió este billete, y conociendo cuales eran los asuntos que queria comunicarle, se quedó confuso y perplejo, porque de una parte el amor le inclinaba á obedecer á su dama, y por la otra, el temor de morir y el gran riesgo de su honor en hacer este viage, le reprimia la pasion que ocupaba su imaginacion. La razon luchaba con la parte sensitiva, y la pasion se esforzaba en ser superior á lo que exigia el deber á todo hombre de honor. Vacilando

entre una y otra cosa, no sabia qué resolver: si marchaba á Milan, tenia la muerte segura apenas le conociese el partido ó liga francesa; y si dejaba escapar esta ocasion, se esponia á perder su dama viéndose despreciada por él. En estas dudas se fue á ver á un amigo, llamado Delio, hombre de talento, que tambien se hallaba en Mántua en este tiempo, y sabia el estado de este jóven enamorado, quien al momento le dió á leer la carta de Camila, y le pidió consejo sobre lo que debia hacer en tal compromiso. Delio, que tambien habia sido en otro tiempo víctima del amor, y sabia los efectos que solian producir semejantes locuras, se presumió al instante cual

era la resolucion del amante, y que á pesar de que le pidiese consejo, trataria de llevarlo á efecto si habia determinado marcharse; haciendo los oficios de un verdadero amigo, se resolvió á poner todos los medios que estuviesen á su alcance para quitarle de la imaginacion esta idea, y le dijo:

No dudo que todo el que padece el mal de amor, es lo mismo que otro cualquiera enfermo, y que las cosas mas perniciosas y prohibidas son las que mas quieren; en esta inteligencia yo debo hacer lo que un buen médico, mandando lo mas necesario á la enfermedad, para que vos con vuestro juicio y discernimiento procureis no comprometeros á estar en tal peligro,

que el mal se agrave y no tenga despues remedio. Conozco que no teneis otro deseo que ir á Milan para gozar de la compañía de vuestra Camila. Todo esto seria menos malo si las consecuencias no acibarasen de repente las satisfacciones con una multitud de peligros que se ofrecen en mayor número que lo fueron las sombras infernales al hijo de Anquises cuando tomó el camino del infierno guiado de la Sibila. No ignorais estar desterrado de Milan como rebelde y reo del crímen de lesa magestad, y que al momento que sepan os hallais dentro de sus muros, no habrá quien pueda libertaros de la muerte. Las espías saben todos vuestros pasos, y nada podeis ha-

cer y decir que no se sepa, y por ninguna parte podeis ir sin ser conocido: mas cuando fuese practicable, ¿qué seguridad teneis de la voluntad de vuestra Camila? ¿No puede haberos escrito esto por la misma dificultad de hacerlo, mas bien que por el deseo de aliviar vuestro martirio? ¿Quereis que un placer de tan poca duracion sea la ruina de vuestro honor y de vuestra vida? Si fuese necesario morir por el Rei, ó ejecutando una buena accion, á mas del elogio que os adquiriríais, vuestro enemigo se veria obligado á alabar vuestro arrojo y la lealtad con que os hubieseis conducido; mas por una cosa tan poco decorosa, que ofende á la misma que os ama, y deshonra

el lecho de un hombre de bien, pensad si la muerte que buscais puede grangearos buena reputacion, y entonces os convencereis de que vale mas esperar sufriendo, que precipitarse para perder el tiempo y la reputacion. Emplead, segun Dios manda, vuestro talento en una cosa de mejor consecuencia, y cuyo efecto os recomiende esclusivamente, y no la torpeza del nombre de adúltero: si quereis tomar estado, no necesitais para eso ir tan lejos á buscar vuestra desgracia, pues á menos costa podeis lograrlo sin aventurar vuestra reputacion y vuestra vida.

Cornelio, casi vencido por las razones de su amigo, y viendo que

no le podia replicar, le respondió que la noche le daria consejo, y que acaso seguiria el suyo en fuerza de los riesgos que debia temer; pues facisnado por el amor y llevado de su pasion, no habia tenido lugar la reflexion hasta el presente; y por último le dió gracias por sus prudentes observaciones que recibia de él como de su mas fiel amigo. —Asi se retiró á su cuarto rodeado de mil pensamientos que no le permitieron dormir en toda la noche, meditando sobre lo que Delio le habia dicho; pero al fin, vencido por el amor, y despreciando la vida, se propuso tentar la suerte á todo trance, confiado en que la fortuna le seria favorable para lograr ver realizados sus

torpes deseos y retirarse sin peligro. A la mañana siguiente fue á buscar á su amigo, y le dijo: «Querido Delio, ayer te dije que la noche me daria consejo sobre lo que debia hacer, y ahora veo que las cosas suceden como yo deseo; pues no hai peligro, sea de la naturaleza que fuere, que no pueda arrostrar y conjurar mi destreza y denuedo. Asi, pues, mañana saldré para Cremona, de alli seguiré á Lodi y á Zurlesco, donde me alojaré en casa del caballero Victarin, y despues entraré á la caida de la tarde del dia siguiente en Milan. Si la suerte tiene determinado que yo muera, y es llegada mi hora, Mántua será mi sepulcro, como habia de serlo Cremona ó Mi-

lan, y nunca perderé mas que una vida.... Pero si veo á mi Camila, ¿qué amante puede ser mas feliz bajo la capa del cielo despues de la compañía de la muger mas hermosa de toda la Italia? Si el suceso no correspondiese á mis esperanzas, al menos Camila conocerá que la pasion, que me hace su esclavo, está lejos de todo disimulo y ficcion, y que emprendo lo que ningun amante se atreveria á aventurar, aun jactándose de constante: me consideraré mui feliz si despues de complacer á mi Camila fuese preciso morir. — Ahora veo, dice Delio, que los amantes obran por demencia y no por raciocinios; pues puede considerarse esta pasion como una locura cien veces

mas estraña y menos razonable que la furia de un loco, segun lo demuestra la esperiencia. ¿Qué mayor locura puede hacer un maniático que la de lanzarse al fuego ó entre las cuchillas y las espadas desnudas? Vos haceis lo mismo; pues aun desengañado por todos, vais á echaros en manos de los franceses que os van á privar de todos esos mal meditados placeres, derramando vuestra sangre para saciar su venganza.

No hablemos mas sobre el asunto, dijo Cornelio, pues yo no variaré en lo que tengo ya deliberado. Si el camino estuviera sembrado de lancetas y los árboles fueran cañones dispuestos á disparar su metralla contra mí, no me ha-

rian faltar á la obediencia de mi adorada Camila.

Ved aqui uno de los milagros de la rabia amorosa, y el efecto del poco sentido y razon que tienen los que se entregan á la sensualidad; porque decir como algunos, que el amor es una cosa que no está en nosotros, es burlarse de la verdad misma, cuando es tan claro que esta desgracia nace de nosotros mismos y se alimenta mas ó menos segun la corrupcion de nuestro natural, que es la que comunmente anula el intelectual y ofusca el entendimiento para impedirnos ver el verdadero camino del deber y del honor. Ved aqui un hombre lascivo dispuesto á ejecutar los designios

de una muger loca al precio de su vida, cuando acaso si hubiese sido casado hubiera mirado como un caso de conciencia el de aventurar su vida por conservar su legítima esposa. ¿Se atreverá nadie á decir que este modo de obrar merece el título de lealtad? Mas los enamorados bautizan sus locuras con los nombres que quieren, y los dejaremos disparatar para seguir el hilo de nuestra historia.

Cornelio, pues, á la mañana siguiente se puso en camino, como habia dicho, con otros criados nuevos, por consejo de Delio, que no le conocian mas que por el caballero Mantuano; y se condujo de tal manera, que llegó á Milan sin ser conocido de nadie: fue á pa-

rar; no á la casa de su madre, donde podia ser descubierto, sino á la de un amigo llamado Ambrosio, entrando mui tarde, colocándose en una pieza baja separada de las demas para no ser visto de nadie: despues hizo llamar á una costurera, por cuyo conducto recibia las cartas de Camila, y asegurándole que el marido habia ya marchado, fue causa de que este loco amante, que deseaba emplear su tiempo en otras cosas que en paseos y en suspirar, avisase á su querida por un billete de su arribo, suplicándola le proporcionase el momento de hablarla sin testigos de asuntos de gran consecuencia. Camila, que nada deseaba tanto como la presencia de su

amante, y que se consumia por verle, sufrió cierta repentina sorpresa de saber se hallaba en Milan, no solo por el placer de tenerle ya cerca, sino por el temor de que fuese descubierto á los franceses que no cesaban de visitar las casas de los que creian ser amigos suyos; pero lo que mas la afligia procedia de la falta de su carta, que no tenia la fecha fija para su llegada, en términos, que no habiéndole advertido el dia en que marchaba su marido, este se hallaba aun en Milan y no podia ella ver á su amante. Sin embargo, tuvo el temerario arrojo de escribirle un billete, mandándole ir por la noche á verla enmascarado á su palacio, con cierta señal para distinguirle en-

tre los demas que andaban disfrazados por la ciudad. Figuraos, lector mio, si Cornelio se descuidaria en obedecer puntualmente á su dama, y si en momento tan oportuno abandonaria la intrepidez y osadía mas propia en un amante temerario que el valor en un buen soldado. Yo creo que si el campo frances hubiera estado en la calle, no habria tenido reparo este loco en salir á buscar la muerte solo por ver á su adorada Camila. Esta le esperaba á media noche sobre el umbral de su puerta, distraida con algunos caballeros que se habian detenido alli por hablarla y disfrutar del placer singular de estar aquellos cortos momentos con la muger mas hermosa y fina de

todas las milanesas. Estos señores, viendo á este enmascarado tan bien puesto, y que se paraba delante de Camila que le hacia buen semblante, se persuadieron desde luego que queria hablarla sin testigos, y se despidieron dejando el campo libre al que no conocian; pues de lo contrario le hubieran afianzado al momento. Cornelio, pues, viéndose solo con su dama, en vez de hablarla con las espresiones que suele dictar el mismo amor, perdió el uso de la palabra en fuerza de su placer, de manera, que á pesar de ser un hombre espresivo, se halló con la lengua trabada sin poder al primer impulso articular una sola espresion: mas al fin, rompiendo este timi-

damente él silencio con un suspiro de lo mas profundo de su corazon, que demostraba la alteracion de su alma, se esplicó en estos términos: «¿Qué mayor prueba puedo yo daros, adorada Camila mia, de mi lealtad y fino amor, que despreciando por vos todos los riesgos que se oponian á mi viage? Aqui me teneis á vuestros pies; pero he llegado con tal peligro, que de un momento á otro no alcanzo lo que podrá ser de mí. No he dudado yo de vuestra fidelidad y firmeza, le contesta Camila, y me considero mui feliz en amaros; pero no teniais necesidad de esponeros á tal peligro de sufrir una muerte ignominiosa, que si por desgracia sucediese, causa-

ria infaliblemente la mia, no pudiendo sobreviviros un momento. Por lo demas, vuestra venida no os causará una gran satisfaccion, porque mi marido no tardará apenas en volver. — ¡Cómo! replicó el amante: ¿pues en esta carta que he recibido no hace dos dias, no me haceis mencion de su larga ausencia?—Camila le respondió, que era cierto, y que asi lo creyó al escribirle; pero que fuese á las cuatro de la mañana, y que ella le hablaria á su placer: que si el marido habia vuelto, una de sus criadas que era de su confianza, diria cierta espresion á la ventana que da á la calle, y que por ella conoceria si era preciso tomar otro partido. Cornelio, aunque sintió en estre-

mo la pronta vuelta del marido, se felicitó sin embargo de esta cita; y saludando á su dama, se retiró hasta la hora señalada: armóse de caballero, y asi equipado con sus armas, tomó el camino que miraba como el de su felicidad; mas se disipó su loco gozo por un accidente que ocurrió estando esperando que le abriesen la puerta: oye mui cerca de sí un gran estruendo de espadas y voces de hombres que se baten, y de repente uno de ellos que huia, grita ser herido de muerte: en efecto, en el momento de abrir la criada la puerta á Cornelio, este hombre herido dió hácia él algunos pasos como para hablarle, y cayó cadáver sobre el mismo umbral del pa-

lacio de Camila, sin saber Cornelio quien fuese, hasta despues que le dijeron llamarse Casinio, primo suyo, que noticioso de su imprudencia, y sabiendo asi bien que intentaban quitarle la vida, se habia fijado en aquel parage para salvársela. Un criado que le acompañaba, le habia abandonado, y sus contrarios entonces le habian pasado el corazon de una estocada, perdiendo la vida por guardar la de su primo, quien con tal nueva quedó cual mármol frio. Al ruido habian salido algunos vecinos á las ventanas, y vieron entrar á Cornelio con la espada desnuda; y este raro accidente fue el que le causó la alarma que vamos á referir. Luego que estuvo dentro, le

escondió la doncella en un retrete mientras se retiraban todos los criados, de los que la mayor parte se fueron á sus regocijos de carnaval por toda la noche, segun en tales dias es costumbre; y despues de haberse ya recogido los demas, bajó Camila con su confidenta Darioleta, y condujo á su cuarto á su amigo, no abrigando en su corazon sino la mas torpe infidelidad conyugal: mas no tardaron en verse contrariados sus proyectos y disipadas sus miras, pues oyeron un ruido estraordinario en la calle de alguaciles y gente de justicia, que habiendo hallado aquel cuerpo muerto delante de la puerta del palacio de Camila, empezaron á indagar de los vecinos

quién habia cometido aquel asesinato, siendo precisamente el difunto de la familia del señor Galeaz, que era entonces caballerizo mayor del Rei Cristianísimo; y aunque ninguno supo dar razon, hubo sin embargo uno que dijo haber visto entrar á uno en casa de Camila con una espada desnuda en la mano.

El capitan de la patrulla hizo llamar al momento á la puerta con estrépito, y Camila, oyendo hablar frances en la calle, y que los golpes eran en su casa, sospechó si habrian descubierto á su Cornelio, y al momento le dijo: ¿Ai querido Cornelio! este es precisamente el señor Momboyer, primer magistrado, que viene á buscaros.—

Al oir Cornelio estas palabras, se estremeció de tal manera, que hubiera querido hallarse en Mántua en aquel momento con su amigo Delio; pero no se acobardó tanto que no discurriese al punto algun medio de salvarse de tan inminente riesgo: deliberó al instante, y ayudado por las mugeres se subió al cañon de la chimenea, donde se puso de pie sobre una barra de hierro que la atravesaba; de manera que parecia una de aquellas estátuas de Júpiter con el rayo en la mano; y mucho mas, teniendo, como tenia aun, su espada desnuda en accion de herir desde su cielo ahumado á los que intentasen echar de noche los grillos que suelen refugiarse en las hendeduras

de las chimeneas, cargándolas de leña para calentar ó asar las aves. Camila, despues de haber asegurado la vida de su amante, y oyendo el ruido que hacia la tropa en la calle, bajó con las llaves, y abriendo la puerta, dijo al capitan con bastante espíritu y osadía: ¿Qué es lo que quereis á estas horas en mi casa? ¿Es regular venir con tanto estrépito á la casa de un hombre como mi marido, y precisamente cuando este se halla ausente? — Señora, responde el capitan, perdonad esta incomodidad, que os ocasionamos involuntariamente: acaba de ser muerto un hombre en esta calle, y se nos ha informado que el homicida se ha refugiado en esta casa. — Caballero, dice Cami-

la, creed que habeis sido mal informado; pues por la ausencia de mi marido hago cerrar las puertas al anochecer y no vuelve á entrar nadie; sin embargo, yo os franquearé, si gustais, todas las piezas de la casa para convenceros de no haberse abrigado en ella á ningun malhechor.—Figúrate, lector mio, en qué estado se hallaria el amante que hacia la centinela en la chimenea cuando oyó á los franceses dentro del aposento, donde se hallaba tan bien colocado: yo me persuado que daria al diablo su amor, y que confesaria de todo corazon que Dios queria visiblemente castigarle por haber intentado profanar la fidelidad mas sagrada. No hubo cama, armario

ni baul, que no fuese reconocido: el pobre Cornelio, inmóvil como una estátua, dirigia mas plegarias á Dios en tan crítico momento, que todas las rogativas de un año, no esperando sino el momento de que algun soldado intentase el reconocimiento de la chimenea con la bayoneta; pero Dios tuvo aun compasion de este temerario amante, cuya pena era bien superior á la satisfaccion criminal, no teniendo ya el ánimo de dar mas pábulo á su pasion amorosa: sin embargo, su desgracia fue mayor y su penitencia mas dura que lo que juzgaba, pues apenas habian desocupado el palacio las tropas y la justicia, cuando pensando ya en bajar de su pabellon ahumado, hé aquí el mari-

do que llega, y viendo su palacio abierto, tanta gente por la calle y todo en desorden; se llenó de admiracion desde la entrada. Camila, viendo á su marido, se quedó mas sorprendida que cuando de improviso habia allanado su casa la justicia; y aunque mas muerta que viva, hizo sin embargo de la necesidad virtud, diciendo á su esposo: *Mira en qué estado han dejado tu palacio esas tropas y alguaciles;* y cogiéndole de la mano, le llevó derecho á la pieza donde estaba Cornelio emparedado en el cañon de la chimenea, quien pasmado y frio al oir la voz del marido, estuvo á pique de caer desde aquella elevacion como un costal de paja, siendo su pena mayor al

ver cerrado todo camino de salvarse y salir de aquella fria prision.

La hermosa Camila hacia todo esto para que su amante no se ofendiese de estar alli tanto tiempo hasta que su marido se acostase. Este, despues de hacer cerrar todas las puertas, se fue á su cuarto á descansar; pero dos criados se habian retirado al de Cornelio; Camila trató de sacarlos de alli, y no lo pudo lograr por decirla el marido que ya por aquella noche era preciso tener paciencia. Cornelio, viendo que su desgracia iba de mal á peor, y no pudiendo sostenerse ya en pie tanto tiempo en tan penosa posicion, se hallaba casi sin fuerzas; y lo que de

presente temia era que aquellos criados, estando yertos de frio, aumentasen el fuego de la chimenea en términos de no poderle sufrir; pero Camila, que vigilaba sobre todo, les prohibió poner mas leña y le libró del riesgo que corria, disipando al mismo tiempo su justo temor. Sin embargo, sus fuerzas se debilitaban, y aunque procuraba llevar con paciencia el dolor que sentia en los pies, era ya estremado el frio que alli hacía, y se los habia adormecido y debilitado en tal grado, que temia tener que dejarse caer, si duraba mucho tiempo aquel tormento. No obstante, la esperanza, que nunca abandona aun al mas afligido, le hacia esperar algo bueno

todavia, respecto á que ya dos veces se habia escapado de esperimentar los reveses de la veleidosa fortuna; pero ved aqui el tercer asalto, mas violento que los dos primeros, pues aquel vecino que habia dicho y confesado haber visto entrar un hombre con la espada desnuda en el palacio de Camila, por no haber sido hallado, fue conducido ante el magistrado, y volvió á asegurar y jurar lo mismo que habia dicho; y esta ratificacion fué causa de mandar el juez que volviesen á registrar el palacio de Camila: este nuevo ruido consternó á toda la familia, y mucho mas á la estátua de la chimenea, que no dudó ya de ser descubierto, confirmándole mas en ello

el ver que desde que el capitan entró en la casa, y mientras el señor se vestia, se fue derecho al cuarto de los amantes, donde por desgracia los criados que habian dormido allí, tenian unos palos largos y una escopeta, lo que fue causa de mandarlos prender y atar para llevarlos á la cárcel; pero lo que mas contribuyó á esta determinacion y sospecha, fue que uno de los criados hacía poco que habia salido de un calabozo por haber dado de palos á uno; y asi es, que el gefe de la tropa le dijo: ahora pagarás tú este delito y el otro que no hace mucho cometiste. El amo, que oyó este ruido, no tardó en bajar lleno de enojo y admiracion; mas apenas le vió el co-

mandante, al momento le echó la mano y le dijo: *preso por el Rei.* El pobre hombre trató de saber y sincerarse de la causa que motivase esta resolucion; pero todo fue en vano, pues no solo él, sino casi todos sus criados fueron conducidos á una prision sin oirlos.

El emparedado Cornelio estaba lleno de terror y confusion al ver todas estas novedades, y no sabia á qué santo encomendarse, diciendo: ¡Es posible que mi adorada Camila ha de sufrir tantas penas por un hombre que desea su mayor felicidad! ¿No valia mas que me hubiesen dado la muerte por esos caminos que venir á llenar de afliccion esta casa donde todos sufren por encubrir á quien

no conocen, ni saben que se halla entre ellos? Mas por mal que vaya, todo irá bien si yo puedo escapar aqui de la muerte. ¡Oh Dios! tened piedad de mí, y no permitais que tan jóven sea víctima del furor de mis enemigos.

Camila por otro lado se contristaba viendo conducir preso á su marido, aunque se consolaba en estar segura de su inocencia, y en ver la ocasion que tan impensadamente se le presentaba para estar con libertad y dársela á su amante para salvarse; y en efecto, despues de haber quedado casi sola en su palacio, se fue derecha á la habitacion donde se hallaba el desesperado Cornelio, y enjugando las lágrimas que aun la corrian de

sus hermosos ojos por lo pasado, le dice con semblante risueño y gozoso: y bien, amiguito mio, ya veis lo que ha pasado, y como despues de una tormenta que anunciaba nuestra infalible ruina, amor no nos desampara en circunstancias tan críticas: ved por qué raros medios hemos venido á lograr lo que no éramos capaces de imaginar en sueños; pues sin estos complicados accidentes no hubiera sido preso mi marido, y hubierais tenido que estar mucho mas tiempo á la inclemencia á pesar mio, lo que acaso ya no hubierais podido resistir. Asi, pues, bajad de esa torre encantada, y venid á descansar y desechar el miedo que nos ha poseido tanto tiempo con

un acontecimiento tan singular.

Cornelio, que casi no creia lo que oia y veia, no se hizo de rogar para salir de aquella infernal prision, y verificó su descendimiento ayudado por Camila y su doncella, sin poder articular palabra de frio y admiracion. Viéndole tan pasmado y demudado, y todo su rostro y vestido tiznados por el ollin, no pudo Camila contener la risa, á pesar de no estar su humor para reir; pues no parecia sino un desollinador de chimeneas, produciendo un contraste gracioso su rostro blanco con manchas negras. Mucho sintió verse asi, convertido en ridícula fantasma delante de su dama; pero lo dió por bien empleado, en vista de que de este en-

lace de raros acontecimientos procedia tan dichoso resultado como el de verse en aquel momento amo de casa, y en plena libertad con su amada Camila. «Nunca la desgracia es tal, decia él, que no envuelva frecuentemente algun placer ó satisfaccion que mitigue su rigor.»

Dejamos á la fina penetracion de nuestros lectores el suceso de esta escena de dos amantes desbocados que tanto tiempo hacia deseaban darse pruebas recíprocas de su amor, y seguiremos la historia, volviendo á tomarla desde el marido de Camila, á quien tenemos en una prision. Esta practicó las mas eficaces diligencias por la libertad de su marido, como lo exi-

gia su honor; pero no pudo librarle de sufrir siete dias de prision, hasta que se hizo la prueba de no haber llegado aun de Novara cuando sucedió la muerte, á donde fue preciso hacer una justificacion. No parecia sino que la desgracia del uno habia sido dispuesta para proporcionar la felicidad del otro; pero como ni una ni otra son durables, fue preciso que Cornelio dejase el puesto al marido luego que salió de su cautividad, contentándose con el buen suceso que hasta alli habian tenido sus amores. No habia esperimentado aun la inconstancia de la fortuna, y era preciso que esta le diese un asalto mas cruel para convertir su satisfaccion en pena;

asi es, que á la mañana siguiente, luego que salió de la habitacion de su Alcina, le llevaron la noticia de que el señor Momboyer habia estado en el palacio de su madre; y bien seguro de hallarle en él, habia llevado toda la guardia para sorprenderle alli y prenderle; lo cual fue causa de que al momento procurase un medio de salir de Milan, y tomando el camino de Bérgamo y Bresa, se retiró á Mántua alabando á Dios de haberle salvado de tan peligrosos naufragios, refiriendo á su Delio cuanto habia pasado; quien se reia de la loca ceguedad de los amantes, la que es tal que todo el heléboro de Anticira no podria apagar la menor chispa. ¿Qué jui-

cio es el de un amante cuando por satisfacer sus lúbricos deseos olvida sus deberes, y despreciando los mandamientos de Dios y el órden de una policía bien arreglada, se complace en corromper su alma con el crímen de un adulterio abominable, pecado tán desagradable á Dios, aunque tan frecuente en la loca perversidad de los hombres? Mas lo cierto es, que no habiendo un arrepentimiento que á tiempo produzca la enmienda, tarde ó temprano se ve el castigo de un modo ó de otro de los delitos, principalmente de un crímen como este, que no solo provoca la ira del cielo, sino que ofende al prójimo y al mismo agresor que pervierte el órden de la sociedad.

Pero dejemos aparte esta conducta lúbrica, propia solo de sátiros, y tomemos el hilo de nuestras historias trágicas para referir el fin lastimoso de aquellos que unidos por el santo nudo del matrimonio fueron mas desgraciados aun que Camila y Cornelio en sus amores, quienes con la ausencia y el arrepentimiento no volvieron á reincidir, y se libraron del precipicio que les amenazaba.

HISTORIA TRÁGICA 12.ª

DOMPARELI,

BOCANEGRA.




SEVILLA



Sean, querido Conde, estos emblemas las señales de nuestro eterno amor

Hay crímenes que la ira de Dios no perdona jamas, porque nunca el criminal quiere arrepentirse.

Dios hizo la noche y los astros para elevar el alma, fomentar el genio, y mantener en el corazon del hombre el amor de la sublime sabiduría; pero el hombre, audaz contra sus designios, destruye el orden que habia establecido, y corrompe los beneficios de la naturaleza. De este velo sagrado de admiracion y de respeto, tendido sobre las maravillas del universo para ins-

pirar la virtud, se hace el hombre un abrigo profano que le anima al crímen. Los malhechores ocultan durante el dia sus monstruosas cabezas: el ladron, el asesino duermen en el fondo de sus cavernas, de sus grutas tenebrosas, hasta que desciende la sombra de la noche: entonces velan unidos, y se lanzan juntos sobre las huellas de su presa: entonces los astros espantados los ven marchar con la frente serena en las tinieblas, y redoblar el horror de la noche con el de sus atrocidades: el avaro, escondiendo su tesoro, es espiado por el ladron que le desentierra, y mañana el desgraciado se levantará en la indigencia: las horrendas maquinaciones y las tramas inferna-

les salen de la oscuridad de las cavernas; ella sola es la confidenta de sus perversos designios. Preparando lejos de la luz el desorden y la devastacion, meditan los atentados que deben conmover los reinos, atentar contra la fortuna y la vida del ciudadano pacífico, y afligir á las familias con homicidios y robos. Hé aquí tambien el momento en que los agentes del crímen, maldiciendo hasta la claridad, importuna para ellos, del opaco planeta nocturno, se abandonan con furor á sus últimos escesos, y mui frecuentemente derraman la sangre humana. A estas mismas horas.... (¿Lo diré, ó habré de callarlo? ¡Ah! ¿por qué el rayo divino no estermina de la tierra á tales móns-

truos!) A estas mismas horas el infame adúltero entra con seguridad en el tálamo nupcial de su amigo, cuya indigna esposa medita en el silencio el uso del tósigo, y se rie asi neciamente de Dios y de los hombres.... De este modo los mortales insensatos, siempre en contradiccion con el Criador y consigo mismos, sin temor y sin pudor, presentan sus crímenes desnudos á los ojos castos del cielo, mientras ellos se inmutan y estremecen á la vista de sus jueces. Los astros de la noche ¿han sido formados para favorecer al malvado? ¿Su claridad confusa ha sido mezclada acaso con las tinieblas para guiar el puñal del asesino?....

Estas reflexiones, tan tristes á

la humanidad, me han conducido naturalmente á escribir las aventuras maravillosas y los prestigios incomprensibles del famoso *Dompareli*, llamado *Bocanegra*, uno de los mas célebres ladrones que han infestado las provincias de la Lombardia bajo el reinado de los duques de Milan, y que mui frecuentemente se valió de la oscuridad de la noche para cometer sus horrorosos atentados. *Dompareli*, llamado por apodo popular *Bocanegra*, habia nacido en Cremona de una familia honrada, pero obscura; estudió en Milan, y aunque desplegó un talento singular y un genio brillante y precoz, se descubrió en él un gérmen de inclinaciones mui funestas: su semblante, aunque aparen-

temente agradable, descubria ciertos rasgos en el juego de su fisonomía, que demostraban la perversidad de su alma; y si efectivamente, segun el profundo sistema del doctor Gall, la naturaleza nos da los órganos de buenas ó malas inclinaciones, no hai duda en que Dompareli tenia ciertamente desde su mas tierna infancia las marcas de su criminal vocacion.

Tomaremos la historia de nuestro héroe desde que concluyó sus estudios, época en que ya sus fuerzas físicas y su caracter malhechor, aun en sus primeros lustros, anunciaban deberle hacer correr una carrera monstruosa. Si su placer favorito era el de entregarse al estudio de los antiguos y de envidiar

hasta la suerte de Alejandro el grande, por otra parte una disposicion supersticiosa le habia conducido á profundizar con ardor todos los secretos de la física instrumental, del galbanismo práctico, asi como de todas las ilusiones que empleaban los oráculos del Egipto, de la Grecia y de Roma, para fascinar los ojos del vulgo, y adquirir una fama en el pueblo de un ser prodigioso y superior. Todos los misterios ridículos le eran familiares; y uniendo á estos conocimientos abstractos los de las matemáticas universales de Archimedes, de su espejo combustible y de sus fuegos griegos (mistos incendiarios), Dompareli poseia bastante ciencia para fascinar y sorprender en aque-

llos tiempos la imaginacion de un pueblo tan crédulo como el de Italia. Poseido de esta manera de toda la ciencia cabalística, sabiendo toda la *gringuería* del libro mágico, y demas aparentes invenciones, se cerró una noche en su cuarto, y tomó consejo de su destino en estos términos:

«De dos toneles contínuamente abiertos derrama Júpiter, segun la fábula, á rios sobre los humanos el influjo del bien y del mal; y el mundo, decia entre sí en sus sofismas, es un teatro frívolo, en el que el hombre sencillo y bueno viene á ser la víctima del mas fuerte y del mas astuto. De estos dos papeles tan opuestos que el hombre tiene que hacer, ¿tomaré yo el del ton-

to?.... No: mi talento y mi valor se oponen: mi fortuna, pues, está en mis manos, si acierto á emplear con destreza los medios que la naturaleza me ha prodigado. Yo no veo, (continuó en su culpable soliloquio) que deba balancear un momento. Gengis-Kan, Tamerlan, el charlatan Mahoma ¿no me trazan el camino de la gloria? Del esceso de mi audacia resultará el esceso de mi fama.... Ven, pues, fantasma protector, poderoso genio del mal, y guia en su carrera á uno de tus mas ardientes prosélitos. — A esta invocacion infernal, una nube negra bajó al cuarto de Dompareli, y ved que de repente, cubriéndose todo de un crespon fúnebre, se presenta una divinidad encantadora, *la Se-*

duccion, rodeada de flores, regalando el olfato con sus esencias; y enlazados en su seno los anillos de una serpiente de conchas brillantes, le dirige este discurso: « Hombre digno de tus altos destinos, yo te confiero el poder de agradar y seducir, y á este don precioso te aumentaré el de engañar: ninguna muger en adelante podrá resistirse al encanto de tu voz y de tus miradas siempre victoriosas; y favoreciendo el amor tus empresas, no tendrás mas necesidad que de presentarte para ver en tus brazos amorosos á las Lucrecias mas esquivas. » A este discurso seductor sucedieron los mil prestigios bellos que nacieron bajo la varita irresistible de la Seduccion. Vapores deliciosos y em-

briagantes embalsamaron el aire con sus nubes odoríficas, y este encanto se desvaneció despues insensiblemente en el seno de la mas agradable mágia. Luego que fue disipada esta especie de sueño, y que no quedó en el aposento de Dompareli mas que el olor de la presencia de la Seduccion, dirigió sus miradas con admiracion á todas partes, y vió sobre un mueble filtros, tósigos, bebidas embriagantes, y brevages narcóticos encerrados herméticamente en frascos de diferentes colores.—Con estas nuevas armas, dice Dompareli lleno de contento, podré correr en pos de las princesas. — Aun no se habia terminado su agradable sorpresa por tan precioso descubrimiento,

cuando volviendo la vista á su mesa, vió en ella un hermoso gato negro, que tenia al cuello una chapa de bronce con estas palabras: «Quemarme, y recoger mis cenizas, será para Dompareli el mismo anillo de Giges.» Nadie ignora que este anillo tenia la propiedad de hacer invisible al pastor griego, que se le puso para robar los ganados de su Rei. Dompareli sentia ejecutar esta orden cruel con un animal tan hermoso, que le parecia alli como una poderosa hechicera; pero tales eran las órdenes del libro mágico infernal, que era preciso ejecutarlas con la mas respetuosa puntualidad. Nuestro impío, pues, quemó el soberbio gato negro, recogió las cenizas en una redoma de cristal

de roca, y segun las instrucciones proféticas que habia ya recibido en otras apariciones nocturnas, puso sobre su corazon aquella redoma diabólica, y colocándose delante de un espejo, se convenció con admiracion y alegria de que ya era invisible. Esta inclinacion criminal á las divinidades malhechoras del género humano tenia que revestirse aun de algunas otras ceremonias para ser protegida de los silfios de Asmodeo, príncipe de los demonios, protector del crímen, y Dios tutelar de los malvados. Dompareli, pues, recogió en un cráneo algunas gotas de sangre, y sobre un fragmento de piel humana arrancada de las horcas que tenian cadáveres de ajusticiados, fir-

mó un juramento espantoso de no incensar á otra divinidad, ni hincar su rodilla ante otros altares que los de las potencias infernales: despues, poniéndose á pronunciar en alta voz las mas execrables imprecaciones, concluyó su pacto horrible con Satanás, y acabó de sofocar en su culpable corazon las débiles semillas de virtud que la naturaleza le habia acordado.

Al hacer este horroroso juramento, se llenó el aire de nuevo de vapores bituminosos, de sombras ensangrentadas, que parecian en su paso fugitivo, querer evitar los golpes de un puñal asesino; los estallidos del rayo se mezclaron con este horrible espectáculo, y el prestigio no se disipó aun, sino dejan-

do en el aire un puñal magnífico guarnecido de pedrería, suspendido del techo por un simple cabello....

Al ver este brillante acero, tan ricamente adornado de diamantes, se acercó Dompareli estremeciéndose de placer y de alegría. Sobre la hoja de este puñal se hallaban grabadas en letras de sangre estas palabras: *al homicida*. «Yo soi quien debe llevarle, esclamó de nuevo en un esceso de su frenesí. Si algun hombre ha de apoderarse del cetro del crímen, ¿no es Dompareli quien debe adornar con él sus manos encantadas por la Seduccion?....»

El crímen tiene su heroismo, su fanatismo; y la demencia furio-

sa de este malvado, entregado ya á los infiernos, habia llegado hasta el mas alto grado de exaltacion.

Sin embargo, un respeto, una especie de terror contenia á nuestro héroe: el puñal estaba suspendido por un cabello, y el romperle sin un consentimiento espreso, le parecia un sacrilegio contra el genio del mal. Consulta pues á su libro infernal para saber las intenciones de sus silfos protectores, y en la página del parricidio lee estas palabras: «Asi como la espada de Damócles estaba colgando de un hilo para indicar los peligros del trono, del mismo modo, Dompareli, nuestro querido hijo adoptivo, tienen los delitos sus gloriosos peligros; y debes saber que la se-

guridad de un asesino no depende mas que de un cabello: *Valor; pero prudencia.*»

Dompareli, con este nuevo beneficio alegórico, dió gracias á todos los dioses del Averno, y saltando el cabello emblemático, guardó en su pecho como un tesoro el principal instrumento de sus crímenes: nada le faltaba ya para asolar la tierra, afligir á la humanidad, y declarar una guerra á muerte al genio del bien: medios de seducir con tres copas encantadas, poder para hacerse invisible con la redoma mágica, y mas poderoso, mas terrible que estos talismanes homicidas, un acero parricida que la fuerza y la astucia van á sumergir alternativamente en el corazon del

hombre de bien ó en el pecho de una jóven inocente.... Una sola reflexion dolorosa era la que acibaraba el contento de este mónstruo; pues á pesar de lo bárbaro que era, temia el por venir: la idea de sus remordimientos, el freno de una conciencia impórtuna, cuya voz acusadora temia contínuamente, tenia ya á su espíritu en agitacion, pues parecia tener anticipadamente un gusano roedor asido de sus entrañas, como el buitre de Prometeo, para no dejarle ningun reposo enmedio de sus mayores triunfos. Acordándose del parricida Orestes, y de las serpientes de Alecto y de Tisifona, marchaba ya con un paso tímido en la carrera del crímen, cuando acordándose de los benefi-

cios de Asmodeo, le suplicó en una nueva invocacion le librase del yugo de los remordimientos. A esta súplica, una voz sepulcral le dió esta horrorosa respuesta:

«El remordimiento es superior á todos los poderes infernales, y en esto es en lo que triunfa siempre el genio del bien en el corazon del criminal.... »

No dejó de aterrar y contristar algo á Dompareli esta declaracion fulminante; pero sofocando al instante este grito interior y contínuo que debia siempre resonar en sus oidos en medio de sus mayores victorias, se resolvió á marchar al crímen, y no seguir mas que sus destinos homicidas. Recogió pues en una caja de oro sus preciosos

caduceos, y divorciándose con las leyes, ¿qué digo, con las leyes? con la naturaleza entera, se internó á favor de las sombras de la noche en los montes de Ferrara, y ganó los célebres Apeninos, enteramente infestados de bandas de asesinos. Dompareli, asi como un joven héroe se abrasa por derramar en la guerra la primera sangre de su valor, estaba impaciente por ensayar la punta de su puñal. «¿Qué pecho (tiene la audacia de decir) tendrá el honor de ser el primero que tiña esta hoja temible, este acero invencible consagrado por el mismo Lucifer, y del que toda la Italia conservará una eterna memoria?... ¿Qué víctima espirará á mi primer golpe? No tardó en ser-

vir á sus infames proyectos una ocasion desgraciada, pues un caballero toscano, señor conde de Silos, volvia de su campaña y se dirigia á Florencia: atacarle, coserle á puñaladas con toda su comitiva, apoderarse de su equipage, ponerse sus vestidos y sus cruces, usurpar sus títulos, y mandar á algunos de sus cómplices subalternos que habia reunido cerca de una caverna de estas famosas montañas, que tomasen tambien las libreas de los lacayos asesinados, y precipitasen todos aquellos cuerpos ensangrentados en un foso profundo; todo fue para nuestro héroe cosa de un momento. Este desembarazo en obrar, este tono de superioridad, que justificaban plenamen-

te su espíritu activo y su singular audacia, impusieron á estos malhechores de segundo orden en tales términos, que todos se sometieron con un cierto sentimiento de admiracion á las órdenes de Dompareli, y abandonaron de comun acuerdo el servicio de otro gefe famoso llamado *Barocal*, que no habia dejado de grangearse una reputacion bastante grande en varias provincias. Dompareli, con un aire de desprecio y compasion, hizo que le informasen de las circunstancias de ese Barocal, y llevado de una secreta envidia de un rival que le incomodaba por su celebridad, se informó del parage donde tenia su caverna este audaz personage. Frantzeli, uno de los mas inteligentes

de la banda, se ofreció á conducirle cerca de su guarida; pero le advierte que el ataque será mui peligroso, porque Barocal cuenta sesenta muertes por igual número de sortijas que lleva ensartadas, como un rosario, al pecho. La Calabria, los mares de Túnez, añadió, no tienen un facineroso de mas fama; y en vano han intentado esterminarle las tropas de línea, pues nunca han podido librar á los pueblos de esta plaga. — Domporeli no hizo mas que reirse al oir estos elogios indiscretos, y disponiendo su tropa despues de haber confiado sus equipages á Frantzeli, marcha en direccion á la caverna de Barocal, como un genio poderoso que se burla de los esfuerzos de los débiles

humanos. El encuentro fue obstinado, mas Domparcli fue el vencedor; y despues de haber degollado á cuantos halló en la caverna de Barocal, envió al senado de Milan la cabeza de este ilustre facineroso en un cofre lleno de oro con otras riquezas inmensas tomadas á los vencidos, todo en nombre del conde de Silos. Despues dirigiéndose sobre Modena, habiendo ya dado antes sus instrucciones á la canalla que componia su banda y comitiva, resolvió divertirse un poco de tiempo con el florido elemento de la galantería, y hacer tambien algunas víctimas de amor, mientras se le presentaban acciones mas gloriosas.

Veamos el uso que va á hacer

de los irresistibles talismanes que la diosa de la *Seduccion* le habia dado, y como el bello sexo va á pagar con su reputacion el falso amor de un mónstruo que no abriga mas ternura que su lenguage seductor, mientras que en el fondo de su alma renegrida el crímen estará acechando su presa bajo la máscara de la perfidia.

Apenas llegó á Modena tomó una casa magnífica en la calle de Lodí y la adornó con el gusto mas delicado y costoso: los personages de la primera clase fueron al momento á visitarle y le felicitaron de haber destruido con tanto valor al mas perjudicial de los malvados de la Toscana. Todos desearon ver tambien las cartas lisonje-

ras que con este motivo habia recibido del senado de Milan con la gran cruz de la orden de Lombardía, cuyo Príncipe le permitia llevar la condecoracion en memoria de este gran servicio que habia hecho á la patria. Al principio dió grandes bailes de máscaras, cenas espléndidas y fiestas de todas clases, con lo que el falso Conde, prodigando el oro, se adquiria mas y mas entre las damas esta fama brillante que proporciona en la carrera de la galantería los mas rápidos progresos. ¡Ah! qué suceso! Si la imprudencia y la veleidad natural en las mugeres facilitan frecuentemente el camino, cuando se trata de especulacionès de amor, y particularmente de su amor propio

(que es acaso el principal resorte de todos los enamorados); ¿por esta debilidad merecerán estas desgraciadas pagar con su vida un momento de falsa satisfaccion?.... Porque muchas jóvenes, las mas hermosas y principales de Modena, habian desaparecido ya sin saber cómo; y principalmente en medio de la confusion de ciertos bailes de máscaras que habia dado Domppareli, tres hijas de marqueses y cinco baronesas ó condesas hermosas habian sido arrebatadas con una temeridad prodigiosa, sin que las investigaciones mas rigorosas de la policía hubiesen podido descubrir la menor noticia ni indicio de unos raptos tan audaces. Frantzeli, el ayuda de cámara, ó mas bien el

cómplice, confidente principal de todos estos atentados, favorecia tales raptos; y luego que hicieron algunos sin ser al pronto notados, eje cutó la astucia de hacer disfrazar de muger á uno de los ladrones de su banda, y presentándose otros tres enmascarados, fingieron arrebatar á esta misma del baile, le colocaron en la grupa de sus caballos, y desaparecieron en la espesura del monte inmediato. Con estas estratagemas fue como engañó al público y á la justicia, que no pudieron formar la menor sospecha sobre la integridad de su corazon; pero el hecho es que el mónstruo, el horroroso Dompareli, adornaba (esta era su espresion) su templo de Apolo con estas sombras ensangrenta-

das, que llamaba por irrision sus *Musas*; y para completar su divina Galería no le faltaba mas que la sabia Urania, y esta era la jóven condesa de Cardini, que debia ser víctima de los mas crueles lazos para concluir la coleccion de cuadros de su sanguinario museo.

Sin duda el lector esperimenta la mas viva curiosidad de saber á qué se reducia esta Tebaida, este *Harem* sepulcral, en el que Dompareli colocaba, despues de haberlas degollado, á las desgraciadas jóvenes que caian en sus lazos.... y vamos á esplicarlo.

Debajo de las bóvedas de su palacio habia una caverna impenetrable á los rayos del sol. Dompareli la adornó por sí solo sin mas ayu-

da que la de su confidente, con lo mas esquisito que pudo hallar en muebles y en magnificencia de toda especie, con baños y arcos emparrados deliciosos, y una cama esquisita vestida con la mayor elegancia, y llena de perfumes y de flores; y habiendo mandado hacer en una de las piezas un escotillon á torno, llamaba hácia allí disimuladamente la víctima, y como en un columpio insensible se hallaba descendida en medio de un aposentillo encantador iluminado de magníficas arañas y millares de bugías. Los gritos, la resistencia, las súplicas, los lamentos eran inútiles: era preciso sucumbir bajo el yugo de una mano de fierro, que una muger de honor, unas vírgenes viniesen á

ser la presa infeliz de un infame corruptor, y que desvanecida la ilusion de la novedad, bañasen con su sangre los placeres homicidas de este mónstruo!!!.... «*Los muertos no se vengan*, decia Domparcli en sus máximas atroces: *su silencio es eterno y no deja temer ninguna revelacion.*»

Su atroz placer consistia en meter á sus infelices víctimas en un baño de leche, y con una mortal puñalada hacer salir entre aquella blancura fuentes de púrpura y de sangre.... La naturaleza se estremece con semejantes monstruosidades; y solo el infierno que habia fijado su residencia en el corazon de este malvado, podia inventar semejante barbaridad. Ya esta-

ba en el octavo sacrificio: ya, digo, ocho baños homicidas, ó mas bien ocho féretros ensangrentados, colocados en anfiteatro medio circular, hacian de esta piscina una mansion de horror y de espanto, causando el llanto y desesperacion de las familias de Modena, á quienes habia privado este infame de unas personas tan queridas!!!.... Sin embargo de tantos asesinatos, aun queria completar la corte de Apolo; y sus miras ambiciosas se dirigian á apoderarse de la hermosa condesa de Cardini, de la que ya hemos hablado. La empresa era dificil; pues la Condesa, aunque jóven, viuda y privada de luces y de consejos de su esposo, estaba dotada de una profunda penetracion. La

dulzura aparente de Dompareli, su talento, sus fingidos sentimientos y la prontitud indiscreta de su pasion, en lugar de interesarla, no habian hecho mas que alarmar su virtud; y las señales del crimen, que ella habia creido entrever bajo los esfuerzos de la seduccion, habian acabado de alarmar su espíritu ya prevenido. En vano Dompareli puso en contribucion todas las galanterías imaginables, como fiestas brillantes, comidas espléndidas para hacerla llegar al sitio donde estaban sus traidores lazos. La Condesa tenia un presentimiento mui profundo de alguna catástrofe oculta en las sombras de un horroroso porvenir, para dejarse llevar con confianza de los acontecimientos; y

cuando recibió las visitas de Domparelí, fue siempre teniendo el cuidado de armar á sus criados y de mandarlos estar ocultos en los gabinetes inmediatos: todos los recursos de Domparelí habian sido inútiles; no habia podido usar de la copa de la seduccion; todos sus talismanes se habian estrellado; y últimamente sus encantos, sus soporíficos, sus bebidas hallan por primera vez sus obstáculos. Afligido de su impotente astucia, se quejó con respeto á sus divinidades tutelares, y prosternándose ante su libro infernal, con el puñal desnudo en la mano, les suplicó le dijesen si habia faltado algun misterio augusto en su culto. A estas nuevas invocaciones se cubrió su cuarto al momen-

to de fuego y de nubes negras: no se oyó ninguna protectora; pero entre los patíbulos y espèctros que se presentaron á su vista, Dompareli vió á la implacable Themis con su balanza en la mano, acompañada de Isis, su fiel conductora, que pasaba con aire amenazador, dejando caer en el suelo esta terrible sentencia: «*No hay perdon para el crimen inespiado.*»

Desde este momento fatal se turbó su espíritu, lleno de terror, y se establecieron en su imaginacion para siempre un tribunal, un juez severo y un acusador, destrozando su corazon contínuamente sus vanos remordimientos. Su mismo palacio le espantaba ya, y cada vez que marchaba sobre las trampas

asesinas que conducian á la horrorosa mansion de las ocho inocentes víctimas, que él llamaba sus ocho *musas*, le parecia que las Euménides, en igual número, le perseguian con látigos de culebras vivas: mui frecuentemente se acongojaba entregándose á ideas mortales; el sudor del crímen cubria su cuerpo, temblando al pensar el fin desastrado que le esperaba; sus cabellos se erizaban, todas sus entrañas palpitaban de miedo, y su corazon, devorado por los remordimientos, sucumbia en este estado de angustias infernales.... — En vano Frantzeli le anima, admirándose de sus pueriles pusilanimidades. Dompareli, viéndose abandonado del genio del mal, se cree perdido, y no sigue

ya al crimen en adelante sino como tímido criminal. Su presentimiento de los peligros inmensos que corria, era bien fundado; y el cielo no tardó en disparar sobre sus manos homicidas el rayo vengador.

El verdadero conde de Silos, á quien Dompareli habia hecho arrojar en un profundo precipicio de los Apeninos, persuadido de que no podria sobrevivir á los golpes redoblados de su infernal puñal, habia vuelto á abrir sus párpados despues de una larga efusion de sangre, que habia corrido por veinte heridas; pero ninguna sin embargo era mortal, y esforzándose á recuperar su espíritu desfallecido en el abismo en que se hallaba sumergido sobre los cuerpos ensangrenta-

dos frios de sus criados, usa de las pocas fuerzas que le quedaban, y ayudándose á beneficio de algunos arbustos y de las puntas de aquellas escarpadas rocas, logra salir del precipicio y llegar arrastrando al camino de las montañas: algunos aldeanos le vieron, se acercaron á él, cubrieron de ropa su desnudez, y colocándole sobre una camilla que fueron á buscar sin dilacion á la aldea inmediata, le condujeron en este estado á la ciudad de Florencia, donde tenia á todos asombrados su repentina desaparicion.

La fábula del impostor que habia usurpado su nombre y sus títulos en Modena, era igualmente el objeto de todas las conversaciones:

la vuelta del Conde asesinado destruia todas las historias forjadas sobre las imposturas de Dompareli.

El verdadero conde de Silos estaba demasiado delicado para poder recibir las noticias que tanto le interesaban de estas ocurrencias. Conducido á su palacio, solo los médicos tuvieron derecho á acercarse á él, y por mucho tiempo no trataron sino de ver si podian curarle perfectamente ; y hasta pasados mas de dos meses de medicamentos y cuidados, no le informaron de que un falsario se habia revestido en Modena de todas sus cualidades, y que habia llegado su audacia hasta el estremo de fingir la destruccion del bandido mas cruel de la Toscana, tomando, para mejor fascinar,

el nombre del conde de Silos: instruyeronle tambien de las recompensas que su impostor habia recibido del Príncipe, y de cuanto decian los papeles públicos sobre este punto. El conde de Silos al oir un caso tan estraordinario, y reuniendo todas las circunstancias, no duda sea su mismo asesino el que ha tenido la audacia de tomar su nombre: la conformidad de su edad y aire con el mio le habrán favorecido, decia, para ejecutar tan execrable invencion. Le consume la impaciencia por presentarse á los magistrados de Modena para descubrirles tan criminal impostura: todos sus amigos aprueban y favorecen sus intenciones; pero le advierten solamente, que

con un hombre de esta índole era preciso obrar con tanta precaucion como destreza.

En este estado de cosas, el genio del bien, justamente irritado de los sucesos de su mortal antagonista, obraba sordamente para recuperar los derechos que los criminales usurpan algunas veces momentáneamente, pero que no destruyen jamas. Afligido de las numerosas calamidades, ocasionadas por el crímen, este divino genio, cuyos altares jamas debieran abandonar los hombres, habia llamado en su ayuda á su celeste hermana la Virtud, y á Themis su poderosa protectora sobre la tierra, á fin de terminar la carrera sanguinaria del mas audaz y feroz de todos los

malvados. De sus divinas conferencias habia resultado el volver á la vida casi milagrosamente el Conde, la impotencia de los talismanes de la *Seduccion*, y los remordimientos que dia y noche destrozaban el corazon de nuestro héroe hasta el estremo de desfallecer y perder el valor.

Los hombres que creen la mayor parte del tiempo obrar solo por su natural impulso, no son sino las máquinas ciegas de los genios invisibles que influyen en sus buenas ó malas acciones; á ellos toca, pues, seguir las inspiraciones de esta divina conciencia en la que Dios ha hecho brillar mas las luces de la razon y de la virtud, y no dejarse cegar por la mágia fa-

laz del genio del mal. Pero dejemos estas alegorías, y veamos cuál fue la conducta y fin de Dompareli.

El conde de Silos, segun su designio, se habia marchado secretamente á Modena con una buena escolta, y habia reconocido perfectamente á su asesino en el teatro; y habiendo hecho una declaracion circunstanciada ante el magistrado superior de su asesinato en los Apeninos, esperaba en el silencio hacía ya algunos dias, que la justicia hubiese instruido el proceso para apoderarse de Dompareli y sus cómplices, evitando lo mas que fuese posible, la efusion de sangre tan preciosa, como la de la tropa que fuese encargada de esta peligrosa comision. En fin,

despues de muchas juntas secretas, se decidió conferir al valor y talento de la condesa de Cardini el encargo de contribuir al arresto de tan intrépido malhechor.

La condesa, pues, de Cardini empezó á disimular poco á poco aquel aire de rigor y de severidad imponente, que hasta entonces habia mostrado á Dompareli en sus visitas: sus bellos ojos, medio rendidos, le dieron á entender que estaba próxima ya la hora de su triunfo; y llegando nuestro héroe á ser mas exigente que nunca, la dió motivo á convenir en una cita á las doce de la noche, momento de silencio y de oscuridad favorable á los amores, y que permitiria la presencia de un amante fe-

liz, sin temor de ser comprometida por las sospechas de los criados. Este momento terrible que debia vengar para siempre al genio del bien en la persona de uno de sus mas crueles enemigos, y para Dompareli, este momento deseado en que sus ojos sanguinarios deben gloriarse viendo nadar en su sangre á la mas hermosa de las mugeres, es ya llegado!!!.... ¡Qué de reflexiones! ¡qué de satisfacciones! Este último atentado no solo lisongeaba sus secretas intenciones, á pesar de la actividad de sus remordimientos, sino que le daba á conocer el grado de poder de sus caduceos, y le enseñaba los límites que debe guardar en el uso del poder que le fue concedido por el

pacto con los infiernos. Se apresura para asistir puntualmente á la cita, y con el favor de una linterna ó farol de ronda, atraviesa un largo vestíbulo que conduce al gabinete de la Condesa, y tentando una mano suave que agarra la suya y le guia con un aire misterioso al traves de la oscuridad, avanza á paso lento y silencioso, hasta que al fin desapareciendo la persona que le guia, se halla junto á un sofá color de rosa, sobre el cual estaba descansando nuestra hermosa heroina, vestida de una túnica de muselina bordada de oro y perlas finas.

Es preciso, para la apología de ciertas circunstancias ulteriores, decir que este sofá estaba mui ele-

vado sobre una tarima en escalinata artística, pero mui escasamente alumbrado por unas luces medio muertas cubiertas de una triple gasa, que no dejaba penetrar sobre todos los objetos sino unos rayos de claridad pálida é incierta; estaba resguardado á mas de esto por una galería semicircular que le rodeaba, compuesta de adornos de ramas y flores, mirtos y pámpanos, que no permitian acercarse enteramente á la condesa de Cardini. *(En el discurso de esta historia se conocerá mejor el motivo de estas precauciones misteriosas.)* Dompareli, al ver este objeto encantador, con tantos atractivos como ofrecia á una vista codiciosa su hermoso trage y una garganta que

avergonzaba á el alabastro, se dejó arrastrar al primer impulso de los efectos de una poderosa seduccion; pero recordándose bien pronto de la ferocidad de sus primeros progresos, y particularmente de lo que debia al honor de sus juramentos infernales, sofocó en su alma todo sentimiento de amor y de ternura, para no dejarse dominar, como otro Otelo, sino de la sed de sangre y del amor al asesinato. Asi pues, lejos de pensar, segun sus horrorosas doctrinas, como un amante vulgar en respirar los suspiros del amor á la presencia del objeto deseado, no trató mas, como audaz malhechor lanzado á la carrera de los grandes crímenes, que de inmortalizarse por el atentado

mas estraño que un mortal puede cometer. En este instante la Condesa, estendiendo el brazo por el efecto de un resorte diestramente dispuesto para ofrecerle un anillo de brillantes y una rosa deshojada: « *Sean estos emblemas*, le dice, *las señales de nuestro eterno amor*. » —Esta rosa estaba empapada de un licor narcótico que al momento conoció nuestro héroe; pues que si el genio del mal, que era su dios protector, tenia mal suceso en sus iniquidades algunas veces, todo lo que era del simple resorte de la sutileza y de la seduccion no tenia ningun poder sobre Dompareli, que se hallaba siempre provisto de su puñal y de sus caduceos: asi, pues, al concebir la idea solo de

que la Condesa pretendia engañarle, y embriagar sus sentidos con tan pérfidos designios, furioso, sin acusacion, sin examen, se lanza como un tigre, rompe la barrera de las flores, saca su abrillantado puñal y le sumerge una y mas veces en el tierno pecho de la Condesa, cubriéndose en un instante de salpicaduras de la sangre que brota por sus heridas.... En su ciego furor no advierte la poca resistencia que encuentra el puñal, ni la impasibilidad de la figura de la Condesa, que habia bárbaramente cosido á puñaladas, y que sin embargo no habia mudado de semblante, á pesar de los golpes mortales con que habia sido acribillado su cuerpo. ¡Pero cuál fue su admiracion,

cuando llegando á examinar el personage que la oscuridad le habia impedido ver bien, se convenció de que habia herido á una muger de cera, imágen perfecta de la condesa de Cardini, por la que ella misma habia respondido estando oculta detras de un espejo sin estaño, cubierto de seda, y débilmente iluminado por unas luces opacas, colocadas cautelosamente á gran distancia!!!.... A mas de esto, todo, con respecto á este personage ficticio, completaba la ilusion; y para hacerla aun mas fuerte, el seno de esta figura de cera ocultaba una vejiga llena de sangre de algun animal, con lo que nuestro héroe habia sido mas fácilmente engañado, causándole aquella crei-

da muerte un horror que nunca le habia tenido igual.

Despues de completado el suceso de esta ingeniosa sustitucion, empezó la Condesa á dar gritos de triunfo, haciendo la seña al mismo tiempo á la justicia y tropa que se hallaban prevenidos en las piezas inmediatas, para que simultáneamente cayesen sobre Dompareli.

El peligro de nuestro héroe era sin duda tan inminente, que nunca conoció hasta entonces la sorpresa en su espíritu, pues se quedó como un mármol al principio. ¿Cómo desembarazarse de veinte hombres que con las espadas y las pistolas, y el vengativo conde de Silos á la cabeza, echaban fuego por sus ojos y amenazaban su vi-

da, sin recurso ya para no perecer?.... Mas Dompareli, convencido de que solo en su valor está su seguridad, se lanza sin detenerse, como el demonio que le inspiraba, sobre sus enemigos, repartiendo puñaladas por todas partes, mata á muchos, y despues echa en medio de los demas una caja preparada que estalla, y los deja á todos en la mas profunda oscuridad apagando todas las luces; y á beneficio de otros encantos de su mágia blanca logra escaparse del palacio de la Condesa, dejando alli á sus enemigos en la mas estúpida admiracion.

Llega á su casa, y refiere á Frantzeli los peligros que ha corrido: no habia un momento que perder,

y entre los consejos que Lucifer da á los criminales, el principal es la mayor actividad en sus espediciones. Dompareli, pues, mandó ensillar los caballos, y despues de haber cargado en maletas sus mas preciosos tesoros, partió á gran galope con su banda de pícaros.

Aquí es donde Themis gime de la impotencia de sus tentativas, y el infierno se sonrie y redobla sus esfuerzos para hacer valer su poder. Dompareli triunfaba, y ya insensible á la voz de los remordimientos, da gracias á sus dioses del favor que le dispensan. Despues de haberse apoderado con su gente de las gargantas de Cagliari, y haberse instalado alli en grutas impenetrables, tuvo un consejo, en el

que se decretó abrir comunicacion con Nápoles; que se harian dueños de un castillo antiguo inmediato, ocupado entonces por un señor octogenario, y que se pondrian sus inmediaciones tan peligrosas, que seria necesario el cañon y un sitio regular para tomar la plaza. Domparelí añadió, que él se encargaba de encantarle, y terminó su discurso con tanto charlatanismo, que sus cómplices quedaron persuadidos de que obedecian á algun genio infernal.

Degollar todo cuanto tuviese vida en el castillo de que acabamos de hablar, arrojar los cadáveres á unos fosos profundos, y rodearle de prestigios, ilusiones y encantos de toda especie, fue la obra de vein-

te y cuatro horas para nuestro gefe de bandidos. Los primeros meses se pasaron en piraterías, asesinatos atroces, cometidos en viageros ilustres, embajadores y príncipes que perecian víctimas de tanta audacia; y el terror, asi como la credulidad del vulgo, era tal, que el pueblo estaba persuadido de que era imposible resistir á los golpes del puñal de brillantes del mágico de la *banda negra*, que era el nombre que le daban. Dompareli, para fortificar esta creencia fanática, hace poner su puñal brillante colgando de un fanal junto á una de las torrecillas mas elevadas del castillo, y una cabeza acabada de cortar igualmente, fijada por los cabellos junto al mismo fanal; de manera,

que durante la noche inspiraba este espectáculo un mortal espanto á los que tenian la imprudencia de acercarse. Dompareli, el mónstruo Dompareli solo, era capaz de una idea tan atroz. El genio del mal aplaudia los atentados de su favorito, y le ponia en el primer rango de los mas famosos facinerosos de la Italia. En efecto, nuestro héroe contaba ya setenta asesinatos de su propia mano, cincuenta violaciones y veinte raptos; y para conservar las pruebas de sus infames acciones, arrancaba á cada una de sus víctimas un ojo, y los colocaba en línea sobre una tabla de ébano detras de la cabecera de su cama, lo que producia un efecto horroroso en su gabinete secreto.

Entre sus acciones espantosas de crueldad, Dompareli, instruido por sus compañeros de Nápoles del viage de la hermosa Laura para Roma con su jóven esposo, coronel de dragrones de la Reina, marques de Giacomeli, se propuso contar otra, echándose sobre tan preciosa presa; y efectivamente le fue fácil robar esta jóven beldad en su coche de camino, dejando bañado en su sangre al desgraciado Coronel: Laura, afligida y desesperada al oir las proposiciones de Dompareli, preferia la muerte á cualquiera otra suerte degradante; y por un capricho de la suerte este bárbaro sentia por la primera vez el poder del amor, y fue con ella de un esterior sensible y hu-

mano al principio; mas en vano despues empleó las súplicas, las amenazas y las promesas. Laura respondia á todos sus discursos: *la muerte quiero;* y no podia mirar sino con horror al asesino de su esposo, que aun estaba cubierto de su preciosa sangre. No le hubiera sido dificil á Domparcli obtener por la violencia lo que deseaba poseer por un libre consentimiento; pero en esta ocasion solo hizo efecto en él la idea de la fuerza, de la violencia y de la brutalidad. Laura, respetada, adorada, colocada en un aposento de que ella sola tenia la llave, era dueña absoluta de su conducta y de sus acciones, y no podia menos de admirar en secreto hasta qué punto llegaba á veces

el poder del amor, pues que ella acababa de humanizar y sujetar el corazon de uno de los hombres mas feroces de la Italia. Era muger al fin, y por horroroso que fuese el homenage, se dirigia á su vanidad, que en su sexo (perdonadme si lo digo) rara vez es despreciado; pero por otra parte, ¿cómo Laura, poseida de la mas ciega pasion por su jóven esposo, hubiera podido olvidarle en el amor de su mismo asesino? Esta composicion con su honor, con sus sentimientos era imposible. Dompareli, pues, estaba reducido á suspirar sin esperanza; y este mónstruo alevoso, que habia sumergido el acero homicida en el seno de las mugeres mas interesantes, por la primera vez derramaba lágri-

mas, se prosternaba de rodillas, avergonzaba y hacia rabiar á sus compañeros con tan impropias debilidades.

Mientras que, como nuevo Celadon, suspira junto á la insensible Laura, el marques de Giacomeli se habia restablecido de sus heridas que parecieron mortales, y por ellas se le creia muerto; y despues de haber escitado la tibieza del gobierno á vengar de una manera ejemplar los crímenes de Dompareli; despues de haberse apoyado sobre todo lo que la fama habia publicado sobre los atentados, que nuestro gefe de ladrones habia cometido en su palacio de Modena con la persona del conde de Silos, y otros mil delitos mas execrables, marcha hácia el

castillo encantado á la cabeza de doscientos hombres de infantería y ciento cincuenta caballos, persuadido de que con estas fuerzas lograria destruir no solo á Dompareli y toda su banda, sino el castillo de fondo en colmo.

Lo primero que hizo fue asegurar todas las avenidas de esta guarida, colocar sus puestos, y asegurarse de que nadie pudiese escapar. Despues, en lo mas alto de los árboles del monte, hizo poner una bandera en la que se podian leer distintamente estas dos palabras: *Amor, esperanza.* Este era un anuncio consolador para la desgraciada Laura, que afortunadamente pudo leerlo desde sus ventanas, y conocer al momento con la mas viva

emocion que su valiente esposo estaba inmediato. El Marques no perdia un instante dia y noche por asegurar su victoria, reconquistar el objeto adorado de su amor, y arrancarle del poder de un malvado. En esta situacion tan alarmante, los facinerosos, reunidos en la sala de sus crímenes al rededor de la silla de Dompareli, al que apretaban las rodillas como su único libertador, le piden sus órdenes, atacados todos de un terror mortal; y al momento Frantzeli, su fiel Frantzeli, abriendo las puertas de la sala con todas las demostraciones del terror, anuncia á su gefe, que ya estan colocadas las obras contra el castillo, que muchos infantes se acercan al puente levadi-

zo, y que otros estan formando escalas en el monte inmediato para verificar el asalto.... A todas estas demostraciones de inquietud y de temor, Dompareli, pareciendo mui animado y protegido por el espíritu infernal, les habla en estos términos: «Hombres vulgares, ¿podeis imaginaros un momento que Dompareli ha triunfado hasta aquí solo por los medios comunes y conocidos de todos?.... Sabed, débiles átomos, que solo con una palabra, con una señal, puedo yo reducir todo eso á la nada; que me es tan fácil desplomar las bóvedas de este castillo, como pulverizar con una mirada á los enemigos que se atreven á sitiarme. — Despues de tan arrogante arenga, si-

gue con esta imprecacion al espíritu infernal: «Ven, pues, sombra protectora del poderoso Asmodeo, introduce en mi seno un rayo del fuego de tus ojos, y matame con este puñal antes que sufrir sea humillado uno de tus protegidos en esta ocasion.»

A esta invocacion impía se estremecieron las columnas de la sala del crímen, un olor de azufre sucedió al terrible y redoblado trueno, y la hoja del puñal de Domepareli se prolongó mas de una mitad, arrojando mil chispas, y produciendo el ruido que se oye al sumergir un hierro ardiendo en el agua; sobre la hoja del puñal se leia: «*Por veinte y cuatro horas invencible.*» Ya lo veis, esclamó enton-

ces nuestro héroe; los infiernos me favorecen, y yo triunfo del genio del bien.

Este suceso efímero no debia ser de larga duracion como las demas prosperidades pasageras del crímen; mas sin embargo, este último esfuerzo del genio del mal no dejaria de producir grandes desastres, como sucede frecuentemente en el mundo, cuando lucha contra el tribunal de Themis y el santuario de la virtud.

Dompareli, pues, sintiendo correr por sus venas un fuego corrosivo, y en su corazon y en su espíritu penetrar llamas infernales, parece un demonio poderoso que nadie podrá vencer en adelante. Manda á Frantzeli hacer la prueba en

él introduciéndole su espada en el pecho. Frantzeli obedece estremeciéndose; pero esta misma espada se dobla, se quiebra como una débil caña sobre una muralla de bronce. Sus ojos despiden rayos; son los del basilisco que mata con sus mortales miradas, y con una sola señal hace salir de todas partes mil fantasmas, mil máquinas, mil trampas homicidas.

El primer sentimiento de este mónstruo, hijo de los demonios, fue de ensayar su nueva mágia en el corazon de Laura; pero el infierno, que tanto poder tiene para el crímen, no le ejerció ahora en el amor: Laura fue siempre inflexible; colocada en una de las troneras de su aposento, amenazaba

darse la muerte con su puñal, si Dompareli daba un solo paso para acercarse á ella. Sus fuerzas habian tomado nuevo vigor al aspecto de la preciosa señal de Giacomeli, y Dios y su inocencia la inspiraban las mayores esperanzas.

En medio de estos acontecimientos interiores, se oye un clarin por bajo del puente levadizo del castillo: es el Marques, que lleno de valor y de audacia, precedido de un trompeta parlamentario, desafia á Dompareli á batirse solo con él. Todos los facinerosos reprueban este desafio imprudente; pero su gefe, con una sonrisa desdeñosa, manda que bajen el puente levadizo, y dejan entrar al marques de Giacomeli. Este, inaccesi-

ble al miedo, teniendo siempre á su querida Laura por móvil de todas sus acciones, entra en el castillo, y ni el ruido de las cadenas, ni el aspecto sanguinario y los restos pútridos de cien cadáveres mutilados, hechos cuartos por aquellos tránsitos horrorosos, le impidieron entrar intrépidamente en una grande y sombria sala abovedada, que no se hallaba alumbrada mas que por los ojos inflamados de un buho.

Giacomeli en nada repara, nada le intimida ni detiene, y si alguna cosa puede trastornar sus sentidos, es la voz de su querida Laura que le parece oir: aquellos gemidos penetrantes que salen de su boca, son los que despedazan

su corazon. Apenas se halla en medio de esta sala abovedada, aparece como bajo el poder de una hechicera protectora un magnífico sillon de oro, y una gran mesa con una comida elegantemente servida. «No vengo yo aquí á buscar obsequios ni fantasmagorías, esclama furioso Giacomeli, vengo á dar la muerte al mas infame de los malvados ó á recibirla de su mano.» A este nuevo desafio, Dompareli se presenta solo sin armas, sino es el puñal de brillantes que nunca quitaba de la cintura. «¿Qué quieres tú, jóven imprudente? dice al Marques con un tono soberano. ¿Quieres medirte conmigo? No, mi gloria no necesita de ese pueril triunfo, y yo desprecio laureles

tan fáciles.» Esta declaracion insultante enfurece mas al Marques, y creyéndose dispensado de todas las leyes de la hospitalidad por el rapto de su esposa, no escucha ya mas que su justa venganza; se considera tambien autorizado á vengar en este dia las leyes, la patria, la humanidad entera; y sacando sus pistolas de la cintura, las descarga á un tiempo sobre el pecho de Dompareli.... Los ecos repiten con un estruendo horroroso la detonacion multiplicada en todas las cavernas del castillo; pero Dompareli, el invulnerable Dompareli queda en calma, con la sonrisa en los labios, en medio de las nubes de la pólvora que se disipan con un soplo que da; y presentan-

do en sus manos al Marques las balas que ha lanzado sobre su pecho á boca de cañon: «Toma, Giacomeli, le dice; procura hacer en adelante mejor uso de tus armas, y desiste de la temeridad de atacarme.» El Marques, lleno de confusion, y no pudiendo comprender este prodigio, se retiró desesperado; pero lo que mas destrozaba su corazon sensible, era la idea de no poder arrancar de los hierros de aquel malvado á su adorable esposa Laura: al pasar el puente levadizo vió á muchas de sus centinelas luchando con dragones volantes, asaltados por serpientes enormes; y en fin, vió con el mayor dolor que por todas partes sus tropas eran víctimas de un encanto infer-

nal. Sin embargo, es inútil que sus oficiales le aconsejen abandonar una espedicion tan peligrosa, y dejar á la Providencia la suerte de la desgraciada Laura: Giacomeli, lejos de ceder á estas razones especiosas, no ve mas que un triunfo efímero en todos estos prestigios, y las leyes divinas le dan en su corazon la seguridad de que la equidad sola debe quedar victoriosa. Se limita, pues, á retirarse en la espesura del monte con su tropa, y á no hacer nuevas tentativas sino pasadas veinte y cuatro horas, para dejarla tomar aliento. Este era casualmente el término del poder de Dompareli, término del que su imprudencia y falsa confianca no le habian permitido ha-

cer atencion. Apenas doraban la cima de los árboles los primeros rayos de la aurora, cuando Giacomeli, reuniendo y disponiendo sus tropas para un asalto general, se avanza el primero con una furiosa intrepidez hácia el puente levadizo; llena los fosos de fagina, y tomando una escala, sube el primero con la espada en la mano á lo alto de las murallas. Esta resolucion dió valor á los soldados que, perdido ya el miedo á los encantos, penetraron furiosos en todas partes del castillo. El único temor de Giacomeli era que su querida Laura no fuese la primera víctima de su victoria, y que aquellos mónstruos no se vengasen con su muerte; pero el genio del bien ve-

laba sobre ella, y ella misma habiendo hecho una escala de cuerdas, se habia desprendido de las ventanas que daban al campo de los sitiadores. Ya Frantzeli y la mayor parte de los foragidos habian mordido la tierra. Dompareli, solo contra todos, semejante al viejo roble que en vano los vientos pretenden arrancar de la tierra, se bate como tigre rabioso, á pesar de verse ya cubierto de mortales heridas; al Marques solo correspondia derramar su sangre odiosa; hizo fuego sobre él, y le dividió el corazon con tres balas. Ganada ya esta victoria, su primer sentimiento fue el de precipitarse en la prision de Laura; pero esta, animada de la venganza, electrizada por la

felicidad de volver á ver á su esposo, no habia querido hallarse lejos del ataque, y corria á partir los peligros de su marido, quien la estrechó en su seno con los mas vivos transportes de ternura. No habiendo escapado ningun asesino á la justicia de los hombres, el Marques ante todas cosas hizo sacar del castillo todos los tesoros que se hallaron en los subterráneos; mandó colocar el cuerpo de Dompareli sobre unas angarillas, y dando órden de tocar retirada, volvió á tomar con toda su gente la posicion de su campamento, despues de haber hecho volar el castillo con unos barriles de pólvora. Tomadas estas disposiciones, cogió una hacha, y por su mano fue cortada la

cabeza de Dompareli, de sobrenombre *Boca-negra*, y la hizo elevar en la punta del árbol mas alto para que el pueblo y los viageros viesen el castigo ejemplar de uno de los facinerosos mas temibles de la Italia, que habia infundido tanto terror por el pacto que habia hecho con su impotente protector Asmodeo. Dompareli pues sufrió la pena del Talion.

Su puñal mágico, que los mas intrépidos de sus soldados no se atrevian á mirar sino temblando, despojado ya de todos sus prestigios, no era un talisman peligroso: Themis le habia quitado el encanto homicida que tantos estragos habia hecho en manos de aquel mónstruo, y con una sola mirada habia reducido á la nada aquellas potencias

infernales, que por tanto tiempo se habian eludido de su justicia.

De este modo la Italia, libre ya de aquel azote, respiró un aire mas puro que el que el crímen habia infestado con su aliento emponzoñado. Giacomeli y sus compañeros de gloria fueron grandemente recompensados por el Príncipe; y si el terror que habian infundido Dompareli, el gefe de la banda negra, y la muger de cera, no se disipó en mucho tiempo, tampoco se habló jamas sin recordar la accion heróica del libertador que destruyó á este mónstruo vomitado por los infiernos.

FIN DEL TOMO V.

GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO VI.

GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedicala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO VI.

MADRID: Agosto, 1831.
Imprenta de D. J. PALACIOS, *calle del Factor.*


EMPRESA LITERARIA
OBRAS DE ZARAGOZA

HISTORIA TRÁGICA 13.ª

BLANCA-MARIA,

Ó

LA CONDESA DE CELAN.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



P. C. dib.º P. M. grº

¡Asi murió la Condesa de Celin, pidiendo perdon á Dios y á su Esposo de sus tirania!

No fue sin causa la costumbre de vigilar los hombres de talento y esperiencia sobre las hijas y sobre sus mugeres propias, no por tratarlas como esclavas y privarlas de toda libertad, sino por evitar la murmuracion y las ocasiones que se presentan á cada paso para corromper la juventud, máxime sabiendo que en sus primeros ardores sufren las niñas los mas fuertes asaltos, sin tener la mas continente y sabia las fuerzas que son necesarias para resistir á los ata-

tal torpeza y encogimiento, que es imposible lograr de ella despues cosa buena. Las jóvenes romanas vivian antiguamente reclusas en los palacios de los padres, y contínuamente á el lado de sus madres; y sin embargo, salian tan bien instruidas como las mas civilizadas de nuestros tiempos, y aun podrian considerarse mui perfectas si pudiesen imitar á las menos educadas. Mas ¿qué pueden aprender de bueno nuestras jóvenes en el dia con las compañías, sino palabras llenas de malicia, impúdicas, gestos ridículos, bufonadas, crítica, murmuracion y actos frecuentemente menos honestos que podrian serlo las palabras? No pretenderé privar al bello sexo de un tra-

to honesto en la sociedad, ni menos de los ejercicios acostumbrados en cada clase; solo me parece seria mui conveniente contemplar las costumbres é inclinaciones para refrenar las malas ó perniciosas, despertando tambien por este medio el entendimiento demasiado torpe y poco civilizado; porque haciendo esta eleccion, seria imposible que la virtud no brillase mas en las casas de los grandes, que en las cabañas y en las aldeas, donde á pesar de su rusticidad son mas observantes de la disciplina de nuestros predecesores en educar á sus hijos, que los que se jactan de saber gobernar la edad mas dificil de dirigir en la vida del hombre. De aquí es que el sabio y bondadoso

Emperador Marco Aurelio no queria que sus hijas fuesen criadas en la corte, diciendo: ¿qué ventajas podrá lograr un aya enseñando á su niña á ser virtuosa y honesta, cuando la convidan tantas obras á ser loca y no estudiar ni aprender mas que el arte de amar? Yo discurro así, no por querer ser un juez rigoroso de las mugeres hasta el estremo de no poderlas ver nunca; ni tampoco por dudar que la virtud, donde quiera que se halle, deje de obrar buenos efectos, sino para venir á caer en la historia de una señora italiana, que mientras vivió con su primer marido, que conocia su inclinacion, en una sujecion prudente y moderada, gozó de la reputacion que

mereció su buena conducta y modestia, sin que ninguno viese en ella la menor accion que la pudiese difamar; mas al momento que desapareció la sombra de este libre cautiverio por la muerte de su marido, Dios sabe los estravíos y locuras que cometió mancillando su honor y la estimacion del que se casó con ella de segundas nupcias, como verémos si el lector tiene paciencia para recorrer la historia siguiente.

Casal es una ciudad del Piamonte, perteneciente al marquesado de Monserrate, en la que vivia un caballero mui rico, aunque no de la mas ilustre estirpe, llamado don Santiago Scapardon, que habia llegado á la opulencia por

la usura y otros medios no menos indecorosos. Casóse con una jóven griega que la marquesa de Monforte, madre del marques Guillelmo, habia traido de su viage á Grecia con su marido, cuando los turcos corrieron el pais de Macedonia y tomaron la ciudad de Modon en la Morea. Tuvo de esta griega una hija muy bonita, de mucho talento y perspicacia, llamada Blanca-Maria; y murió el padre poco despues de su nacimiento, cargado de años y mui acabado por las inquietudes y afanes que habia tenido toda su vida por enriquecerse, dejando bienes considerables que valian mas de doscientos mil escudos: Blanca-Maria, habiendo llegado á la edad de diez y siete

años, fue solicitada de muchos, tanto por su hermosura, gentileza y mucha gracia, cuanto por sus riquezas; y al fin se casó con el conde ó vizconde de Hermes, hijo de una de las primeras casas de Milan, quien la llevó al instante á la suya, dejando á la griega el manejo de las usuras del difunto. Este caballero, hombre de talento, conoció luego que su esposa necesitaba (como suele decirse) mas del freno que de la espuela, viéndola dominada de mil deseos, de un carácter ligero, y advirtiendo ademas que no apetecia sino una desenfrenada libertad; por esta razon, sin violentarla, la acostumbró poco á poco á estar en casa, acariciándola mas que de ordinario

para hacerla sobrellevar al principio este órden, y cumplir gustosa con este deber; pues aunque las mugeres en Milan tengan casi la misma libertad que las nuestras, no tuvo Hermes por conveniente darla tanta, y de consiguiente no la permitia frecuentar otra casa que la de madama Hipólita Sforce, quien le preguntó un dia por qué tenia á su muger con tanta sujecion, exhortándole á que la diese mas libertad para tenerla mas contenta, y para que no se le mirase como hombre ridículo y celoso. Señora, la dijo entonces el Milanés, todos los que hablan de esa suerte, no conocen, como yo, el carácter de mi muger, y prefiero hacerla sufrir un poco de sujecion, á verla

deshonrada, y mi nombre cubierto de infamia; yo sé mui bien dónde me aprieta el zapato, y hasta dónde se debe dar rienda á una muger que se halla en su juventud, luchando con las pasiones y con tantos enemigos, que á porfia intentan robarla su reposo y estimacion. Conozco lo que no quiero que me suceda; y os doi la prueba de no ser impertinente ni temerario dándola licencia para frecuentar vuestra casa dia y noche, por estar seguro de vuestra honradez y de la de los que os visitan; con esto tiene suficiente para distraerse y hacer la felicidad de los dos: asi pues, no hai que bablarme mas sobre este punto, porque tratando de contradecirme, seré aun mas

severo, sospechando de mi esposa lo que no quiero ni aun soñar; pues con este sistema de vida somos felices, ella con mi amor y yo con su castidad; al paso que cesariamos de serlo el dia que yo tratase de poner á prueba su virtud, dando rienda suelta á sus inclinaciones.

Estas espresiones no eran infundadas; pues el Vizconde conocia mui bien que la muger generalmente es un ser semejante al caballo, que se precipitaria sin las bridas y el freno con que se le maneja á placer y sin tanto riesgo, haciéndole marchar al paso que se nos antoja. En verdad que así sucedió con su muger; pues habiendo fallecido á los seis años, dejando á su esposa traspasada de do-

lor por el amor verdadero que le profesaba, como al único hombre que hasta entonces habia tratado y querido, por no haber disfrutado aun de los perniciosos alicientes de la libertad, que siempre suele degenerar en libertinage, quedó ya libre enteramente en su estado de viudez, y no tardó en olvidar aquella virtud con que hasta entonces habia sido feliz: se retiró á Monserrat, y desde allí á Casal en casa de su padre, donde halló tambien mui acabada á su madre, permaneciendo allí sola por gozar mejor del fruto de sus deseos: todo su estudio y ocupacion fueron el adorno, la compostura y los afeites de su cuerpo, empleando casi toda la mañana en el tocador para

llenar sus mejillas del carmin, y adornarse como las mas livianas cortesanas de Roma; y el resto del dia en gestos y miradas provocadoras, riéndose con todo el mundo, y haciendo señas á cuantos pasaban por la calle. Este fue, pues, el camino que tomó para lograr el triunfo de su lubricidad, en términos de hacerse merecedora del premio sobre las mugeres mas mundanas que en su tiempo usáran de las armas con que Venus desarmó á Marte arrancándole la mas acerada flecha de su carcax.

No creais, jóvenes incautas, que las conversaciones y obsequios que recibís y escuchais, no merecen atencion; pues ya está medio tomado el castillo, cuando quiere

parlamentar la guarnicion. Así es, que cuando una muger presta sus oidos á los elogios del amor, aunque su castidad no sufra menoscabo, si da ocasion á la crítica del mundo, ya entonces padece su reputacion; y este es el motivo por que se debe evitar, no solo el efecto de una mala accion, sino las sospechas; pues tanto vale á una muger para el mundo el ser honrada, como la buena opinion aunque no lo sea.

El gran Julio César, el primero que dió la forma de monarquía á la república romana, siendo preguntado por qué habia repudiado á su muger, no teniendo una certeza de haber sido criminal de adulterio con Clodio la noche que se celebra-

ban los sacrificios de la buena Diosa, respondió con tanta verdad como sabiduría: *que la casa de César debia estar libre, no solo de adulterio, sino de sospecha.* Hé aqui por qué hemos dicho y repetimos, que las jóvenes deben ser mui comedidas en sus relaciones con los hombres, á imitacion de la serpiente, que cierra su oido con la cola para no oir las gracias y atractivos de un encantador.

Mientras Blanca-Maria estaba en Casal, estimada y adorada de muchos que ansiaban su mano, sucedió que se ofrecieron dos entre ellos de mucho poder, llamados el uno Gismundo Gonzaga, pariente del duque de Mántua; y el otro el conde de Celan, gran señor de Sabo-

ya. El pasatiempo de esta muger, tan fina como astuta, eran las arengas y zalamerías de estos dos cupidos, mezcladas de suspiros, sollozos y contorneos. La marquesa de Monserrat, queriendo premiar al señor de Mántua, su yerno, hacia cuanto podia para obligar á esta loca atolondrada á que se casase con Gismundo Gonzaga; y estaba ya tan adelantada la intriga, que se hubiera realizado este enlace, si el Conde saboyano no hubiese hecho conocer su destreza y talento en descubrir todo lo que pasaba, y que otro estaba para llevarse la dama. Con este motivo fue á verla, y le recibió con el mismo agrado que usaba con todos; pero el Conde, que no queria perder el

tiempo en vano, habiéndola hallado sola, empezó á hablarla con tal modestia y espresion, que la hizo creer que la amaba: esta arenga fue en los términos siguientes:

Arenga del Conde de Celan á su dama.

No sé, Señora, de quién debo quejarme mas, si de mí mismo, ó de vos, ó de la suerte que nos guia á entrambos. Sin duda es temeraria mi pasion, pues que no escuchais mis súplicas, para que atendais al honesto cariño que os profeso; pero no es perdonable mi abandono en haber permitido que otro haya aspirado á vuestra mano sin castigar la osadía de creerse mas digno que yo. ¿No os basta, Se-

ñora, que Hermes os haya tenido encerrada cinco años, para querer ir á pasar el resto de vuestra hermosa juventud entre mantuanos? Mas vale que nosotros, que tenemos tanta semejanza á los franceses en finura y gallardía, vivamos juntos y felices, en vez de ser esclavos de un italiano, que os tendrá con la misma sujecion que ya habeis esperimentado. Por lo demas, mirad la opinion que formarán de vos con tal enlace, pues cuando menos dirán le habeis hecho por temor á la Marquesa; y me parece que no os daria mucho placer se os considerase como á una pupila. De todos modos, yo no quiero perder el tiempo en arengas, y me limitaré á suplicaros refle-

xioneis sobre el cariño que os profeso, y que siendo rico no es de presumir me mueva el interes, sino la ciega pasion que tengo bien justificada; pues si no fuese tan vehemente, ó que fuese mas bien una ficcion, me alegraria se burlasen de mis fingidos suspiros, y que mis aparentes penas fuesen recompensadas solamente con la risa y el desprecio; pero siendo mi amor verdadero, y no pudiendo tener consuelo ni fin mi suspirar, si no teneis compasion de mí, os suplico os apiadeis dándome la preferencia sobre todos aquellos que bajo el velo del poder de otro quieren adquirir un derecho á mandaros, al paso que yo os doi mi palabra de amaros y serviros perpé-

tuamente, y de no apartarme en la vida un paso de cuanto fuere de vuestro agrado y voluntad. Considerad quién soi yo, la ternura con que os suplico, y que el mismo amor es mi embajador, teniéndome cautivo desde que vi vuestras gracias y beldades; de manera que si despreciais mi demanda, no solo sereis acusada de crueldad, sino que vereis morir al que os ama mas que al mismo amor. Tengo el consuelo de creer que el cielo os tiene convencida de la vehemencia de mi pasion, y de que yo debo ser el amigo y esposo de la hermosa Blanca-Maria, la única que puede ser dueño absoluto de mi rendido corazon.»

Blanca-Maria, que siempre se ha-

bia burlado de las súplicas y pretensiones del Conde, fue tan diferente en este momento al oir su espresiva arenga, que reflexionando sobre el caracter celoso de los italianos, respondió al Conde de este modo:

« Señor Conde, aunque yo tenga mi placer en agradar á la Marquesa y apreciar sus consejos, nunca será hasta el estremo de comprometer tanto mi libertad, que no me reserve la de pensar, hablar y obrar segun mi gusto y parecer; y de consiguiente, no es de creer me haya nunca desprendido de la facultad de elegir libremente al que deba ser mi dueño por toda la vida. Pero os juro con todas las veras de mi corazon, que

si no temiese á la murmuracion y á la malicia de las almas bajas y malignas, cuyas lenguas mordaces no respetan á la muger de mas reputacion, jamas volveria ningun hombre á cautivarme para ser su esclava en pago de haberle hecho dueño de mi corazon; y si supiera que el que pretendo elegir habia de ser tan tirano como otros que conozco, le aborreciera desde este momento, y renunciaria volverle á ver. Yo os agradezco mucho las reflexiones que me habeis hecho, y el favor que me dispensais en ofrecerme vuestra mano; y os prometo, en vista de vuestra sinceridad y franqueza, que en caso de volver á comprometer mi libertad, sereis preferido á todos

cuantos me soliciten; y podeis estar tan seguro de cumpliros esta palabra, como si se hubiese ya efectuado nuestro enlace.

El Conde, viéndola tan bien dispuesta, no quiso dejar correr el tiempo sin fruto, y la dijo: Pues que conoceis lo que es nocivo y provechoso, y que tanto apreciais la libertad, ¿por qué no acabais de realizar lo que tanto conviene á vuestro bien y á vuestro honor? Dadme una seguridad de vuestra palabra, y prometedme ser fiel en cumplirla, y despues dejad á mi cuidado lo demas; pues yo espero realizaremos nuestros designios sin ofender ni disgustar á nadie.... Viendo que se habia quedado pensativa y sin hablar una palabra, la

cogió las manos; y besándoselas cien veces, añadió: ¡Cómo! ¿tan continente y cobarde sois para un asalto tan agradable, cuando vuestro adversario se da por vencido? Animo, Blanca mia, valor: aquí teneis á vuestros pies al mas rendido de los hombres, que os suplica le admitais por vuestro leal esposo, bajo el juramento mas solemne de amaros eternamente. — ¡Ah, señor Conde! le responde; ¿y qué dirá la Marquesa, á quien he dicho disponga lo que guste en punto á mi enlace? ¿No tendrá motivo para incomodarse y causarme algun sentimiento, viendo el poco respeto que la tengo? Pongo á Dios por testigo de la pena que me aflige, y ojalá que nunca el tal Gonzaga hu-

biera venido aqui; pues sin amarle, he dado casi una palabra que no podré cumplir. —Pero, Señora, repone el Saboyano, si nada habeis tratado con él, ¿por qué os afligis? ¿Ha de querer la Marquesa tiranizar la voluntad de sus vasallos, y obligar á las señoras de sus estados á casarse por fuerza y á su gusto? Yo no puedo creer que una princesa tan amable y de tanto talento se olvide hasta ese punto de que Dios ha dado á todas las criaturas la libertad de disponer á su gusto y eleccion. Por lo demas, dejadme á mí obrar, y prometedme solamente vuestra mano, pues bien pronto hallaremos el remedio que nos saque del apuro. —Vencida Blanca-Maria por esta importunidad, y

temiendo volver á caer en la esclavitud, le juró su fe, confiada en que la dejaria toda su libertad, como se lo prometia, y se dieron palabra mútuamente de presente. El Conde, lleno de placer con tan feliz acogida, no podia disimular su satisfaccion, y unido esto á la familiaridad y frecuencia con que visitaba ya á Blanca-Maria, fue causa de hacerse pública esta union, hasta que por último llegó á oidos de la Marquesa, que la hija de Scapardon estaba ya casada con el conde de Celan. La buena señora, aunque pesarosa, se tragó esta píldora sin mascarla, por respeto al Conde que era un gran señor, y consoló al caballero Gonzaga, como pudo, del chasco. Este, viendo

la ligereza de Blanca-Maria, lo tomó á risa, dando gracias á Dios de que la cosa se hubiese descompuesto, porque ya preveia el resultado de esta comedia, pues habia fondeado algunos dias antes á su contratada esposa, y no dejó de presumir lo que despues vió. En fin, publicóse el matrimonio, y las nupcias fueron celebradas con la mayor magnificencia, segun correspondia á la grandeza del novio; pero el presagio fue triste, pues el tiempo presentó de repente su faz melancólica oscureciéndose el dia en el momento de ir á la Iglesia, no siendo mui duradera la alegria en casa del Conde. Este se retiró á sus tierras saboyanas, y luego empezó á conocer lo que tenia que hacer,

notando que esta muger aventajaba á todas en ligereza y deseos desenfrenados; por lo que se resolvió á poner órden y cerrarla el paso antes que se desmandase dejándola en plena libertad; pero la loca Condesa, viendo que su marido habia notado sus estravios, y que trataba sabiamente de remediarlos, empezó á darle quejas, echándole en cara sus caudales, y los que habia despreciado para ir á vivir como una bestia salvage en las montañas desiertas y áridas de la Saboya; y últimamente, que no pensaba dejarse avasallar de aquella suerte y estar encerrada como un animal.

El Conde, que era hombre de talento y que no queria romper el

lazo por el nudo, la hacia reflexiones prudentes, y la decia «qué se persuadiese del conato que una señora debia poner en conservar su reputacion, porque las faltas mas ligeras de las Grandes son pecados mortales para el pueblo; que no le basta á una señora de su clase ser casta si sus palabras no se conforman, y si el corazon no sigue sus honestos pensamientos en las acciones esteriores, significando en ellas las virtudes que adornan el alma; y yo, querida Blanca, sentiria, la decia, darte motivo el mas leve de disgusto; pues no estando tú contenta, será imposible tenga yo satisfaccion ni placer; y por lo tanto quiero cumplirte mi palabra y tratarte como es-

posa, siempre que en todo obres como es debido, pues tus placeres no pueden ser otros que los mios; y en esta atencion tengo una cosa de que acusarte, y es la de formar quejas por poca cosa; lo cual consiste en estar tu imaginacion ocupada de tonterías de ninguna importancia, dirigidas solo á los placeres del cuerpo; pero el entendimiento que sigue á la razon, disimula sus pasiones con palabras discretas que indiquen siempre haber vergüenza y pundonor. No estrañes te hable en estos términos, porque tus conversaciones indiscretas me hacen usar de este lenguage; mas tú me darás mucha satisfaccion y te harás á ti misma mucho honor en observar

lo que ahora te suplico, y seguir mi consejo.» La Condesa, que era tan fina y maliciosa, como el Conde bueno y prudente, disimulando su disgusto, y el veneno que encerraba en su corazon, empezó á fingirse hipócrita con su marido, y hacer la inocente; de manera que otro, aun mas astuto que su marido, hubiera caido en el lazo; y le engañó tan completamente, que logró tranquilizarle, inspirándole la mayor confianza, y haciéndole condescender á sus deseos de ir á Casal á visitar sus estados para distraerse de la confusion y placeres de la capital.

Veamos adonde se dirigia la intencion de esta falsa muger, y cuál era el golpe que queria dar á

su marido y á su honor, y nos convencerémos de que cuando una muger quiere entregarse á los vicios, no hai ardid ni sutileza que no emprenda por peligros y dificultades que se le presenten. Los hechos de una Medea, si hemos de creer á los poetas, y la locura de la amiga de Theseo demuestran la ceguedad y arrojo con que empiezan y acaban sus empresas; de manera, que el vuelo de la águila no se remonta tanto como el deseo y la imaginacion de una muger que se dirige por su opinion, cuando llega á separarse de la senda de su deber y de la prudencia. Perdonadme, lectoras mias, si tanto avanzo mi concepto contra vuestro sexo; mas no penseis que

trato de ofenderle, ni hablar sino de aquellas que olvidan su reputacion y el rango en que sus abuelos ó sus padres las colocaron, de cualquiera clase que fuesen, en vez de imitar á las que por su virtud han inmortalizado su memoria y las casas de donde descendieron. No es justo alabar á las que obran mal á vista de todo el mundo. ¿De qué me serviria disimular lo que vosotras mismas sabeis y conoceis en vuestra conciencia? Fuera un delito, una imprudencia enmascarar el vicio y vestirle el santo hábito de la virtud, llamando cortesía y civilizacion lo que no fuese mas que una pura falsedad y manifiesta desmoralizacion de costumbres. Llame-

mos, pues, á cada cosa por su nombre, y no denigremos nada de lo que en sí sea bueno y puro para no ofender á la reputacion de aquellas que por su propia virtud son tan recomendables, distinguiéndolas de las muchas que solo tienen un aparente honor.

Nuestra Condesa pues, estando en Casal prodigando sus caricias al marido con el beso de Judas, y recibiendo de él las mas sincéras demostraciones de su puro amor, no pudiendo olvidar sus reconvenciones amistosas y menos la lúbrica inclinacion que la devoraba, y viendo no poder darla las riendas que apetecia, determinó escaparse á la ventura; y para ejecutarlo habia ya puesto

grandes sumas á intereses en Milan á su favor, y despues habiéndose apoderado de otra cantidad considerable, se fugó una noche acompañada de algunos criados de toda su confianza, como secretarios de sus intrigas y desaciertos. Se fue á Pavía, del estado y ducado de Milan, donde hizo un palacio magnífico, adornándole con el mayor lujo.

El lector puede mui bien pensar el torbellino de ideas que atacarian la imaginacion del infeliz conde de Celan al ver la inesperada fuga de su muger: poco faltó para marchar él mismo por todas partes en su busca; pero habiendo reflexionado y conocido que esta ausencia le libraba de tener

un peso enorme sobre su cabeza, y un cuidado insoportable á su imaginacion, resolvió dejarla á toda su libertad donde quiera que se hallase, sin pensar jamas en llamarla ni volverla á tener en su compañía. «Bien tonto seria yo, decia, en tener á mi lado un enemigo tan pernicioso y temible como esta muger sin pudor ni temor, que podia un dia hacerme degollar por alguno de sus queridos, despues de haber manchado el santo lecho del matrimonio. No permita Dios que semejante prostituta profane ya mas con su presencia la casa ilustre del conde de Celan, bien cruelmente castigado por el amor escesivo que ha prodigado á esa desgraciada. Váyase

donde quiera, y viva á su placer: me contento con saber lo que son capaces de hacer las mugeres, sin tratar de probarlas hasta el último punto de su maldad.»

Es de suponer que el Conde estaba en este momento enagenado, y que no tenia el menor influjo en estas palabras la razon; pues de lo contrario no hubiera generalizado la espresion para todo el sexo, olvidándose de que hai un considerable número de mugeres de bien que borran con sus virtudes la conducta indecente y liviana de las muchas que se abandonan de esta suerte sin el pudor y la modestia que parece debiera ser familiar, y como una inclinacion natural de todas las mugeres.

Mas volvamos á Blanca-Maria, que con su casa abierta en Pavía adquirió tal renombre, que Lais Corintia no tuvo tanto en la Grecia como esta en toda la Italia con su vida licenciosa: aquella, es cierto, tenia alguna reputacion, pues solo recibia los inciensos de cierta clase de personages, al paso que Blanca-Maria, sin hacer distincion alguna, usaba de los ardides mas vergonzosos para contar en el número de sus adoradores á cualquier hombre de gallarda presencia y hermosura: semejante á Mesalina, princesa romana, solo se diferenciaba de ella en que visitaba las casas mas señaladas, y recibia en la suya indiferentemente á las personas de educacion me-

nos fina, cuando esta medio griega solo se dejaba obsequiar por la nobleza; pero ambas se parecian en que jamas su razon puso el mas débil dique al desenfreno de sus pasiones vergonzosas.

Esta era la conducta que Blanca-Maria tenia desde que se fugó de la compañía de su esposo. Veamos ahora si el Milanés con quien estuvo casada de primeras nupcias, tuvo razon para sujetarla, y si tenia el talento de un buen fisonomista. Sucedió, pues, que mientras Blanca-Maria tenia esta conducta en Pavía, fue á esta ciudad con un hermano suyo el conde de Masina, llamado Ardizzin Valperga, que habia entrado al servicio del Emperador. El Conde era mui

buen mozo y diestro para todo, sin otro defecto que ser cojo por una casualidad desgraciada de la guerra; pero este accidente no le quitaba el mérito que tenia; y habiéndose detenido algunos dias en Pavía, tuvo ocasion de conocer la hermosura de la condesa de Celan, interesándole tanto, que llegó á rondar su calle hasta que halló un medio de hablarla. Las primeras palabras no fueron mas que generales y de toda ceremonia, de manera que no pudo el tal Valperga formar un juicio de su diosa, figurándose ser una muger fina y honrada; pero suponiendo desde luego que no seria necesario el ejército del Emperador para tomar esta plaza. En fin, llegó á

familiarizarse tanto con madama, que un dia hallándose solo con ella, la habló de esta manera: «¿No seria, Señora, el mas indiscreto y reprensible de todos los hombres, si estuviese mas tiempo con una deidad como vos sin presentaros mis homenages? Advertid que lo que digo no es por mal juicio que haga de vos, pues os alabo y aprecio mas que á muger ninguna de cuantas he conocido hasta aqui; y sintiéndome tan apasionado, no he podido ya menos de manifestaros mi inclinacion. No me creais si no ejecutase cuanto quisieseis ordenarme, y os suplico, hermosa Blanca-Maria, que acepteis mi cariño con la misma sinceridad que os le ofrece el que desea pa-

sar toda su vida en vuestra compañía. La Condesa, aunque conoció que no ardia su corazon tanto como él decia, y que sus palabras envolvian mucha afectacion, en vista de la alegría que demostraba, y prendada de su mérito, su talento y atractivos, deliberó aceptar el partido que la hacia y entretenerse un poco de tiempo con él, dando lugar á que se resfriase su amor, mientras se presentaba otro á la lid.

«Sabiendo, Caballero, le dice ella, los medios de que se valen los hombres, y con qué rendimientos engañan frecuentemente á las mugeres que se dejan seducir por sus palabras, y habiendo esperimentado su malicia y falsedad,

habia resuelto no escuchar jamas á ninguno, y solo pasar el tiempo en oir sus falsos suspiros para divertirme á sus espensas; mas sin embargo de no creeros mejor que los otros, ni mas leal, me inclinaré á daros algun asenso por el justo aprecio y respeto que merece vuestro rango; aceptaré vuestro cariño, siempre que vuestra discrecion sea tal, que pueda fiarme de un caballero como vos; y cuando vea los efectos de vuestra pasion, no seré tan ingrata que deje de corresponderla con el aprecio de que os hagan digno vuestra amistad y delicadeza.»

El Conde, viéndose solo, y siguiendo el mismo lenguage de Blanca, selló con sus labios su blanca

mano lleno de júbilo, y la juró ser fiel y constante al favor que le acababa de dispensar. Visitábala ya despues á todas horas, y la confianza llegó al estremo de conocerse y vituperarse una conducta tán singular. Ardizzin, en fin, se entregó ciegamente á su pasion; no hablaba ya sino por la boca de Blanca-Maria, y no hacia mas que lo que ella le mandaba; estando tan dominado de esta bestialidad amorosa, que no se movia ni de dia ni de noche de la casa de su favorita, de manera que corria ya la voz por toda la ciudad de este amor, publicándose por el populacho en canciones. Hé aquí un Conde bien mal entretenido, que cree haber logrado una mu-

ger dificil, cuando ya habia sido infiel á un marido honrado, amable y virtuoso que no merecia. Nuestra heroina, pues, viendo á su amante tan ciego, se divertia con él, mientras en secreto entretenia á otros tontos que eran de la misma partida. Este trato fue tan peligroso para el Conde, como vergonzoso lo habia sido para el señor Celan; porque el uno fue un segundo Acteon, y el otro perdió la vida desgraciadamente. Mientras duraban estos amores con tanto placer y recíproco contento, la fortuna, que queria representar su papel en la escena, y hacer ver que sus caprichos no tienen mas estabilidad que la voluntad de la muger (pues asi la peinan y la re-

tratan los pintores y poetas con tal trage y sexo), hizo tanto, que Ardizzin se resintió de esta conducta, y poco tiempo despues se estrañó tanto como antes se habia mostrado fino en pacífica posesion, siendo la causa, cual se deja conocer, la inconsecuencia de la Condesa, cuya sensibilidad era tal que no se contentaba con un amor solo. Algun tiempo despues que Ardizzin habia ya dedicado su cariño á esta muger, que miraba como inflexible para otros amantes, llegó á Pavía Roberto de Sanseverin, conde de Gayaz, jóven gallardo sin igual, que era mui amigo del conde de Masina, y ni la infiel Alana, ni la cruel Medea hubieran inclinado su corazon en

favor de Gayaz como Blanca-María, pues al momento se enamoró, ó mas bien se le antojó ser amada, logrando bien pronto el ver realizados sus deseos, valiéndose del atractivo de sus ojos que sabia manejar con mucha maestría, como de unas redes para atraerse adoradores. No tardó en deshacerse de su Ardizzin, con quien no queria ya tratar mas; y huyéndole donde quiera que le veia, cerrándole la puerta, negándose unas veces, y otras privándole la entrada, hizo tanto que el buen señor no pudo reprimirse; y sorprendiéndola un dia que logró le abriese un criado la puerta, la reconvino agriamente diciéndola palabras tan injuriosas, que ya irri-

tada de oirlas, la sirvieron de pretesto para reñir y negarle mas la entrada en su casa, tomándole despues tal odio, que se propuso darle la muerte para satisfacer su venganza; como veremos mas adelante. Este odio fue causa de apasionarse mas del conde de Gayaz, á quien, por notar en él demasiada indiferencia, escribió una carta concebida en estos términos:

Carta de Blanca-Maria al conde de Gayaz.

Señor Conde, no os admireis de ver á una muger de mi clase conducirse como la mas humilde; pues las pasiones humanas no respetan condiciones ni gerarquías:

dominado mi espiritu de la mas violenta ilusion, no da lugar á la razon para guardar los límites de la modestia que prescribe á nuestro sexo; y procediendo sin estos miramientos, me veo obligada, no sé cómo, á descubriros la pasion que me atormenta, la cual es tan fuerte y tan violenta, que si no usais la condescendencia de venir á visitarme, cometereis dos faltas, la una despreciar á una muger de alta clase que os estima, y la otra causar la muerte de la que por amaros ha perdido su reposo; y pues que sois dueño de mi corazon y de mi libertad, justo será alivieis mi martirio: precipitad vuestra resolucion de venir á visitarme, y creed que solo me con-

suela la esperanza; pues si esta me faltase, veriais morir de dolor á la que es enteramente vuestra:

Blanca-Maria, condesa de Celan.

Admirado nuestro jóven Conde de este lenguage, y celebrando al mismo tiempo la inclinacion que le confesaba Blanca, se quedó unos momentos pensativo; pero fuese por estar apasionado de ella y que no hiciese caso del amor de Ardizzin, ó que temiese que viéndose despreciada, pudiera hacer algun disparate, resolvió ir á verla; mas sin embargo, volviendo á reflexionar, conoció que no era mui buena accion la de robar este cariño á un amigo, hasta que al fin fluctuando entre dudas, vino

á ser mayor el poder de la pasion que el de la razon, estando ya tan prendado como Ardizzin de las gracias de aquella seductora, y tomó el camino de su casa, sabiendo que le esperaba con tanta ansiedad: no fue necesario hablar ni suspirar tanto como Valperga, pues apenas se saludaron empezaron á tratar del nuevo plan de amor. Este trato duró asi algunos meses; pues la Condesa estaba tan apasionada de su nuevo amante, que no deseaba mas que agradarle; pero era tal el cariño del Conde, que Blanca trató de reprimirle, y se halló despues burlada de la manera que esplicaremos mas adelante.

Ardizzin, viéndose privado de

la predileccion de esta muger que debia aborrecer, y sabiendo que le maldecia donde quiera que la hallaba, se ausentó de Pavía, movido de su desesperacion, hablando por todas partes de Blanca con tal desenfreno, que no pudiera decirse mas de una muger enteramente perdida. Blanca-Maria és noticiosa de las ausencias que le debia por toda la Lombardía, y la hizo tal sensacion, que creyó perder el sentido, pues no cesaba de correr las calles dia y noche quejándose de la ingratitud y poca delicadeza de Ardizzin, lisonjeándose de que los hombres habian nacido para sufrir cuanto quisiesen las mugeres tan locas como ella. En fin, no pudiendo refrenar su có-

lera, ni vencer el vehemente deseo de vengarse, resolvió quitarle la vida, poniéndose á todo riesgo, y determinada á obligar á cometer este horrendo homicidio á su nuevo amante. Ved aqui que llegó la rabia de este tigre hasta querer armar á un amigo contra el otro; y no contenta con haber hecho adúltero al conde de Gayaz, pretender hacerle aun asesino. Estando, pues, una noche embelesados en sus amores, se puso á llorar Blanca-Maria y á suspirar de tal suerte, que cualquiera hubiera dicho, al ver la palpitacion de su corazon, que su alma iba á separarse del cuerpo: el jóven Conde la preguntó cariñosamente la causa de su pena, y la dijo: que si

estaba en su poder, y consistia en que algun hombre la hubiese ofendido en algo, que tomaria á su cargo el desagravio en términos de dejarla vengada. Mui contenta ya de oirle hablar de este modo, y consintiendo en que habia llegado el fin de su enemigo, habló al Conde de esta suerte: «No ignorais que lo que mas atormenta á un corazon bien nacido y al espíritu, que no puede sufrir injurias, es el honor, cuando se ve particularmente vulnerado por la infamia pública; y de consiguiente no estrañareis mi dolor, pues el caballero Masina (quien os confesaré ha sido como vos mi favorito) ha tenido la vileza de publicarlo, difamándome por todas par-

tes, como si yo fuese la muger mas libertina de aquellas que se abandonan á los marineros: si no hubiese mas que alabarse de los favores que le he dispensado confiándoselos á un amigo, no me escandalizaria ni agraviaria; pero sabiendo que va por todas partes pregonando mil injurias contra mi reputacion, quisiera tomaseis á vuestro cargo mi honor ofendido para castigar este delito, y vengar el agravio de la que es enteramente vuestra.»

El señor Sanseverin, apenas concluyó Blanca-Maria su relacion, la prometió hacer su deber, enseñando á Valperga á hablar con el decoro debido de la que él no merecia tomar en boca: sin em-

bargo, prometia mas de lo que pensaba ejecutar, porque sabia que Ardizzin era un hombre tan honrado y cortés que no podia esplicarse de tal manera no teniendo grandes motivos para ello; por lo demas conocia que podia quejarse de haberle robado á la que amaba, aunque sin razon, porque habia empezado su intimidad cuando ya él habia dejado de frecuentarla, y despedido abiertamente por ella; por lo cual se propuso interiormente ser siempre amigo de Ardizzin, sin perjuicio de hacerse buen lugar con Blanca. De esta manera entretuvo algunos meses sin insinuarse con Valperga, que habia ya regresado de Pavía, y vivia familiarmente con él, pues

no tenian muchas veces mas que una mesa y una cama. Blanca-Maria, viendo que el señor de Gayaz no la visitaba sino para sus diversiones, concluyó por darle tambien pasaporte como al otro amante, alejándole de su compañía; y al intento, cuando iba á verla, fingia que estaba enferma, ó que sus asuntos no la permitian recibir sus visitas, y mandaba cerrar la puerta de su aposento, figurando estar fuera, hasta que no pudiéndose librar de sus multiplicadas visitas, le recibió un dia decidida á hablarle con claridad y resolucion: le suplicó no volviese á su casa en atencion á estar resuelta á retirarse con su esposo el conde de Celan que la habia ya llamado á su

compañía; y que en su consecuencia era preciso que la familia de dicho Conde la viese con una conducta mas regular que la de una muger que de cualquiera se deja hacer el amor: que habia vivido bastante tiempo sin reconocer sus faltas; y por último, concluyó diciéndole enternecida, que le conservaria su cariño toda la vida por la buena compañía y obsequios que la habia dispensado.» El sencillo y jóven Conde, sea por haber creido esta fábula, ó porque entrase en sospecha, obró como si las reflexiones de Blanca le hiciesen fuerza; y sin tener largas contestaciones, se retiró de la empresa, procurando separar de su imaginacion la pasion que le habia

tenido esclavizado de aquella Circe piamontesa; y para no ser otra vez sorprendido ni perseguido por sus solicitudes, se retiró á Milan inmediatamente para no caer en algun lazo, persuadido de que aquella desgraciada, á la corta ó á la larga, le hubiera hecho dar un golpe cuando menos pensase, en vista del mal corazon que tenia. Luego que Gayaz estuvo distante de Pavía, se le antojó á esta Venus volver á disfrutar de los amores que la habia prodigado su anterior amante Ardizzin; pero no sabia por qué medio lograrlo, pues temia con fundamento que el otro le hubiese descubierto el proyecto atroz de sacrificarle. ¿Pero qué no emprende el que es esclavo del

pecado? En las primeras tentativas halla alguna repugnancia, porque su alma tiene aun alguna continencia y temor; mas luego que el pecador llega á sumergirse en el vicio, y que este echa raices en el corazon, le es mas fácil cometerle al malo que ejercitarse en la virtud aquellos que le siguen. Alejándose de este modo la vergüenza de los ojos de la juventud, no ve cosa que la cause despues miedo ni rubor llegando á la edad madura, habituada ya á los vicios y al libertinage; lo cual fue causa de que esta Condesa, continuando en su desenfrenada liviandad, practicase sus diligencias con tal finura y perspicacia con los amigos del que habia querido asesi-

nar, y disculpándose tan diestramente por medio de sus emisarios, que se prestó á verla y oirla sus descargos, los que no la fueron dificiles de tramar. En fin, Blanca-Maria promete y jura que no siendo por él, jamas quebrará su cariño; que ningun hombre será dueño de su albedrio mientras viva, sino Ardizzin, de quien seria eternamente una buena amiga y humilde esclava, sometiéndose en todo á su voluntad, y obligándose á obedecerle ciegamente. Hé aquí como se capituló la paz entre los dos amantes reconciliados, y cuáles fueron los artículos en que se convinieron, ratificados y sellados en aquella misma entrevista.

Continuando pues sus visitas amorosas, y no pensando Ardizzin en otra cosa que en su querida, ni ella mas que en desagraviar con caricias á su amigo, hé aquí que la vuelve la sed de sangre, y que despertándose la rabia que la devoraba, concibe el deseo de quitar la vida al que se habia resistido á matar al mismo que al presente ama. Blanca-Maria, pues, viéndose en plena posesion de su Ardizzin, determinó hacerle el ejecutor de la proyectada muerte de Gayaz, y para lograrlo, una noche que le vió propenso á todo, trazando su traicion con mucha cautela, le dijo: amado Ardizzin mio, hace tiempo que tengo en mi imaginacion el deseo de pedir-

te un favor; pero temiendo enojarte, he diferido el importunarte; y aunque el asunto te interesa, he preferido callarme y sufrir el sentimiento de verme contrariada en una cosa que tú mismo me ofrecieras solo con proponértela.

¡Cómo, querida Blanca! la contesta su rendido amante: ¿no sabes que te adoro? pues no necesitas mas para saber que deseo agradarte: era preciso que fuese una cosa de la mayor importancia para negártela: ¡cómo! un imposible; pues de lo contrario todo lo emprenderia por servirte y asegurarte de mi amor; á mas de que me dices que yo tambien soi interesado en ello, y de consiguiente no te detengas, dime qué quie-

res, pues no perdonaré medio para complacerte. Pues bien, decidme: ¿es mui amigo vuestro el conde de Gayaz? — Yo le tengo, responde Valperga, por uno de los mas íntimos, y estoi tan seguro de su cariño, que me emplearia tan gustoso en su obsequio como si fuese un hermano; lo mismo que estoi persuadido que él haria por mí. ¿Pero por qué me haceis esa pregunta? — Yo os lo declararé (le responde aquella traidora, haciéndole mil caricias), por lo mismo que os veo tan pagado de vuestra opinion y tan engañado por ese falso amigo, que está disimulando la perversidad que encierra su corazon; y para que no esteis mas tiempo en la duda, sabed que te-

neis en él el mas capital enemigo que podeis imaginaros; y para que no creais que esto es solo una mera presuncion, ó que lo he oido á alguno que no merezca ser creido, no os diré mas sino que él mismo me lo ha dicho, cuando me visitaba durante vuestra ausencia; y me juró, sin quererme nunca declarar la ocasion, que jamas su corazon tendria alegria ni contento ínterin no lograse haceros mil pedazos, y que no se tardaria mucho tiempo en quitaros la gana de hacer la corte á otra dama; de manera, que á pesar de estar yo entonces airada contra vos, y de que me hubieseis dado motivo para ello, y aun para aborreceros, si nuestra amistad primera no hu-

biese dejado tan fuertes raices en mi corazon, le supliqué desistiese de semejante resolucion, ó al menos que no la ejecutase mientras yo estuviese en la misma poblacion que vos; porque no podria yo sufrir, sin morir, el veros maltratar, y aun menos que se os quitase la vida: á lo que se hizo el sordo, jurando siempre y protestando que habia de desterrar de este mundo al conde de Ardizzin. Yo no me atreví, ni podia entonces avisaros, por el dificil acceso que mis criados tenian en vuestra casa; pero ahora os suplico vivais con cuidado para no ser víctima de tan horrorosa determinacion; y en todo caso valiera mas que vos le quitaseis la vida si habeis de sal-

var la vuestra, pues de otro modo la teneis vendida, y todas vuestras precauciones serán inútiles para evitar tarde ó temprano los efectos de su furor. Haced lo que os aconsejo, y antes que ponga en ejecucion tal intento, matadle vos para no tener quien espie vuestra vida; obrando como caballero y tranquilizando el corazon de la que os ama mas que á todos los hombres de este mundo: ejecutadlo si me amais; pues mientras ese mónstruo viva, ni vos ni yo tendremos tranquilidad. Concededme este favor, y no permitais que ese traidor amigo viva para privarme del objeto que mas amo en la tierra, y reirse despues de mí. — Si Blanca-Maria no hubiese añadido estas úl-

timas palabras á su necia y temeraria arenga, acaso le hubiera inducido á seguir su consejo; pero viéndola tan ostinada y concluir de este modo, se puso á pensar en su conciencia, graduando la refinada malicia y astucia de esta muger, y la honradez del que le pintaba tan criminal y desalmado; á mas de que él conocia á su amigo á fondo, y le tenia por un hombre de bien, y no podia ni remotamente creerle capaz de tan vil traicion, y de dejarse dominar tan cruelmente de sus pasiones. Bajo este principio se convenció de ser todo esto una maligna conspiracion de Blanca con el depravado fin de sembrar la discordia entre dos tan finos amigos como los con-

des de Gayaz y Masina. Pero sin embargo, para tenerla siempre confiada y tranquila, la prometió ejecutar lo que le pedia, tributándola gracias por el aviso que su cariño le habia dado, asegurándola que en adelante viviria con precaucion; y para hacerla creer que iba á cumplir su palabra, se despidió de ella para marchar á Milan; lo que hizo, no para seguir la voluntad de aquella fiera, sino para avistarse con su compañero y acordar lo conveniente, como lo hizo; pues luego que llegó á la ciudad, capital de la Lombardía, buscó á Gayaz, y le refirió todo cuanto le habia sucedido y la palabra que le habia exigido la tal Condesa. . . . .

¡Oh mi Dios! dijo entonces Sanseverin: ¿quién pudiera librarse de semejantes fieras si vos por vuestra infinita bondad no detuvieseis su brazo y gobernaseis los corazones y los pensamientos? ¿Es posible que la tierra alimente un mónstruo mas pernicioso que esta desgraciada? Esta es verdaderamente la hez de las usuras de su padre, y el insecto mas horrible que ha abortado la naturaleza. Desvarío fuera por cierto querer hacer de un milano un halcon: esta desgraciada es hija de un villano de la zupia del pueblo, de una madre mas liviana que casta, y mas libertina que modesta, que nos ha dejado en el mundo esta hidra para levantar los patíbu-

los de tan sangrienta carnicería entre los nobles de la Italia; y si no me deshonrase manchando mis manos en la sangre vil corrompida de una villana, la dividiera en mil pedazos, haciéndola confesar antes cuántas veces y en qué ocasiones me ha suplicado con las manos elevadas en cruz que quitase la vida á Ardizzin. ¡Ah compañero y amado amigo mio! ¿podrias creerme tan débil y traidor, que fuese capaz de ocultar los sentimientos de mi corazon, ni aun á mis enemigos? Soi noble, y cara á cara es como yo pidiera una satisfaccion. — A fe de hombre de bien, dice Ardizzin, mi querido amigo, os confieso que me tuviera por criminal si fuese capaz de pensar se-

mejante locura. Yo solo he venido en busca vuestra para librarme de Blanca, y haceros noticioso de este secreto. Ahora lo que interesa, pues que Dios nos ha guardado hasta aquí, es alejarnos de esta fiera, para que nunca tenga ocasion de trastornar nuestras cabezas, y librarnos de ser víctimas de ese enjambre de sanguijuelas discípulas de Venus, ya que tenemos la fortuna de vernos libres de un abismo, y de conocer ambos por esperiencia el provecho y honor que gana la juventud en dejarse arrastrar de las pasiones. En verdad que hubiera sido una hazaña digna de elogio el que uno de los dos hubiera matado á su compañero, solo por el antojo de esa ramera. He

sentido mil veces no haberla cosido á puñaladas cuando me solicitó para ser vuestro asesino; pues hubiera servido de escarmiento á las demas que pudiesen intentar recrearse con semejante carnicería, en venganza de no haber satisfecho, cual pretendia, sus criminales deseos, que es de lo que nace su odio contra vos, y de lo que os doi las debidas gracias, ofreciéndome á hacer por vos otro tanto, si me hallase en iguales circunstancias. — Vamos, dejemos esa conversacion, pues yo no he hecho mas que mi deber, y lo que todo corazon noble debe á cada uno de sus semejantes, procurando no hacer daño á nadie, y tratando de ayudar y hacer bien á todos,

porque esta es la verdadera señal y obligacion de la nobleza. En cuanto á esa desgraciada, su misma vida nos vengará de los estragos que ha intentado cometer con nuestras mismas manos; por lo demas no puede quejarse de nosotros, pues á mas de nuestras riquezas ha sido bien obsequiada por los dos.

De esta suerte pasaban sus ratos estos dos señores, y nunca se hallaban juntos, que no hablasen sobre la vida singular de la Condesa; de manera que no se trataba en Milan, en las reuniones, mas que de sus intrigas y astucias, de los medios de que se valia para atraerse la nobleza, y deshacerse despues de los que ya la incomoda-

ban. Lo que mas la alteró, habiendo ya llegado á su noticia la reputacion que tenia por toda la ciudad, fue un epígrama dedicado á su liviandad, que se decia haber sido compuesto por Ardizzin; pues fue tal su furor, que creyó perder el juicio de cólera y de impaciencia; y si hubiese tenido á los dos amantes á su disposicion, sin duda hubiera hecho de ellos unas buenas disecciones, segun la cólera que la poseia, y mas con Ardizzin, contra quien tenia mayor encono por haber sido el primero que disfrutó sus favores. No se oia por todo Pavía sino la relacion de las lúbricas escenas de esta Condesa, de manera que no se atrevia á salir á la calle. Por último, tuvo que resol-

verse á mudar de conducta y de residencia, con la esperanza de poder gozar de otro concepto y mas tranquilidad; y con estas miras se marchó á Milan, donde al principio habia tenido mas honor y la reputacion de muger recatada viviendo Hermes; pues despues se abandonó hasta el estremo de consagrarse á los sedientos, que concurrian á su casa á matar la sed.

Al mismo tiempo que dejó á Pavía, llegó á Milan con una compañía de caballería don Pedro de Cardona, siciliano, hermano bastardo del conde de Colisan, cuyo padre habia muerto en la batalla de Bicoca. Este Siciliano tenia veinte y uno ó veinte y dos años; era bastante moreno, pero bien for-

mado y de semblante algo melancólico. Luego que la Condesa llegó á Milan, se enamoró de ella, y empezó á buscar todos los medios que pudo para lograr su amistad y cariño. Blanca-Maria que le vió jóven y demasiado tierno para la esgrima, como un pichon de primera pluma, determinó embaucarle y servirse de él para realizar el designio que tenia formado contra aquellos de quienes se consideraba tan ofendida: para ganar mejor la voluntad y albedrío de este jóben caballero, sorprender su corazon enteramente y lograr que la hablase y suspirase cuando pasara por la calle, á imitacion de los antiguos españoles que rondaban al rededor de las calles donde vivian

sus damas, le ponia un semblante risueño al mirarle, volviendo despues al natural para darle mas ilusion con la indicacion de un deseo sin saber como ponerle en ejecucion; y siendo tanto menos atrevido cuanto que nunca habia hecho el amor ni obsequiado á ninguna dama de alta condicion, lo cual era causa de que pensando fuese Blanca de las principales señoras de Milan, se afligiera mas nuestro don Pedro con tan vehemente pasion, sin cesar de pensar y soñar con esta sirena toda la noche, y no haciendo de dia otra cosa que dar vueltas á su casa como si fuera un necio. Una noche pues, que estuvo mas alegre que de ordinario, se fue á rondarla llevan-

do en su compañía un criado que tocaba mui bien la guitarra, y le mandó tañer una serenada para recordar sus desvelos amorosos á su dama, la que al momento salió á escuchar desde la celosía de su ventana los versos de su rendido amante, quien despues de concluirlos se puso á suspirar con tal espresion, como si ella hubiese dado el decreto definitivo de su muerte; y disputando con el criado de tal manera y con tal seguridad del desprecio que advertia en su dama, como si hubiese intentado enamorar á una Infanta de España; con cuyo motivo volvió á cantar otros versos mas tiernos y tristes que los anteriores, pintando su amargura y desesperacion. Es-

te modo de enamorar tan interesante agradó tanto á Blanca, que mandó abrir su puerta y hacer entrase el señor Siciliano, quien viéndose ya favorecido de su dama contra toda esperanza, y cariñosamente recibido, se quedó tan absorto como si hubiese caido de las nubes; mas ella que queria prepararle para hacerle autor de sus venganzas, le tomó la mano, le hizo sentar á su lado, y viendo que estaba cortado, fue mas atrevida que él, y la primera que tomó la palabra diciéndole: «Caballero, no estrañeis que á estas horas haya tenido el arrojo de permitiros entrar en mi casa, aunque no os conozca mas que de oidas; pues siendo un poco mas libres en este pais que en

el vuestro, no quiero nunca perder la dulce satisfaccion de obsequiar á los caballeros estrangeros que quieren honrarme con sus visitas ; por lo cual podeis frecuentar mi casa cuando gusteis , pues que vos siempre hallareis la puerta abierta , como si fueseis mi hermano; y podeis disponer á vuestro placer de cuanto en ella se encierra, como si fuese de vuestra propiedad. — Don Pedro de Cardona , mui gozoso de tan finos ofrecimientos , sin esperarlos , la dió las gracias mui cortesmente , suplicándola al mismo tiempo le disimulase el atrevimiento de confesarla su amor y el deseo de ser correspondido , que era la mayor dicha á que su rendido cora-

zon aspiraba en este mundo: que si le admitia por esclavo, hallaria en él un caballero que nada prometia al aire, pues que cuando daba su palabra en cualquier caso, nunca dejaba de cumplirla. — Blanca, viendo que la contestaba segun sus deseos, le respondió con una graciosa y seductora sonrisa: « He visto tantos que hacen promesas tales, juradas por su honor de caballeros, que aun viendo los efectos, no me atreveria á creerlos; pues las tales palabras suelen olvidarse, y desvanecerse los juramentos como el humo. » — Señora, dice el Siciliano, si yo faltase á lo que me ordenareis, no me trateis como caballero ni me acordeis favor alguno. — Pues si que-

reis, le dice, prometerme un favor para cuando necesite de vos, os prometo tambien prestaros todos mis obsequios con todo el poder que tiene una dama de mi rango. — Don Pedro, que se hubiera sacrificado en aquel momento por ella, no sabiendo lo que le pedia, la juró su obediencia en lo que quisiese ordenarle, y con la misma ligereza que la dió esta palabra, la puso en ejecucion. Estos fueron los preparativos de los obsequios á sus primeros amores, y la señal de un fin sangriento. Ella prodiga liberalmente su honor, y el otro se constituye el verdugo de su reputacion, despreciando el deber y rango que tenia, y que el honor de su ascendencia

le mandaba conservar. Aquella misma noche hizo ya la tertulia á Blanca-Maria, prodigándole esta tales caricias, que el inocente jóven la juró su eterno amor, confesándola que nunca podria ya dejar su compañía; y la cautelosa Circe se fingió tan poseida por su pasion, que le hizo creer era el mas feliz de los hombres, no solo de la Sicilia, sino de todo el mundo; embriagándole en fin de tal manera, que por agradarla y obedecerla hubiera incendiado toda la ciudad de Milan, como Cumes á Ròma de órden de Tiberio.

Esto es lo que sucede á la loca é incauta juventud, cuando sus pasiones se desenfrenan: esto es lo que ha arruinado tantos reinos

y trastornado las monarquías: en verdad que es bien estraño ver como un hombre se envilece por una muger pública, sujetándose á sus caprichos con una obediencia ciega: hé aquí lo que generalmente pasa en el mundo: mugeres infieles y sin pudor, casadas con hombres honrados que no merecen, y hombres locos é inhumanos, á quienes es indiferente la muger virtuosa: aquellas y estos, aquellos y estas, fueran enlaces mas acertados; la virtud seria recompensada, y el yugo del matrimonio reprimiria con mano fuerte el vicio y la disolucion. La locura del bastardo Cardona y la maldad de esta infernal Condesa, son un estraordinario ejemplo de la mas

atroz crueldad. Esta, despues de haber hechizado á su querido con las mas tiernas caricias, y aun trastornádole el sentido con alguna bebida, viendo que ya era tiempo de hacerle cumplir su promesa, y de vengarse de aquellos que ya no pensaban en sus conspiraciones y alevosas tramas; y últimamente, habiendo llegado la hora de sér castigada esta mala muger de su depravada conducta, y de la violacion de su fe y de sus deberes con respecto á su esposo; deseosa, digo, de ver el fin de sus infernales proyectos, habló un dia en secreto á don Pedro, y empezó así su arenga:

«Pongo á Dios por testigo, señor Cardona, de mis intenciones;

pues lo que deseo ejecutar no procede de odio ni de venganza, sino del deber que tengo de defender y conservar mi honor, sabiendo que no hai cosa, por mas preciosa y rica que sea, que pueda repararle en una señora de mi alto rango; y para no causaros disgusto alguno con los mios por cumplirme la palabra que por vuestro honor me disteis de ser el justo vengador de mis agravios, es preciso sepais que hace algun tiempo me hallaba en Pavía con tal brillo y ostentacion, que los mayores personages tenian una satisfaccion en ser admitidos en mi casa. Entre estos hubo dos de la mas alta distincion y gran nombre, que empezaron á frecuentarla, y fueron recibidos con la

distincion que veis recibo á todo el mundo: fueron estos dos caballeros muy honrados por mí con tan singular predileccion, que no me quedó distincion alguna que hacer con ellos; y en recompensa, olvidándose de su rango, del mio y de las consideraciones que son debidas á mi sexo, han tratado de denigrarme hiriendo mi delicadeza y reputacion, hasta el estremo de hacerme ser considerada por una muger la mas relajada y libre; y sin embargo de que los que me conocen han visto que estas ausencias no tienen otro fundamento que la calumnia mas grosera é indecente, ha cundido de tal manera esta mala opinion en el vulgo, que muchos me tienen por una mu-

ger pública, sobre lo cual os pongo á vos por testigo y á mi conciencia, atreviéndome á jurar que desde que estoi en Milan, vos solo sois el que ha entrado con franqueza en mi casa; y si estuvieseis ausente, os juro por mi honor y por lo mucho que os amo, que no permaneceria aquí veinte y cuatro horas por lo estraordinariamente que me han ofendido estas gentes murmuradoras é infames; en términos de no atreverme á recibir en mi casa á ningun caballero por el temor de ver al momento comprometida mi reputacion; pero antes de ausentarme habia de quedar vengada del ultrage que me han hecho, y no teniendo quien tome la satisfaccion que reclama mi ho-

nor ofendido, perderé gustosa mi vida por ver el fin de los que son causa de mi deshonra y de mi pena....» Y diciendo estas palabras, se puso á llorar con tal dolor, que se inundaba su seno de lágrimas, cuya hipocresía á un mármol frio hubiera movido á compasion; de manera, que el caballero siciliano, que tanto adoraba á su Condesa, la dijo furioso: ¿Y quién es el grosero imprudente que ha mancillado vuestro honor? No os aflijais, Blanca mia, pues teneis bayonetas que os vengarán pronto de ese ultrage. Hago voto á Dios de que sabiendo sus nombres, los he de dividir en mil pedazos. Así, pues, Señora, (continuó) tranquilizad vuestro espíritu; descansad y confiad en mí

sobre ese asunto: decidme solamente el nombre de esos temerarios, y despues vereis si yo cumplo vuestros deseos.—Blanca-Maria, llena de contento y de gratitud, le dió las gracias por su buena voluntad, ofreciéndole todo cuanto dependiese de ella por servirle y corresponderle. Por último le dice que sus enemigos eran los condes de Masina y de Gayaz, quienes solo con la muerte podian reparar el daño que habian hecho á su honor.—Basta, la dice, no tardareis en tener noticia de mis operaciones, y de cómo yo castigo á esos perversos que os han causado tan graves penas y perjuicios.—No faltó en la ejecucion de su palabra; pues habiendo salido Ardizzin po-

có tiempo despues á comer fuera de su casa, fue espiado por don Pedro, asociado de veinte y cinco hombres de su compañía; y esperándole en una callejuela que sale á la calle de Merabegli, con direccion á Santiago, llegó Ardizzin al sitio mui contento con un hermano y seis criados, donde fue asaltado por todos lados; y no sabiendo lo que podia ser, quiso huir; pero teniendo cerrados todos los caminos, y siendo inútil querer defenderse solo con las espadas en medio de tantos hombres armados desde los pies á la cabeza, fueron degollados todos en un momento; y aunque era tarde, habiendo nombrado muchas veces el conde Ardizzin á don Pedro, dió

márgen á que este fuese preso aquella misma noche por el duque de Borbon, que por haber emigrado de Francia, se hallaba Gobernador en Milan á nombre del Emperador Carlos V.... El infeliz Siciliano no necesitó que le atormentasen; pues no hallándose mui gustoso en tal estado, confesó al momento todo el hecho sin violencia; pero dijo que habia sido por induccion de Blanca-Maria, refiriendo claro cuanto le habia pasado con ella. Esta, advertida de todo, pudo fugarse y ponerse en salvo antes que el asunto tomase otro aspecto, para esperar que con el tiempo se aplacase la persecucion; pero la justicia divina no quiso que sus maldades se prolon-

gasen mas, pues habiendo hallado tan valiente ejecutor de sus venganzas, no hubiera tampoco escapado del alfange el conde de Gayaz que casualmente estaba en aquel momento ausente. Al instante que don Pedro confesó ser la Condesa la causa de aquel homicidio, la mandó prender el duque de Borbon, y confesó francamente todo cuanto habia ocurrido, confiada en poder corromper á los que debian juzgarla con el precioso metal que abundaba en sus gavetas; mas la justicia divina que no transige con los malvados, hizo que sus doblones y su vida fuesen por un mismo camino, pues en el dia siguiente de su prision fue condenada á muerte. Sin

embargo, don Pedro salvó la vida, y marchó á otra parte por súplicas de los capitanes del ejército, á quienes el Duque le entregó por no perder un militar tan valiente, ni los auxilios de su hermano el conde de Colisan.

La Condesa, al oir esta sentencia, y creyendo no tendria efecto, no queria prepararse para morir, ni trataba de pedir á Dios el perdon de sus faltas hasta que la sacaron de la prision y se vió conducir á la plaza, donde estaba colocado el patíbulo para representar la última escena de su tragedia. Allí fue ya donde esta infeliz empezó á reconocerse y confesar sus pecados á voces á todo el pueblo, suplicando á Dios fervorosamente

no la juzgase por sus iniquidades, sino por su divina misericordia: rogó al pueblo pidiese al Criador por ella, y al conde de Gayaz ausente, que la perdonase su traicion.

Así murió miserablemente la que en el discurso de su vida no habia cesado de cometer estravios y liviandades.

Bello ejemplo por cierto para la juventud que tan incautamente suele entregarse á toda especie de placeres, sin considerar los perjuicios que se la pueden originar. Si don Pedro de Cardona no hubiese sido favorecido de su General, ¿en qué precipicio no se habia metido por haberse entregado ciegamente á los caprichos de esta miserable muger? Y por un empeño

cruel y temerario de una ramera sanguinaria, ¿deberia haberse precipitado este hombre hasta el estremo de ser un asesino?

Semejantes crímenes no debieran indultarse, y Cardona debió subir al patíbulo para escarmiento y justa observancia de la lei.

NOVELA.

ANGELICA,

Ó LOS

SALIMBÉNES Y MONTÁNES.





Si libre fui algun dia, hoi soi esclavo de vuestras gracias y virtudes; aqui teneis mi corazon y mi mano.

No trataremos de los grandes palacios, cuya suntuosidad y magnificencia causan tanta admiracion á los hombres; de los efectos maravillosos de su industria en penetrar hasta lo profundo de los mares; de su ingenio y trabajo en desmoronar los montes y las rocas mas duras para hacer caminos, y facilitar el paso á los ejércitos por los parages mas inaccesibles. Solo pretendo demostrar los efec-

tos del amor, que son superiores á toda opinion de las cosas comunes, y tan admirables como la construccion de los anfiteatros, colosos, teatros, pirámides y otras maravillas del universo, al ver que endurecido el callo del odio y de la enemistad mas encarnizada y mas cruel, fue convertida en amor por el amor y concordia tal, que debe admirar mas que los soberbios palacios que los grandes monarcas han levantado á costa de tesoros inmensos. De todos modos, pues que la ingratitud es un vicio el mas reprensible que puede tener el hombre, es preciso que el reconocimiento sea honrado con el título de virtud la mas recomendable; y asi como los de

Thebas fueron acusados de este crímen por el respeto que merecian sus grandes capitanes Epaminondas y Pelópidas, los Plateos, al contrario, han sido elogiados por haber reconocido solemnemente el bien que recibieron de los griegos, librándolos de la esclavitud de los persas; y si Felipe Maria, duque de Milan, merece un vituperio eterno por la ingratitud de que usó con su muger Beatriz, quitándola la vida secretamente en recompensa de los bienes y tesoros que de ella disfrutó, un turco bárbaro, y árabe de nacimiento, merecerá sobre él un digno elogio por su agradecimiento; pues vencido por Baudobin, rei de Jerusalen en Arabia, prisionero con

su muger, y habiendo caido todos sus tesoros en manos de este buen Rei, tronco de la sangre de Lorena, viendo que el cristiano le habia dado libertad con su muger, no quiso ser menos en magnificencia y liberalidad para no grangearse el concepto de príncipe ingrato; y asi, vencido por los infieles, fue este Almirante árabe una noche al pueblo donde se habia retirado, y descubriéndole el complot de sus compañeros, le sacó fuera de la poblacion y le condujo hasta donde le creyó libre del peligro. Digo esto anticipadamente, porque la historia que voi á referir, tiene dos ejemplos poco comunes: el uno de una grande amistad, y el otro de un reconocimiento tal,

que merece publicarse, y que todo el que la lea saque el fruto que debe producir, arreglando su vida por la de aquellos hombres virtuosos, cuya conducta ejemplar nunca tuvo la menor mancha que pudiese denigrar su reputacion.

En Sena, pues, antigua y mui noble ciudad de la Toscana, habia hace tiempo dos familias mui ricas, las primeras y mas ilustres de aquella ciudad, que se llamaban los Salimbénes y los Montánes, de la famosa estirpe que dió á la república tantos hombres grandes en letras y armas. Estas dos familias se trataban al principio con tanta intimidad, que no parecian sino una sola casa y de una misma sangre, pues siempre esta-

ban juntas; pero siendo en todo tiempo la Italia como un foco de alborotos y un verdadero mercado de sediciones, ligas y parcialidades, que producian entonces contínuamente guerras civiles en todas las ciudades, no podia la de Sena ser exenta de esta desgracia, para gozar de su libertad en la paz y union de sus ciudadanos, y lisonjearse de no conocer la discordia; pues tuvo bastantes guerras con los florentinos, que siempre han aspirado á conquistarla y hacerla parte de sus dominios; y la causa de esta discordia y de las que tenian entre sí los mismos ciudadanos, fue la desunion de estas dos casas principales, que eran las mas fuertes y poderosas de la re-

pública ; y ved aqui cómo.

Nadie ignora que siempre fue peculiar de la nobleza el adiestrar en la esgrima á los jóvenes de las familias de primer órden, tanto por acostumbrarlos á los peligros y obligarlos á adquirir valor, cuanto porque tomasen fuerzas, acostumbrarlos á las fatigas y al trabajo, y quitarles aquella estremada delicadeza con que los jóvenes se crian en las grandes casas; pues en la persecucion de los animales y fieras se observan las astucias y ardides de la guerra, se aprende á distribuir y colocar en sus correspondientes posiciones á un escuadron de gritadores acosadores; de manera, que los perros, corriendo, cubren los flanços para seguir

al enemigo, y el hombre á caballo le da la caza cuando se resuelve atravesar la espesura del monte, sin faltar entonces las trompetas para dar la seña y esforzar á los perros á llenar su deber; de manera, que parece esta diversion y pasatiempo de la juventud un verdadero campo de batalla, y aun podemos asegurar que es mas que un simulacro, pues en las grandes cacerías no dejan de suceder desgracias y chascos con muchos fracasos y lances sensibles que suelen originarse en ellas. Meleager perdió la vida por la victoria que ganó contra el jabalí de Callidonia: Céphalo mató á su querido Procris; y Acaste sufrió entredicho por haber muerto al hijo del

Rei que se le habia confiado. Tambien la caza de un jabalí fue la causa de derramarse en Sena la sangre de sus ciudadanos, cuando los Salimbénes y Montánes fueron juntos un dia á la caza, y empeñándose con un jabalí feroz y corpulento, le cogieron á fuerza de hombres y de perros; sobre cuya destreza y valentía se suscitó una gran disputa, defendiendo cada uno sus dogos por quererles dar la preferencia, y tomando la contienda tan formal aspecto, que llegaron á picarse de palabras, y despues vinieron á las manos, quedando muchos heridos de una y otra parte, y muerto uno de los principales Salimbénes, de cuya desgracia resultó en los suyos el mas vehe-

mente deseo de vengarse á su tiempo y ocasion. Esta enemistad se inflamó de tal suerte entre los dos partidos, que despues de infinitas contiendas, pleitos y debates, resultó la ruina de los Montánes; pues á pesar de tantas riquezas, quedaron reducidos á la nada, lo que fue causa de disminuirse mucho el rigor y la cólera de los Salimbénes, no teniendo ya quien les hiciese sombra, y olvidando las injurias á beneficio del trascurso de los tiempos. Los Montánes tambien, que permanecian en Sena, vivian en paz sin que sus adversarios les pidiesen nada, ni les pusiesen ninguna contienda; bien es que ya no hablaban ni trataban con los otros: ¿pero de qué podian ya

quejarse, cuando toda la sangre y nombre de los Montánes habian quedado reducidos á un solo individuo llamado Cárlos, hijo de Tomas Montánes, mui jóven, tan honrado como bien educado, que se hallaba en Sena con una hermana que no cedia en nada á ninguna de las hermosuras de Toscana en honestidad, gracia, educacion y beldad? Este pobre jóven no tenia grandes rentas, porque el patrimonio de sus predecesores se habia consumido en gastos de sus desavenencias, y los demas se los habia apropiado el fisco. Con lo poco que le restaba, procuraba sostener su familia y el decoro de su casa, viviendo frugalmente y teniendo á su hermana en una de-

cencia mediana. Esta se llamaba Angélica, nombre en verdad que le era debido por su amabilidad y delicadeza; pues aun aquellos que aborrecian su nombre y familia, no podian menos de alabarla y desear que sus hijas se la pareciesen; y hubo uno de sus enemigos, tan apasionado de ella, que no comia ni sosegaba. Este se llamaba Anselmo Salimbénes, y la hubiera solicitado con placer para casarse con ella; pero las discordias pasadas adormecian su pasion y sus deseos cuando se ponia á formar proyectos criminales, arrastrado de la exaltacion de su imaginacion; mas sin embargo, era imposible disipar una pasion ya grabada tan profundamente en su alma; pues

un dia solo que se pasase sin verla, le parecia sufrir su corazon mayor afliccion por la llama que le abrasaba, y hubiera querido que nunca hubiese llegado el dia desventurado de la caźa del jabalí que produjo la desgracia de una familia tan apreciable y tan querida de la suya, para poderse unir á la que no era posible separar de su memoria; y lo que mas atormentaba su corazon, era el dolor de no poder confiar á nadie esta enfermedad amorosa, como tambien el no tener la esperanza de coger el fruto de esta pasion por la inveterada enemistad de las dos familias, suponiendo que Angélica nunca le corresponderia, habiendo sido sus padres la causa de la ruina y des-

gracias de la casa de los Montáñes. ¿Pero por ventura hai alguna cosa durable bajo la bóveda de los cielos, ni bien ni mal que no tenga su término entre los hombres? Las amistades ó enemistades de los reyes y de los príncipes no son tan ostinadas que no veamos frecuentemente amigo cordial al que no hace mucho era el enemigo mas cruel, que no aspiraba mas que á deshacerse de su adversario. Veamos la variedad de acontecimientos que todos los dias rodean á los hombres, y hallaremos al primer golpe de vista, que es una simpleza juzgar con acierto de las ocurrencias humanas. El que ayer gobernaba á un Rei y hacia temblar con una palabra al

reino, es frecuentemente privado del favor, y sufre una muerte ignominiosa; al paso que otro, que no esperaba mas que su ruina, se ve en posesion de sus estados, y halla la venganza de sus enemigos. Calir-Basa gobernó al gran Mahomet, emperador de Turquía, sin hacer este gran Monarca cosa alguna que no fuese por su consejo; y en un momento fue degollado por órden del mismo que le habia honrado, y que sin motivo le hizo morir tan cruelmente. Argon el tártaro, al contrario; pues habiendo tomado las armas contra su tio Tangodor-Calir, cuando estaba á punto de perder la vida por su rebelion, para cuya ejecucion le llevaban á la Armenia, fue recibido por ciertos

tártaros, criados de su difunto padre, y declarado despues rei de Tartaria en 1285. El ejemplo de la emperatriz Adaleda no hace menos fe en este punto que las historias precedentes; pues habiendo caido en manos de Beranger, que ocupaba el imperio, se libró de su furor y crueldad por la fuga; y al fin, enlazándose con Otthon primero, vió vengada su ofensa por su hijo Otthon segundo en Beranger y toda su raza.

Citamos todas estas historias en prueba de los vaivenes y caprichos de la fortuna, que de contínuo está variando la suerte de los hombres en este mundo, como se verá en Cárlos Montánes, que cuando menos lo esperaba, salió del es-

tado miserable á que se veia reducido, y fue recibido como en la historia se va á demostrar.

Mientras Salimbénes, pues, se abrasaba de amor por su Angélica, sin que ella lo conociese, ni pudiese adivinar esta pasion de su enemigo, que se consolaba con verla á la ventana, acaeció que un habitante poderoso de Sena, que tenia una hermosa posesion cerca de la única que le habia quedado á Montánes, deseando aumentar su patrimonio uniéndola á la suya, sabedor del estado miserable en que Montánes se hallaba, le hizo la proposicion de comprársela, ofreciéndole cuarenta mil ducados por ella. Cárlos, que no tenia ya mas que esta pequeña hacienda de

las grandes riquezas que poseian sus antiguos, y un palacio en la ciudad, y vivia honradamente con esta corta fortuna en compañía de su desgraciada hermana, se negó abiertamente á esta proposicion, tanto por ser el único auxilio que tenia, cuanto por renovar aun con su propiedad la feliz memoria de aquellos que habian sido los primeros personages de la república; mas el avaro, viéndose burlado con su negativa, se irritó tanto contra el infeliz Montáñes, que resolvió discurrir un medio de hacerle perder hacienda y vida, á imitacion de la injusta Jezabel, que hizo dar la muerte á Naboth para gozar de sus bienes.

La nobleza no tenia apenas se-

guridad en las ciudades, con motivo de las discordias y conmociones populares que en aquel tiempo habia en toda la Italia; de manera, que el pueblo, los administradores y renteros eran los gobernadores y gefes que mandaban en los principados; y la mayor parte de los nobles, particularmente los mas poderosos, fueron echados y desposeidos, haciendo el grosero populacho una lei semejante á las de los atenienses en tiempo de Solon; la que prevenia, que toda persona de cualquier estado ó condicion que fuese, que practicase diligencias por sí ó por medio de otros para el regreso de los desterrados, sufriese la multa de cuarenta mil florines en favor del fis-

co, ó la muerte no teniendo con que satisfacer la condena pecuniaria. Hé aquí una lei bien equitativa, propia de un corazon godo y berberisco, que cerraba la puerta á la inocencia de las personas espulsadas por el encono y disturbios de los habitantes reñidos unos con otros, y castigaba rigorosamente al hombre de bien para usar de una crueldad sin ejemplo. Este avaro, pues, se propuso acusar á Montánes de haber quebrantado la lei, por no poder de otra manera lograr su depravado fin; lo que le fue mui fácil, pues cuando hizo la acusacion, tenia ya ganados una multitud de testigos, que depusieron contra el pobre Montánes, y sostuvieron en su presencia, lla-

mados para identificar la persona que habia contravenido á las leyes del pais, buscando los medios de introducir á los desterrados de la ciudad, para degollar á las autoridades y restablecer el sistema que habia ocasionado tantas revoluciones en Italia.

Este desgraciado no sabia qué hacer ni cómo defenderse, pues el fisco pedia los cuarenta mil florines, los testigos le daban por incurso en la pena, y la lei le condenaba. Le prenden, le aprisionan, le forman su proceso, y se ve atropellar tan precipitadamente, que ni aun le daban tiempo para pensar en sus asuntos. Temiendo caer en la indignacion de los potentados, no habia una persona

que se atreviese á abrir la boca para favorecer su inocencia y aventurarse á cooperar en su alivio; aunque sin este temor poco podia esperar, pues generalmente vemos que los amigos del dia se parecen al cuervo, que no vuela sino hácia los parages donde hai que devorar, ni frecuentan sino las personas de quienes esperan sacar algun provecho, figurándose amigos de los que gozan solamente de prosperidad, y abandonándolos al verlos desgraciados. El gran Pompeyo, general de los ejércitos romanos, honor del pueblo y del senado, ¿qué compañero tuvo en su fuga? ¿Cuál de sus antiguos amigos fue el que le recibió para librarle de su enemigo que le perse-

guia? Un rei de Egipto, que habia esperimentado las generosidades y humanidad de este buen príncipe romano, fue quien le quitó la vida y envió su cabeza al vencedor Julio César, faltando á la fe prometida y olvidándose de los beneficios que habia recibido. Entre todas las penas que sufria este desgraciado Montánes, la que mas le afligia y destrozaba, era la de ver á este maldecido camaleon, avaro, traidor, ofreciéndole sus servicios cuando no esperaba mas que la hora oportuna de derramar todo su veneno y quedar satisfecho con la posesion de la hacienda que tanto apetecia, y que debia lograr á la sentencia de esta inocente víctima de su atroz calumnia, lo cual se

realizó bien pronto, pues pasados dos ó tres dias fue Cárlos Montánes condenado á la multa de los cuarenta mil florines en el término de solos quince, permaneciendo entretanto en la prision para dividirle la cabeza de sus hombros si faltaba al pago, por haber infringido las leyes y decretos del senado. Considérese la sensacion que semejante sentencia causaria á este infeliz, pues veia ya saqueados y tomados por el fisco sus cortos bienes, siendo mayor su dolor al ver perdida toda la fortuna de su desventurada hermana Angélica, la que durante el arresto de su hermano no habia salido de casa, donde no habia cesado de llorar, lamentándose de un desastre tan

inesperado que acababa ya de destruir á su familia. ¡Ah! decia esta virtuosa jóven, ¿cuándo se aplacará la ira del cielo que tanto aflige á esta familia desventurada, y se cansará de perseguirnos la mala ventura por todas partes? ¿No hubiera sido mejor y mas soportable que toda la familia de los Montánes hubiese sido sacrificada al filo de la cuchilla, pues que restaba ya tan poco de nuestra sangre, en vez de ver hoi á este jóven inocente en el riesgo inminente de ser víctima inmolada al furor y odio implacable de los que detestan la nobleza, y que se gloriarán de borrar hasta su memoria del mundo? ¡Oh Dios justo! ¿cómo hemos de fiarnos del juicio irrevocable de a-

quellos que son jueces en una ciudad que ellos llaman libre, donde una confusa turba tiene el mando sobre aquellos á quienes crió la naturaleza para gobernar? ¡Ah, querido hermano! Si tú no hubieses tenido esa pequeña hacienda y esta gran casa, ninguno hubiera envidiado tu estado, ni te hubiera atribuido falsamente lo que tú solo hubieras ejecutado por vengar á la nobleza de las tropelías y vejaciones que sufre entre villanos usurpadores de sus honores y derechos. Pero ¿qué razon hai para que unos artesanos ó hijos de la plebe ignorante y grosera gobiernen la república? ¡Felices las naciones donde los monarcas dictan las leyes, y los príncipes miran con

buenos ojos á los que mandan como padres y como reyes! ¡Pero desgraciados de nosotros, que somos esclavos de un Consejo mas pervertido que la misma corrupcion! ¿Es posible que nuestros antepasados hayan pretendido establecer la libertad bajo la confusa administracion de muchos en nuestro pais? A todas horas tenemos á los franceses ó á los florentinos en nuestras fronteras, y somos la presa comun de todos aquellos que quieren incomodarnos; y lo peor es, que nosotros mismos nos hacemos esclavos de los que debieran serlo nuestros. Tú, hermano mio, estás perdido; pues cuando te han preso y encarcelado, ya tus enemigos tendrian los testigos falsos contra tu

inocencia. Si al menos pudiera yo con mi vida salvar la tuya, no tardaria Angélica en prepararse á ser víctima de esos lobos inhumanos que conspiran contra tu existencia y tus bienes. Mientras la hermosa y desgraciada Senesa se lamentaba de esta suerte, el virtuoso hermano, viéndose en la mas triste situacion, y abatido por una desgracia que no podia esperar, deseando, como era natural, prolongar su vida; y últimamente, conociendo que solo su hacienda podia librarle de la muerte que le esperaba, envió al infame usurero un recado por uno de la cárcel, ofreciéndole sus haciendas por el precio de los cuarenta mil ducados que necesitaba para rescatar su vida;

y este traidor, viendo que Montánes estaba ya á su discrecion sin saber qué hacer, como si hubiese triunfado ya de su vida, y tuviese del fisco sus propiedades, le respondió de esta manera: Decid, amiguito, á el señor Montánes, que no hace mucho tiempo hubiera yo dado cualquiera cantidad por su hacienda; pero que ya no puedo, por haber empleado mis fondos en otra cosa; y que si me hallase en disposicion de comprarla, le daria como unos veinte mil florines y nada mas, atendiendo á que los productos no son suficientes á prestar el interes que corresponde á mayor suma. —Hé aquí los ardides de la vil codicia y el abismo de la maldad; pues tal clase de

hombres no desea mas que acumular sus tesoros á costa de sus semejantes, sin perdonar medio alguno, por infame y criminal que sea, para saciar á su mayor amigo el interes. Este avaro detestable, habiendo ofrecido la primera vez cuarenta mil ducados á Cárlos por su hacienda, no quiere al presente darlos por lograr la completa ruina y destruccion de la familia de los Montánes. Noticioso el desventurado Cárlos de esta sentencia, y admirado de la injusticia é inhumanidad del Consejo, se convenció de que todo le era contrario, y que era preciso morir siendo víctima de la escesiva avaricia de este malvado, sabiendo que su malicia era tal, que ninguno se

atreveria á ofrecer un florin por su hacienda, habiéndola querido este perverso. Resuelto, pues, á morir antes que ver á su hermana pobre y sin recursos, no quiso admitir la proposicion tan tiránica de aquel malvado, y resignado á sufrir el último golpe del hado, pues que no tenia medios de justificar su inocencia, se ocupó solo de preparar su alma, deseoso de su separacion, para hallar reposo en el sepulcro, donde tienen fin todas las penas. Pero la infeliz Angélica quebrantaba el corazon con su llanto, no pudiendo destruir la cruel resolucion de su adorado hermano, á pesar de haber empleado para ello sus lágrimas, sus reflexiones y sus tiernas súpli-

cas unidas á las de sus parientes; en una palabra, estaba tan enagenada y tan inconsolable como es de imaginar de todo aquel que pierde el objeto que mas ama; y si la desgracia hubiese llegado á privarla de su hermano, hubiera perecido con él Angélica, dando fin por este medio á la ilustre familia de los Montánes. ¿Mas para qué gastar tanta prosa? Llega el último dia del término señalado por los jueces, y era indispensable entregar los cuarenta mil florines de la condena, ó morir á la mañana siguiente como rebelde y reo de estado, pues ningun pariente procuró hacer sacrificio alguno por su libertad, aunque no dejaban de ir á consolar á la po-

bre Angélica, y aconsejarla cómo se debia gobernar; pero para ella no habia reflexion ni consuelo en un trance tan funesto, pues acompañada de sus amigas y allegados llenaba el aire de gritos, como una loca, con un copioso llanto y tales estremos, que todos consintieron perderla, ó que cayese en un delirio que la condujese á la muerte.

Sucedió pues el caso, de que estando esta jóven infeliz deshaciéndose en lágrimas y lamentos, regresó de su corto viage Anselmo Salimbénes, aquel que hemos dicho estar tan ciegamente enamorado de Angélica; y al pasar por su casa, como lo tenia de costumbre, oyó las voces de las mugeres

que ayudaban á hacer el duelo de Montánes, estando ya tan próxima su muerte; y lo que mas le sorprendió y le hizo detener fue el ver salir de la misma casa de Angélica mugeres sollozando: preguntó á un vecino, si sabia cuál fuese la causa de aquel ruido y afliccion de las gentes que salian de aquella casa, y le respondió enterándole de todo cuanto queda relacionado. Salimbénes, apenas oyó esta relacion, se fue sin detencion á su casa, y estando solo en su cuarto, se puso á meditar sobre este accidente; y forjando mil ideas en su acalorado cerebro, se persuadió de que Cárlos no se dejaba sacrificar, fuese convencido ó no del hecho, sino solo por el respe-

to de su hermana, por no dejarla destituida de todo amparo; y últimamente, discurriendo un tropel de cosas, dice al fin: ¿Pero no soi yo un tonto en dudar de la proteccion de la fortuna, cuando me presenta hoi las dos cosas que mas podia desear? ¿No veo realizados en este acontecimiento mis deseos de venganza y amor? Montánes es el único enemigo mortal de nuestra casa, y mañana perderá la cabeza públicamente, como rebelde y sedicioso, quedando asi vengados mis antepasados de los suyos, y concluido el encono entre las dos familias, no pudiendo ya temerse vuelva á renacer la discordia en sus descendientes. ¿Y quién podrá despues impedirme

gozar de la que amo, siendo muerto su hermano, y no teniendo ella otro auxilio ni apoyo para su subsistencia que su hermosura, aplicados ya sus bienes á la justicia? ¿De qué podrá valerse, sino del amor de algun hombre honrado que para su compañera la recoja, compadecido de sus desgracias?.... Pero ¡cómo! ¿qué es lo que has dicho, Salimbénes? ¿Has olvidado que solo es respetado y considerado un hombre como caballero, cuando con sus acciones se esfuerza en imitar á los que adquirieron tantos honores, prerogativas y distinciones por seguir la senda de la virtud? ¿No has nacido noble y descendido de padres ilustres? ¿Ignoras tú que un caballero debe en

todo caso tomar por sí solo la satisfaccion de sus injurias sin buscar quien le ayude, ó mas bien perdonarlas, usando de la noble clemencia, propia solo de la sangre y de los corazones nobles y sensibles, sepultando todo deseo de venganza bajo la losa del eterno olvido? ¿Y cuándo mayor gloria puede adquirir el hombre que venciéndose á sí mismo, refrenando sus funestas pasiones de odio y venganza, y obligando al que no pensaba recibir de su mano ningun beneficio? En este proceder estriba el noble orgullo de la verdadera nobleza: la generosidad y la humanidad deben ser sus divisas, si quieren merecer el título de ilustres, y abrirse el camino á

la inmortalidad como sus mayores. El gran dictador César fue mas alabado por haber perdonado á sus enemigos y mostrádose clemente, que por haber subyugado á los galos y bretones, y vencido al famoso Pompeyo. Don Rodrigo de Vivar, aunque pudo vengarse de la infidelidad de don Pedro, rei de Aragon, que trató de impedirle su espedicion contra los sarracenos, que estaban en Granada, no quiso castigarle ni exigirle suma alguna por su rescate; pues habiéndole hecho prisionero, le dejó en libertad sin imposicion ninguna á su reino. Asi, pues, yo debo seguir el ejemplo de los hombres grandes, y admiraré siempre la rareza de sus nobles y genero-

sas acciones. Por lo demas, en el caso de querer yo olvidar las injurias que haya recibido, ¿en qué me ha ofendido Montánes para poder fundar contra él mala voluntad ni rencor? ¿Qué es lo que ha hecho contra mí, ni contra mi familia? Sus antepasados fueron enemigos de la nuestra, y han sufrido ya la penitencia mas dura y aun mayor que la que exigia el pecado; á mas de que yo me estremeceria de horror si llegase á cometer el delito, á mi entender imperdonable, de hacer mi suerte y mi placer de la desgracia de otro, aumentando su afliccion y ocasionando su ruina. No, no: lejos de mí tan atroces pensamientos. Salimbénes, mientras tenga el uso

de la razon, no cometerá una vileza por satisfacer á una pasion criminal y vergonzosa, privándose del dulce placer de hacer un amigo, y ganar con su liberalidad y delicadeza el corazon de una muger, que solo por su virtud merece todos los sacrificios imaginables de un caballero, aun mas elevado que yo; pues estoi seguro, de que no estando desnudo de toda dulzura y humanidad, y amándola con la ternura que yo la amo, es forzoso que Angélica arrastre tras sí la compasion de todos los humanos al ver su dolor y desconsuelo, y que cualquiera se apresurase á librarla y consolarla en tan cruel situacion. ¿Por qué, pues, si yo la amo, no he de amar lo que ella

ama, particularmente á su hermano, que se halla en peligro tan inminente de subir al patíbulo, solo por la simple multa de cuarenta mil florines....? Haga, pues, ver mi corazon el amor que me ha hecho tributario y esclavo de la hermosa Angélica, y que si esta imperiosa pasion triunfa de los reyes y de los grandes conquistadores, no será estraño que yo me someta á una muger virtuosa, á quien la misma necesidad no podrá hacer olvidar sus principios y su orígen. ¡Gloríate, virtuosa Angélica, de haber rendido un corazon indómito é inflexible, y de esclavizar á un hombre á quien los mas valientes hubieran privado de la existencia antes que separarle del

camino que tenian trazado sus antecesores; y tú, Montánes desgraciado, advierte que hoi ganas un amigo tan cordial, que solo la muerte podrá separarle de ti; pues te prometo que nuestra union, si tú quieres, será eterna: prefiero quebrantar el juramento de mis mayores á forzar la inclinacion generosa y clemente que mis sentimientos me inspiran. — Despues de este largo discurso, viendo que urgia ganar los momentos, tomó cuarenta mil ducados y se fue á la caja de multas, donde los entregó al tesorero, diciéndole: Aqui teneis cuarenta mil ducados que don Cárlos Montánes consigna por su libertad; contadlos y dadle la carta de pago, haciéndole salir al

momento. — El tesorero quiso darle el resto que sobraba, siendo la multa, como hemos dicho, solo de cuarenta mil florines, y no quiso tomarla, diciendo la entregase al redimido. Se estendió la carta de pago y se remitió al alcaide; quien luego que vió estar hecha la entrega en la caja, hizo sacar á Montánes de la prision donde se hallaba, cargado de grillos y cadenas; mas este desgraciado, creyendo que entraba el confesor para disponerle, y que se le haria la gracia de quitarle la vida en la misma cárcel, sin que una afrenta pública acabase de infamar la memoria de su estirpe, se sobrecogió al primer impulso; pero despues, ya resignado á recibir la muer-

te, alabó á Dios y le pidió no le olvidase en trance tan fatal, que á los mas valientes y mas justos hace perder el valor y la constancia: recomienda su alma, ruega á Dios fervorosamente le perdone sus pecados, y que por su misericordia infinita cuide particularmente de su desventurada hermana, librándola de la indigencia y de toda infamia. Sácanle del calabozo, y conducido ante el alcaide principal, le quitan al momento los grillos y cadenas, mirándole todos con buen semblante, y sin decirle una palabra que le pudiese contristar. Este tratamiento tan inesperado le hace ya consentir en alguna cosa mejor, y le asegura desde luego de lo que antes no se

hubiera atrevido á imaginar; y para sacarle de dudas é incertidumbres prontamente, le dice el alcaide: vamos, señor don Cárlos, tranquilizad vuestro espíritu y alegraos; pues aqui os entrego la cédula de vuestra libertad, y podeis usar de ella desde este momento como querais. Al pronunciar estas palabras mandó abrir las puertas, y dejó en plena libertad á Montánes, suplicándole perdonase el trato que alli habia tenido, en atencion á que no habia hecho mas que obedecer las órdenes que se le habian comunicado por la justicia. Contempla pues ahora, lector mio, si los acontecimientos que proceden del amor no son diferentes que los de las demas pa-

siones del alma, respecto á que no era posible que Salimbénes hubiese librado tan generosamente y con tanta oportunidad á Montánes, estando tan arraigada la enemistad de las dos familias despues de tantos años, si un caso tan singular, y que no tiene un nombre propio en el amor, no le hubiese transformado en otro hombre, cambiando su natural y borrando en él la inexorable pasion del odio y de la venganza. La hermosura, las gracias, la amabilidad, las virtudes y atractivos de Angélica tuvieron mas influjo sobre Salimbénes, que hubiera tenido toda la humildad de su hermano, aunque se hubiese puesto de rodillas á los pies de Anselmo. Pero ¿qué cora-

zon, por insensible y bárbaro que fuese, podria ser indiferente á la estraordinaria hermosura y virtudes de esta Senesa, y que no intentase vencer imposibles por lograr la posesion de un tesoro tan precioso como inapreciable, cual era una muger tan perfecta? Mas volvamos á nuestra historia. Luego que Montánes fue puesto en libertad, marchó sin dilacion á su casa, ansiando consolar á su infeliz hermana, á quien suponia hallar medio cadáver de miseria y de dolor. Llega á la puerta de su palacio, y todos al verle se quedaron atónitos, como se lee de san Pedro cuando salió de la prision de Herodes por medio del Angel; pues tan imposibles nos parecen

á veces las cosas que deseamos, que aun dudamos viéndolas, como sucedió á la pobre Angélica, que no queria creer en libertad á su hermano, cuando la anunciaron tenerle ya en su casa; mas luego que se convenció de no ser ilusion, suspendió sus suspiros y sollozos, y convirtiendo sus lágrimas de tristeza en alegria, salió corriendo á recibir á su querido hermano en sus brazos, alabando la misericordia del Criador, y graduando de milagro su libertad, en vista de su firme resolucion de morir antes que enagenar su hacienda y dejar á su hermana en la indigencia. Las señoras parientas, que estaban acompañándola para evitar que en su furor atentase

contra su vida, avisaron al intento á sus maridos de la inesperada libertad de Montánes, y se presentaron inmediatamente, no solo para felicitarle de ella, sino para disculparse de no haberse atrevido á socorrer en trance tan funesto su miseria, y salvar su vida. Mas Cárlos, que no se pagaba de estas bendiciones de boca, disimuló lo que se ofreció á su imaginacion, dándoles gracias de su visita y buena voluntad. Luego que se retiraron sus parientes, y seguro de no ser ninguno de ellos el hombre generoso que acababa de rescatarle, quedó admirado y suspenso, sin poder discurrir cuál fuese su generoso libertador. Si él no lo sabia, aun mas lo ignoraba su her-

mana, la que no habia tenido igual duda, ni pensado en meditar sobre ello, cuando estaba persuadida de que Cárlos, arrepentido por el horror á la muerte, habia cambiado de opinion y vendido la hacienda al primer comprador que se habria presentado; pero viendo el uno y el otro que se habian equivocado en su concepto, se quedaron con igual deseo, y se fueron á acostar, aunque Cárlos no durmió en toda la noche, teniendo siempre en su imaginacion á la persona desconocida que le habia salvado; y no sirvió su lecho mas que de un vasto campo, donde se estuvo paseando su imaginacion hasta el amanecer. Luego que vió acercarse el dia, segun anunciaba

el alba, convidando á Apólo á enganchar su carro para volver á principiar su carrera en nuestro hemisferio, se levantó y se fue á Carmelingo, es decir, al cajero de multas, á quien suplicó le dijera quién era el hombre tan humano y generoso que habia pagado por él la multa; á lo que le contestó dicho cajero, que ninguno de cuantos podia imaginarse se habia presentado á pagar dicho rescate; sin embargo de que podia mui bien adivinar el nombre del que habia llevado en persona la órden para su libertad, con la circunstancia de que habia entregado mayor suma, cuyo resto desde cuarenta mil florines hasta cuarenta mil ducados estoi pronto á entregaros, en

razon de que no lo quiso tomar. —Yo nada tengo que ver con el dinero, y solamente lo que os suplico es, que me digais el nombre del que me ha dispensado tan singular favor. —Pues, señor, dice el Carmelingo, don Anselmo Salimbénes es el que se ha distinguido de ese modo entre todos vuestros parientes y amigos: él es quien ha traido el dinero ayer noche bien tarde, y aqui teneis el resto á vuestra disposicion. —No permita Dios, dice Montánes, que yo tome de la caja lo que él puso en ella para librarme de penas; y en seguida se marchó con la carta de pago de los cuarenta mil florines, lleno de confusion y pensamientos in-

finitos sobre tan inesperada accion y singular generosidad de Salimbénes.

Marchóse á su casa, y recostado sobre una mesa, estuvo meditando profundamente largo rato para investigar la causa de semejante liberalidad de parte de un hombre, cuyos padres y abuelos habian sido los enemigos mas capitales de su familia despues de tantos años, transmitiéndose este odio de unos á otros descendientes, hasta que, como despertando de un letargo, le ocurrió á su memoria haber visto á Anselmo mui frecuentemente fijar sus miradas bastante significantes sobre Angélica, y que pasando todos los dias muchas veces por delante de su

puerta, sin dejar jamas de ojear balcones y ventanas con la ansiedad misma que un amante busca á su objeto amado, saludaba á su hermana con semblante risueño: reunidas todas estas ideas, se afirmó Montánes en que solo á el amor que profesaba Salimbénes á su hermana, era al que debia su libertad, concluyendo en su imaginacion con el convencimiento de que cuando la pasion, que procede de un amor verdadero, se establece y fija su trono sobre un corazon noble y generoso, es imposible deje de producir maravillosos efectos de honradez, liberalidad y de todas las virtudes, pues las almas bien nacidas no pueden entonces ocultar tanto el

hermoso fondo de sus corazones que no manifiesten el fuego que las abrasa; bien es, que lo que parece imposible en otras circunstancias, es mui posible al amor cuando se fija en un corazon noble. Asi es que Cárlos, para corresponder como caballero á semejante accion, y no ser mirado como ingrato á tamaños beneficios, resolvió usar de una prodigalidad no menos singular, en obsequio del que, bajo el nombre de adversario, se habia comportado como el mas leal amigo, para ejemplo y vergüenza de los que tenidos por tales, no mostraron sino egoismo y bajeza, alejándose de la pobre Angélica, y viendo subir ya á su hermano al patíbulo sin tratar de

aliviarlos en tan dura afliccion; y no sabiendo con qué recompensar á Salimbénes sino con su corazon y el de su hermana, se decidió á comunicarla su pensamiento para esplorar su voluntad, y tomar segun ella su resolucion: á este fin, sabiendo que su generoso enemigo habia salido al campo por unos dias, y pareciéndole ser este un momento favorable para arreglar este punto durante su ausencia, llamó reservadamente á su hermana, y la habló de esta manera:

No ignoras, querida Angélica, que cuanto de mas alto es una caida, tanto mayor es el dolor y mas peligrosas sus consecuencias: digo esto, trayendo á la memoria la condicion y grandeza de nuestros

antepasados, la gloria de nuestra estirpe y las riquezas de nuestra casa, obligándome mui frecuentemente á suspirar y derramar lágrimas de dolor el ver los suntuosos palacios que fueron la mansion de nuestros abuelos y de nuestros padres: cuando contemplo por todas partes las armas y escudos pintados y entallados por toda la ciudad, demostrando la antigüedad de nuestra ilustre familia; cuando miro esos magníficos enterramientos, esas soberbias urnas sepulcrales de mármol y bronce, colocadas en muchos de nuestros templos para perpétua memoria de los ilustres personages que ha tenido la estirpe Montanesa; y últimamente, cuando me pongo á

reflexionar sobre la opulencia de este palacio, resto de nuestra herencia y rico patrimonio, me divide el corazon la memoria de nuestra grandeza, y mil y mas veces he deseado la muerte para no ser yo solo el objeto de la desgracia y desastres que han oscurecido el nombre y la familia tan elevada de los Montánes. Hé aquí la causa de que yo desprecie esta vida desgraciada, habiendo pasado de una fortuna tan singular á una miseria tan estremada. Pero una sola cosa debe consolarnos, y es, que en medio de tanta pobreza, ruina, desgracia y abatimiento, ninguno puede imputarnos una accion indigna de la nobleza y casa de donde procedemos, siendo nues-

tra conducta correspondiente á la generosidad de nuestros predecesores, de donde procede, que aunque nuestra pobreza fuese bien conocida de todos, ninguno puede decir que nos hayamos alejado de la virtud de nuestros mayores: que si alguno nos ha hecho un favor, jamas hemos dejado de insinuar nuestro reconocimiento, para no dejar camino alguno á la ingratitud, por donde pueda introducirse á mancillar la reputacion que he procurado conservar hasta aqui; pues no hai cosa que mas denigre al hombre y le haga mas despreciable para con sus semejantes, que la indiferencia y olvido de los favores recibidos, y máxime aquellos que merecen mayor recono-

cimiento por haberlos reclamado la humanidad en necesidad urgente. Creo comprendas, hermana mia, á donde se encaminan estas palabras; mas no el fin con que te las digo, ni menos el objeto que tanto ha interesado mi corazon: por lo tanto, voi á esplicarme. Ya sabes el peligro en que ha estado mi vida en este dia pasado por la calumnia y falsa acusacion de almas bajas, y que he sido arrancado de entre las manos del verdugo milagrosamente, librándome de sufrir la cruel sentencia de un injusto magistrado, que estaba ya por momentos para ejecutarse, sin haberse ofrecido ninguno de nuestros parientes y amigos á salvarme en trance tan funesto y de la mayor

afliccion; cuyo proceder nunca por mí fue esperado, ni aun soñado, de personas que pertenecen á mi misma sangre, y ha llenado mi alma de horror, al paso que me ha ocasionado el mayor placer y la mas grata admiracion recibir este bien.... Pero ¿qué bien? mi vida y la libertad, precisamente de una mano que mejor creyera ansiaba mi esterminio y mi muerte. Esperaba mi libertad de los que me han hecho conocer su corazon en el peligro. Pero ¡buen Dios! del mismo de quien yo temia el rayo de nuestro total esterminio, ha salido la serenidad que ha conducido esta triste nave al puerto de la salud y de la vida; y de la mano misma de quien he esperado mi

rüina, he recibido el alivio de mis penas, siendo el sosten de mi honor y de mi dicha; y últimamente, para decirlo de una vez, Anselmo Salimbénes, hijo de nuestros antiguos capitales enemigos, es el redentor de mi vida: sí, hermana mia, él es hoi el único amigo fiel de nuestra familia: él es quien ha pagado la suma de los cuarenta mil florines de mi rescate, depositando no solo los cuarenta mil florines, sino cuarenta mil ducados, para mayor prueba de su generosidad, cuando yo le contemplaba mi mayor enemigo. ¡Oh corazon verdaderamente generoso, alma noble y virtud rara, superior á todo lo humano! Dos hombres unidos por los mas estrechos lazos de

la amistad suelen admirar al mundo con los sacrificios que hacen el uno por el otro; pero esto es aun superior á todo; pues un enemigo mortal sin estar reconciliado, ni exigir garantía del beneficio que dispensa, paga generosamente con mano pródiga las deudas de su adversario, escediendo á toda consideracion de cuantas pueden discurrirse en la conducta de los humanos. No acierto yo á dar un nombre á esta accion de Salimbénes, ni sé cómo ponderar un rasgo de generosidad como el suyo; pero ya que no halle palabras con que alabar su humanidad y nobleza, diré al menos, que tanto me ha obligado y vencido, que moriria de pena si

no pudiera igualarle en reconocimiento, cuando no aventajarle en liberalidad. Por consiguiente, habiéndome librado de una muerte vergonzosa, en tu mano está, querida Angélica, la ejecucion de un pensamiento, en cuyo caso seré deudor á ti sola de la generosidad de Salimbénes, por quien tú que llorabas ya la muerte de tu hermano, le ves hoi libre y con buena salud, sin otro cuidado que el de recompensar al que los dos debemos tamaño servicio. — Angélica, al oir á su hermano, y viendo que Salimbénes era el que se habia distinguido entre todos los parientes y amigos, le dijo: Nunca hubiera creido, hermano mio, que nuestra libertad y consuelo procediese de

Salimbénes, y que nuestros enemigos, olvidando rencores tan envejecidos, se interesasen en la existencia de una familia que tantos años han deseado esterminar; por lo tanto, si en mi mano estuviese, tendria una satisfaccion inesplicable en recompensar la generosidad de nuestro libertador; pero no alcanzo cómo yo pueda realizarlo, siendo una jóven que solo puede demostrar el reconocimiento de su corazon, y aun esto sin tener una confianza para presentarse á darle gracias, ni menos para hacerle ningun ofrecimiento por el ningun trato que tengo con las señoras de su casa. Sin embargo, puedes, hermano mio, decirme en qué quieres que yo te ayude;

pues no siendo contra mi honor, no perdonaré medio alguno para complacerte.—Querida Angélica, dice Montánes, he meditado mucho esta idea, y sobre el motivo que ha podido inducir á este jóven á obrar con tanto interes y liberalidad; y habiendo formado mil y mas conceptos, me he convencido de que solo la fuerza del amor le ha obligado á violentarse, y convertir el odio heredado que nos tenia, en una fina amistad, como lo acredita la accion generosa que acaba de ejecutar. Hé aqui los prodigiosos y bellos efectos del amor: encubierto como el fuego entre cenizas, ha espedido su rubicunda llama, y diseminando su calor hasta penetrar

el corazon de Salimbénes, le ha purificado, como á el oro en el crisol; y limpiándole de la escoria que impedia su brillo, le manifiesta hoi ya humano, generoso, tierno y sensible, sin hacer mérito de aquella horrible pasion de odio y venganza que tanto tiempo le hizo vivir irreconciliable y feroz. ¡Oh fuerza admirable del amor puro, que vences hasta las dificultades que parecen imposibles! Tu hermosura, querida Angélica, es la que ha vencido á nuestro enemigo; y esclavo ya de tus perfecciones, te insinúa sin duda su amor con un rasgo tan generoso en favor de tu infeliz hermano abandonado de la fortuna. ¡Ah! ¿cómo es posible que yo jamas pueda recompensar

una accion tan noble y tan inesperada? Mi vida, generoso Anselmo, es tuya; mi honor depende de tí, y mis bienes te pertenecen. Solo resta, virtuosa Angélica, que tú correspondas al cariño que te profesa ese jóven; pues si por librarme, consentias gustosa en la enagenacion de nuestros bienes, digno será de tu mano el que por ti ha sacrificado sus intereses; y pues que con todo mi patrimonio no podria yo nunca remunerarle, sea tu cariño el que supla esta falta, haciendo tu dicha con este enlace, y dejando los dos satisfecha esta obligacion. Yo no encuentro otro medio de recompensar un beneficio tan singular, que ha rescatado mi cabeza. Tú puedes conceder

ó negarme este favor que te pido; pero si por desgracia no te acomodase este enlace, preferiré emigrar de mi pais á vivir mas en él con la nota de ingrato. Mas ¡ah! ¿cómo me atreveria yo á mirar á la nobleza de Sena, si fuese indiferente á este beneficio, sin hacer ver de algun modo mi reconocimiento? Seria señalado con el dedo como un mónstruo, y me avergonzaria de pisar el suelo que habita mi libertador. No, hermana mia: ó tú tranquilizas mi alma, y pagas con tu mano esta deuda por los dos, ó me voi peregrinando por el mundo para no volver á ser visto en Italia. — Al oir Angélica estas palabras quedó llena de confusion y parasismada, como el que es atacado

del sopor de una apoplegía; pero al fin, volviendo en sí, y anegada en lágrimas, respondió sollozando á su hermano de esta suerte: No sé, querido hermano mio, con la confusion que padece mi alma, cómo responder á tu pregunta, que si por un lado parece justa, por otro la miro como temeraria; pues si el derecho se halla unido á la obligacion, veo tambien lo está la injusticia á la violencia; pero habiendo de discurrir sobre tu pensamiento, escúchame con paciencia las razones que tengo para quejarme, y contestar á un punto el mas árduo que en mi vida se me puede ofrecer; pues que la vida es nada al precio del honor que quieres que yo ponga en venta con tan pró-

diga liberalidad. ¡Ah Dios mio! cuando yo pensaba, al ver á mi hermano libre del próximo riesgo de la muerte á que injustamente fue condenado, que la fortuna habia ya cesado de afligirnos, conozco, desgraciada de mí, lo distante que se halla aun mi esperanza de ver el fin de mis penas, presentándose todavia esta cruel madrastra con ceño airado y con amenazas que jamas usó, para acibarar mi juventud; pues si la desventura persiguió á nuestros abuelos y antepasados; si ella los arruinó y destruyó, al presente va á dar el último golpe de su tenaz rigor para precipitarnos en lo mas profundo del abismo de toda miseria, esterminando el resto de nuestra pobre

casa, sea con tu pérdida, hermano mio, ó con mi muerte violenta; pues yo no puedo prodigar mi castidad sino al precio de mi vida desgraciada. ¡Oh mi Dios! ¡qué angustias sufre mi alma al ver el rigor de mi adversa fortuna! ¡Pero qué digo! La desgracia es la que por un juicio del cielo me sigue por todas partes, como á toda mi familia; pues me veo en la dura precision, en una edad tan tierna, y siendo de un sexo tan débil, de hacer una eleccion que daria en qué pensar á los mas esperimentados que habitan la tierra. ¡Infeliz de mí! mi espíritu desfallece, pierdo el sentido y titubea mi razon entre crueles agitaciones, viéndome forzada á escoger uno de dos estremos,

ambos mui duros y rodeados de horrorosos peligros : ó separarme de un hermano querido en quien yo tenia mi única esperanza y consuelo despues de Dios, ó renunciar al precioso tesoro del honor. ¿Qué tiene ya de bueno una muger, ni qué la queda sino el oprobio y la vergüenza en el mundo, cuando llega á ponerse en duda su honor, denigrándola todos con el sobrenombre de liviana? ¿De qué sirvió á las princesas de Augusto el nombre de hijas de un Emperador, si por su inconstancia no merecieron el título de virtuosas? ¿De qué provecho á Faustina la corona imperial sobre su cabeza, cuando la de la castidad le fue arrebatada por su misma lasciva sensualidad? ¡Ah!

¿qué daño no se ha ocasionado á muchas jóvenes inocentes sepultándolas bajo la losa del olvido, cuando por su virtud y pudor merecian alabanzas eternas? ¡Ah, Cárlos, hermano querido! ¿dónde tienes, qué has hecho de tu talento y delicadeza para ser indiferente á la reputacion y honor de las doncellas de tu familia, y pretender, despues de haber perdido todos tus bienes, que yo sacrifique mi castidad? ¿Quieres que Anselmo, triunfando de mi virtud, logre sobre nosotros mayor victoria que si hubiera acabado al filo de la espada con el resto de una familia desgraciada? ¿Ignoras tú que las llagas del alma son mas vehementes que las que afligen el cuerpo? ¡Ah, qué

muger soi tan desventurada! ¡Aun me estaba reservada esta desgracia para presentarme al mundo como una víctima de Venus, satisfaciendo á los deseos de un hombre que acaso no aspira mas que á robarme lo que yo mas amo, que es la virtud, para cantar su victoria y nuestra infamia! Dichosa una y mil veces la romana Virginia, muerta á manos de su triste padre, para librarla de la deshonra que la amenazaba con los temerarios y lascivos ataques del macho cabrío Appio. ¡Ah ¡ ¿por qué mi hermano no hace otro tanto conmigo, antes que ser verdugo de mi reputacion? ¡Ah muerte! ¿por qué no me atraviesas con uno de tus dardos para poderme ir á acompañar las

sombras de mis bienaventurados padres, que viendo mi angustia estarán participando de mi dolor? ¿Por qué no habré yo sido sofocada cuando me dió á luz mi madre, antes que llegar á esta desgracia de perder lo que mas amo, ó morir violentamente por mis propias manos? Ven tú, Atropos denegrida, ven, y corta el hilo desgraciado de mi triste existencia; cierra el paso á mis lágrimas, y suspende el viento de mis suspiros para dar alivio á mi corazon con el descanso eterno. — Al pronunciar la triste Angélica estas palabras, cayó desmayada sobre la silla en que estaba sentada, y quedó sin accion ni movimiento como muerta. — Carlos, temiendo que el dolor

la hubiese privado de la vida, y no queriendo sobrevivir á su adorada hermana, se sorprendió de tal suerte, que ni aun pudo acudir á socorrerla; y cubriéndose su rostro de una palidez y un sudor mortal, cayó igualmente desmayado. Al ruido que hizo con su caida volvió Angélica de su congoja, y viendo á su hermano en tan lamentable estado, se persuadió hallarse ya sola en el mundo; cuya idea la causó tal sensacion, que faltó poco para hacer lo que Tisbe viendo á su amigo muerto; pero animada aun por la esperanza, se arrojó á su hermano maldiciendo su fortuna, y á sí misma por su poca consideracion, pues que Carlos por no privarla de su patrimonio ha-

bia preferido la muerte, y ella se negaba al que tan de veras la amaba: en fin, á fuerza de remedios que le suministraron, volvió en sí, y viéndole abrir los ojos y fijarlos atentamente en ella con el semblante de un hombre medio desesperado, le dice: Hermano mio, pues que veo cuál es el rigor de mi desgracia, que es preciso prevenir la suerte cruel de caer en el abismo de una mortal miseria, y que es forzoso, á todo trance, seguir tu consejo, y complacerte, estoi pronta á ejecutar lo que me mandas, correspondiendo de este modo al cariño que me has profesado hasta aqui: anímate y dispon de mí lo que mejor te parezca; pero al momento que me

halle fuera de tu poder, no podrás ya llamarme tuya, ni emplear tu autoridad para impedirme seguir mis resoluciones; jurándote, como desde ahora te juro por el Dios que venero, que jamas Angélica se entregará á ningun hombre no siendo su esposo, y que si alguno intentare otra cosa, tengo resolucion suficiente para sacrificar mi vida á la castidad, como las mugeres ilustres que prefirieron la muerte á la vida con reputacion mancillada: moriré contenta sin infamia ni remordimientos. — Despues de haber pronunciado con entereza estas palabras, prorumpió en un copioso llanto, llena de tribulacion. Cárlos, aunque confuso y pensativo, se consoló

interiormente al oir la conformidad de Angélica en ejecutar lo que la suplicaba, sintiendo un no sé qué en su espíritu, que le presagiaba la fortuna que tuvo despues por este ofrecimiento tan generoso, y partiendo de este principio la dijo: Nunca, querida Angélica, abrigó mi corazon sentimientos infames: tú lo sabes; y de consiguiente soi incapaz de solicitarte para cosa alguna que pueda en lo mas leve comprometer tú bien estar y tu honor: me ofendieras cruelmente si pensases lo contrario; y debes hacerme la justicia de creer que jamas mi lengua te hubiera indicado este pensamiento, si una accion que no tiene igual, como la que acaba de ejecutar Salimbénes con

una generosidad nada vulgar, no me hubiese obligado á ello; y últimamente, que no he sido tan temerario que te haya pedido lo que no pudieses acordarme sin faltar á tu honestidad y á mi honor; á mas de que estoi bien persuadido, de que la honradez y bello corazon de Anselmo no te darán mas disgusto que el que sufres ahora de ser presentada al que hasta aquí hemos mirado como nuestro enemìgo mortal; y creo como imposible que use de ninguna villanía con la que ama tan ciegamente, cuando ha salvado la vida del que aborrecia, teniendo en el dia la mejor ocasion de lograr su venganza. La fisonomía es frecuentemente la que nos indica los sentimien-

tos del corazon, y te suplico, querida Angélica, no te muestres triste y displicente en su presencia; enjuga tus lágrimas; mírale con candor y aire risueño, acordándote en aquel momento de ser él nuestro libertador, y tú el ídolo que adora; pues viéndote afable y reconocida, le inspirarás el deseo de continuar sus beneficios, considerándose suficientemente recompensado con tu liberalidad, y la oferta que yo le haré de nuestra amistad y servicios. Vea el mundo el estremo de dos cosas diversas; el deber luchando con el pudor, y la razon consigo misma. Angélica confiesa que su hermano hace lo que debe, y que ella está ligada á esta obligacion; y al mismo tiem-

po su rango y virginal pudor rompen estos designios del deber, y la inspiran una natural resistencia á ejecutar aquello mismo que conoce ser mui justo: sin embargo, se prepara á observar lo uno y lo otro, pues cumpliendo con lo que debe á su hermano, se propone dejar satisfecha la gratitud á su bienhechor, con la firme resolucion de morir antes que perder infamemente su honor. La singularidad de esta gran virtud fue mas admirable que la continencia de Ciro, Rei de Persia; pues temiendo ser arrastrado de los atractivos de la hermosa y púdica Pantea, no quiso la llevasen nunca á su presencia, á fin de evitar el fuerte influjo de sus ardientes deseos, y

usar de la violencia con la que solo por este medio podria lograr infringiese las santas leyes del matrimonio, faltando á la fe jurada á su esposo. Teniendo pues Salimbénes en su presencia y á su disposicion la muger que con tanto estremo amaba, en vez de abusar de su poder, se mostró mas generoso y noble aun que Ciro, como verá el lector en el discurso de la historia. — Despues que Montánes y su hermana se pusieron de acuerdo sobre el modo de ejecutar su plan, y que Angélica se tranquilizó, aunque siempre llena de temor é inquietud esperando el resultado de este negocio, regresó Anselmo de su cacería, y sabiéndolo Carlos, hizo disponer á

su hermana, pasada ya la media noche; y sin otra compañía que un criado con una linterna, se dirigieron á la casa de Salimbénes, cuyo criado, viendo á Montánes llamando á la puerta á tales horas y con otras dos personas, se sorprendió, sabiendo la enemistad que habia entre las dos familias, é ignorando lo que habia pasado para poder inferir que se trataba de hacer una reconciliacion perpétua, y poner fin á los resentimientos antiguos: con este motivo, lleno de sobresalto, dió cuenta á su amo de hallarse á la puerta el caballero Montánes que deseaba hablarle reservadamente; y habiéndose enterado de quien era la que le acompañaba, no se detuvo en bajar pre-

surosamente; mandó encender dos hachas, se fue á la puerta de su palacio á recibir á los dos hermanos con la dulzura y amistad, que es de inferir de un hombre, que se ardia en amor al mirar en su presencia el objeto de sus ansias, sin haberse atrevido aun á descubrir el secreto de su pensamiento ni el fuego de su pasion. Tan enagenado estaba, que no sabia si se hallaba encantado, ó si habia sido convertido en estátua; pues tal impresion le hizo el ver á su adorada Angélica, y tal admiracion le causó verla en su casa, que por de pronto estuvo sin el uso de la palabra. Cárlos, viéndole confuso, y conociendo que el estremado cariño era la causa de aquella sor-

presa, le dijo: Señor don Anselmo, quisiéramos hablaros á solas, sin que en tiempo alguno pueda haber testigos que revelen nuestra conversacion. —Salimbénes, que estaba enagenado de contento, no supo responder otra cosa sino: vamos á donde gusteis; y tomando á Angélica por la mano, entraron en una sala, y desde allí pasaron á su cuarto, el cual estaba adornado con la magnificencia propia de un señor que era de los mas opulentos y mas ilustres de la ciudad de Sena. Luego que se sentaron y que despejaron todos los criados, empezó á hablar Cárlos con mucha ternura á Salimbénes de esta manera: No estrañareis, señor don Anselmo Salimbénes, que contra las leyes y

costumbres de nuestra república os llame mi dueño y señor; pues en virtud del beneficio que tan generosamente me habeis dispensado, preciso es que yo me constituya espontáneamente bajo la esclavitud que me dicta la lei del reconocimiento: no es dable hallar un hombre tan ingrato en el mundo que pueda olvidar una accion tal como la vuestra, que ha salvado mi vida, mis bienes y mi honor, dando al mismo tiempo á esta virtuosa y desventurada hermana el consuelo de volverme á ver libre, y recuperar el reposo de su espíritu, sin perder la reputacion de su grandeza por la injusta sentencia de un inhumano magistrado una familia infeliz, cuya ruina

sin vos era inevitable. Celebro ser deudor de tantos beneficios reunidos á un hombre tan noble y virtuoso; pero mi alma sufre el tormento de no tener los medios necesarios para manifestaros sus tiernos sentimientos: sin embargo, vengo á ofreceros de corazon mis servicios y la buena voluntad de mi adorada hermana, para que dispongais de los dos á vuestro placer, ya que nuestra mala suerte no nos permita recompensaros de otra manera la proteccion que nos dispensais, bien justificada por el beneficio singular que nos habeis hecho. Conozco que Angélica sola es el ángel tutelar y el íris de paz que anuncia el término de nuestra discordia, pues que os ha decidido á

amar lo que antes aborreciais y vuestros predecesores detestaban; y el mismo motivo que os ha hecho tan clemente y generoso, queremos sea el que nos manifieste pródiges en demostraros nuestro reconocimiento: Angélica viene para haceros ver su gratitud, y se somete á vuestra voluntad mui gustosa, por complacerme y llenar la obligacion en que vuestra generosidad nos ha puesto; y yo que soi su hermano, habiendo recibido de ella este beneficio, os la entrego para que la conserveis en vuestra compañía como propia, suplicándoos, al aceptarla, que mireis la clase de presente que os hago, de dónde viene, á quién la entrego y cómo debe ser tratada.—

Concluidas estas palabras se levantó Cárlos, y se marchó á su casa, reiterando á Salimbénes la oferta de su eterna amistad; y si este se admiró de ver llegar á su casa á los Montánes, y de las espresiones de Cárlos, aun se maravilló mas de su despedida, y del efecto que veia y no esperaba produjese su accion en beneficio del amor que le abrasaba: su gozo y satisfaccion eran inesplicables, al ver en su compañía á la que apreciaba mas que todos los bienes del mundo; pero con pena y zozobra al contemplar triste á Angélica, pues se figuró que todo lo ocurrido procedia mas bien de la generosidad y gratitud de su hermano que del beneplácito de ella: con

este motivo, tomándola de la mano, la habló de este modo: «Señorita, si alguna vez he conocido la variedad y ligereza de las cosas de este mundo, y los caprichos de una fortuna inconstante, ha sido ahora con una prueba la mas manifiesta y estraña que casi no me atrevo á creer teniéndola á mi vista. Es cierto que vos sola sois (y que ninguna otra cosa pudiera ser) la causa del trastorno de mis ideas; pues si fuí libre algun dia, hoi me veo esclavo de vuestras gracias y virtudes; desde tan feliz momento amor iluminó mi razon, humanizándome hasta el estremo de desterrar de mi corazon aquel odio que habia heredado de mis mayores contra vuestra familia,

empezando por el rescate de vuestro hermano; pero veo que la fortuna no quiere concederme la ventaja de ser el vencedor de sus estravagancias, pues que os ha hecho ejecutar una accion que merece las palmas de la nobleza y de la generosidad: no dudo, Señorita, que me hareis justicia en creer que mi corazon no es malvado, y que mis acciones y deseos no se han estraviado de la senda del honor y de la virtud: en este supuesto, la dice abrazándola tiernamente, os suplico no os aflijais, y que os penetreis de mi sinceridad, pues aunque sujeta á mi poder, le teneis vos sobre mí, y debeis tratarme como vuestro esclavo: todo el imperio del amor domina hoi mi cora-

zon y mis sentidos, y no creais ni vos ni vuestro hermano, que yo me apropie ni pueda reclamar la victoria á vista de su resolucion, y de la vuestra en haberle obedecido: mia sois, pues que os someteis á mi voluntad: ya sois una alhaja de mi propiedad; alhaja que sabré apreciar mas que todos los tesoros del mundo: desde este ansiado momento sois ya mi compañera, dueña de mis bienes, de mi corazon y de mi voluntad. No penseis que yo soi aquel amigo solo de la fortuna, que seguia el placer sin la virtud; pues la modestia es la que me manda, y la honestidad la que guia mis acciones. Tranquilizaos pues, Señorita, y estad segura de que jamas otra que Angélica de

Montánes será la esposa de Anselmo Salimbénes; y que mientras yo viva, tendrá en mí la familia de los Montánes un amigo fiel y un defensor.»—Con espresiones tan lisongeras se repuso de su timidez la hermosa Senesa; y reanimado ya su abatido espíritu, se detuvo la cristalina corriente de sus bellos ojos, se mitigó su dolor, y levantándose hizo una modesta reverencia á su fino amante, dándole gracias por su sin par liberalidad, y prometiéndole la fidelidad y cariño que eran debidos á un esposo; y despues de repetidas demostraciones de un recíproco amor, hizo llamar Anselmo á una tia suya, que estaba con él, y la encargó acompañase y cui-

dase á su amada Angélica: despues, siéndole violenta toda demora, envió á llamar á sus parientes mas inmediatos y á sus amigos, á quienes suplicó le acompañasen á evacuar un asunto interesante y urgente, á lo que se prestaron mui gustosos; y haciendo venir á su tia y á su querida Angélica, los llevó con admiracion de todos al palacio de Montánes, donde fueron recibidos con el amor y alegría que es de imaginar. Luego que se hallaron todos en el salon, dijo Salimbénes á su futuro cuñado las palabras siguientes: Señor don Cárlos Montánes, hace pocas horas, que acompañado de esta Señorita, vuestra hermana, habeis estado en mi casa con el objeto de

hablarme sin testigos, y yo vengo á la vuestra acompañado de ellos para manifestaros públicamente mi pensamiento y los sentimientos que abriga mi corazon, y que todo el mundo sea sabedor de vuestra honradez, y vea el modo que yo tengo de obrar con los que me ofrecen su cariño, su gratitud y su apreciable amistad. Luego que dijo esto, sentados todos en círculo, dirigió la palabra al resto de los circunstantes de esta suerte: No dudo, ilustres señores y señoras, os admireis de verme á estas horas y en vuestra compañía en esta casa; conozco que os asiste el mas vehemente deseo de saber el fin de mi pretension, formando esta reunion

en tiempo y lugar tan inesperados; lugar donde nuestros antecesores no han puesto los pies hace medio siglo, ni menos pensaron pisar los umbrales de esta casa en su vida; pero cuando hubieseis reflexionado en lo que tiene de grande el corazon del hombre que huye todo lo que es brutal en el alma, por seguir la senda de la razon, que es lo que se llama espiritual, conocereis que siendo la generosidad y elevacion del corazon la gran señora de la naturaleza, cuando es la que dirige á los hombres, no cesa de manifestar sus prodigiosos efectos, produciendo tan pronto una virtud, tan pronto otra, las cuales germinan contínuamente y hacen

brotar un fruto delicioso; de manera, que cuanto mas se aumentan sus obras laudables y acciones virtuosas, tanto mas diligente es en buscar los medios de hacer brillar los efectos de su escelencia. Esta fuerza del alma, esta generosidad de un corazon noble y sensible, es tan firme en sus operaciones, que aunque las cosas humanas sean tan variables y esten tan sujetas á mudanzas, no puede ser vencida, pues cuando fuese el blanco en que la fortuna ocupase sus tiros, amenazándola y asaltándola de todas partes, no por eso deja de ser estable y firme como una roca donde vienen á estrellarse las olas embravecidas de las pasiones crimi-

nales; de lo que resulta, que las riquezas y estados no pueden elevar el corazon de un hombre de vil condicion, ni la pobreza envilecer la grandeza de ánimo en los que han nacido con sangre noble; pues siempre conservan la rectitud y magestad de su clase. En medio de los reveses de la inconstante fortuna que los aflige, dejan entrever su condicion por la modestia y delicadeza de sus palabras y acciones, y dan á entender que bajo aquella miseria se encubre un alma grande que merece mejor suerte que la que los atormenta. En esto es en lo que brillaba la juventud del monarca de los persas y los medos, criado entre los pastores de su abuelo,

por la generosidad del mayoral de todos sus ganados, y educado en la cabaña de los pastores de la casa real. Os he dicho todo esto, mis queridos amigos, é ilustres señoras, por la grandeza de alma que adorna á don Cárlos Montánes y á su hermana, que sin ofender á nadie me atrevo á decir que son el espejo de la nobleza de esta ciudad. Han sido conducidos hasta el último punto de su ruina, como no ignorais, habiéndose ya casi estinguido su familia, de la que no hai mas Montánes que ellos dos; mas sin embargo de tantos trabajos, no han perdido aquellos sentimientos y delicadeza que siempre distinguen á los que son verdaderamente nobles; por cuyo

motivo fueron á mi juicio demasiado crueles mis antepasados; pues por una pequeña desazon guardaron por tanto tiempo el rencor y el deseo de su venganza, con tal animosidad, que no han cesado de maquinar la ruina y esterminio de su linage; y pues que os veo deseosos de saber el objeto de reuniros, y el de alabar las virtudes de los Montánes, escuchadme atentos, pues voi á comunicaros mi intencion. Hace mucho tiempo que cautivaron mi alma las gracias, honestidad, talento y virtudes de la hermosa Angélica que teneis presente, privándome hasta tal punto de mi libertad y sosiego, que no cesaba de pensar en ella dia y noche, cuya inclina-

cion no me avergüenzo de declararos, cuando se funda en honestos deseos, producidos por el iman irresistible de la hermosura y de las virtudes. Meditaba contínuamente sobre el medio de hacerla conocer mi martirio, y me consumia de suerte, que no hallando en nada placer ni distraccion, llegué á temer perder el juicio ó la vida, si no hallaba pronto un camino que me facilitase este imposible, por la discordia que mediaba entre las dos familias; mas no por esto se disminuia mi afecto, antes bien cada dia me hallaba mas apasionado, creciendo mi mal al paso que se alejaba mi esperanza, la que ha venido á realizarse felizmente del modo que voi á co-

municaros. Sabreis sin duda, pues que ya es público y notorio, que el dia pasado fue acusado el señor Montánes de haber quebrantado los estatutos y bandos del magistrado, y que hallándose preso, sin facultades para satisfacer la multa de la sentencia, debia perecer en un patíbulo segun la lei: viéndole yo en tal conflicto, no podia sufrir se privase de la vida al hermano de la que amo mas que á objeto ninguno de este mundo, y satisfice la multa para que inmediatamente fuese puesto en libertad: no sé por qué medio ha adivinado que esta accion era efecto del amor que yo profeso á su hermana; y movido de mi generosidad, ha querido ser aun mas ge-

neroso en recompensarla, presentándome hace pocas horas á su hermana, para que esta fuese el sello de nuestra reconciliacion y de su reconocimiento, y dejándola en mi poder como si fuese mi esclava. Ahora ved, mis queridos parientes, de qué manera deberé yo corresponder á una accion tan noble y generosa, obrando como caballero, mediando dos personas tan apreciables y de una estirpe tan distinguida. — Sus parientes no sabian qué decir y pensar al oirle esplicar de este modo, ni cuál seria su determinacion. Lo cierto es, que las señoras, al ver el mérito de Angélica, por todos conceptos tan recomendable, se hubieran desde luego decidido por

el enlace de estos dos amantes, si no hubiesen temido la desaprobacion de Salimbénes; mas este, sin detenerse, declaró lo que estaba resuelto á ejecutar, diciéndoles: pues que tanto meditais sobre una cosa ya decretada, sabed, que guiado por el honor, que es el tutor de todas mis acciones, y deseando corresponder á la honradez y liberalidad de estos dos virtuosos hermanos, estoi resuelto á admitir á Angélica por muger y legitima esposa, uniendo de esta suerte dos familias que por tanto tiempo han estado separadas, y haciendo de dos cuerpos desunidos una sola voluntad, cuya determinacion espero merecerá vuestra aprobacion, y que aplaudireis

un enlace, que parece mas bien obra del cielo que un suceso arreglado por los hombres. Sí, hermano mio, dice á don Cárlos. Dios es el que visiblemente ha obrado la maravilla de unir por siempre nuestros corazones, cuyo suceso estaba ya escrito en el libro infalible de sus decretos indestructibles, para que de la miseria vinieses á verte en peligro de muerte, á fin de que mi adorada Angélica llegase á ser el medio de tu libertad, de nuestra reconciliacion y de mi dicha; pues ya en adelante la mas dulce union hará una sola nuestra voluntad y una sola familia de estas dos ilustres casas. — Como esta resolucion era contra la opinion general,

sin embargo de que los parientes de Anselmo la creyesen mui razonable, les causó tanto placer como resistencia, sintiendo cierta complacencia en su corazon sobre esta union, al paso que siendo desiguales en fortuna, no creian le conviniese á Salimbénes, sino por ser Angélica una muger ilustre y virtuosa; mas para desvanecer estas objeciones, hijas solo del vil interes, cedió desde luego la mitad de sus bienes á su querida Angélica, para que pudiese entrar al matrimonio con igual fortuna, adoptando por hermano á Montánes con sustitucion en todos sus bienes en caso de que muriese sin sucesion, instituyéndole desde luego por heredero de la

otra mitad que quedaba de la cesion hecha á Angélica, su nueva esposa, con la que se casó solemnemente en el domingo siguiente con aprobacion y contento de toda la ciudad, que tambien habia padecido mucho con las disensiones civiles de las dos casas.

Tales son las vicisitudes de los sucesos del mundo, que cuando llega á oprimir la suerte en el mas alto grado á los hombres, lo que no puede ganar la honradez, lo vence la misma desgracia en el momento mas peligroso; y no necesitamos citar aqui los muchos ejemplos de los romanos, que despues de una mortal enemistad se han reconciliado, haciendo una alianza indisoluble, induciendo á ello

las dignidades y los honores á los unos, y el interes particular á los otros; á mas de que ninguno puede compararse con el presente en generosidad y delicadeza; pues aqui el uno ha sido arrastrado del fuego de una pasion amorosa, que forzando á la misma naturaleza, le ha hecho realizar lo que jamas hubiera ocurrido á la imaginacion de los hombres. ¿Y en vista de esto vituperaremos al amor asi en general, pintándole con los colores del furor, de la locura y del delirio desenfrenado? No: el amor es el mejor agente de un corazon noble, generoso y virtuoso, que sigue las buenas costumbres, pues siempre se dirige á desterrar toda crueldad y venganza, restituyen-

do por todas partes la paz, la alegría, la clemencia y la generosidad entre los hombres; pues si algunos violan y profanan las santas leyes del amor, y pervierten lo que es virtuoso, no es culpa de un objeto tan dulce y tan santo, sino del que le sigue estraviándose sin conocer su perfeccion; como sucede en toda accion, que siendo en sí mui honesta, es vituperada por aquellos que suelen abusar groseramente de ella, haciendo se mire como un mal lo que no es sino un bien. En el otro vemos pintado un corazon, de tal manera desnudo de aquel abominable pecado de la ingratitud, que si la muerte hubiese debido ser el remedio para llenar su obligacion, no

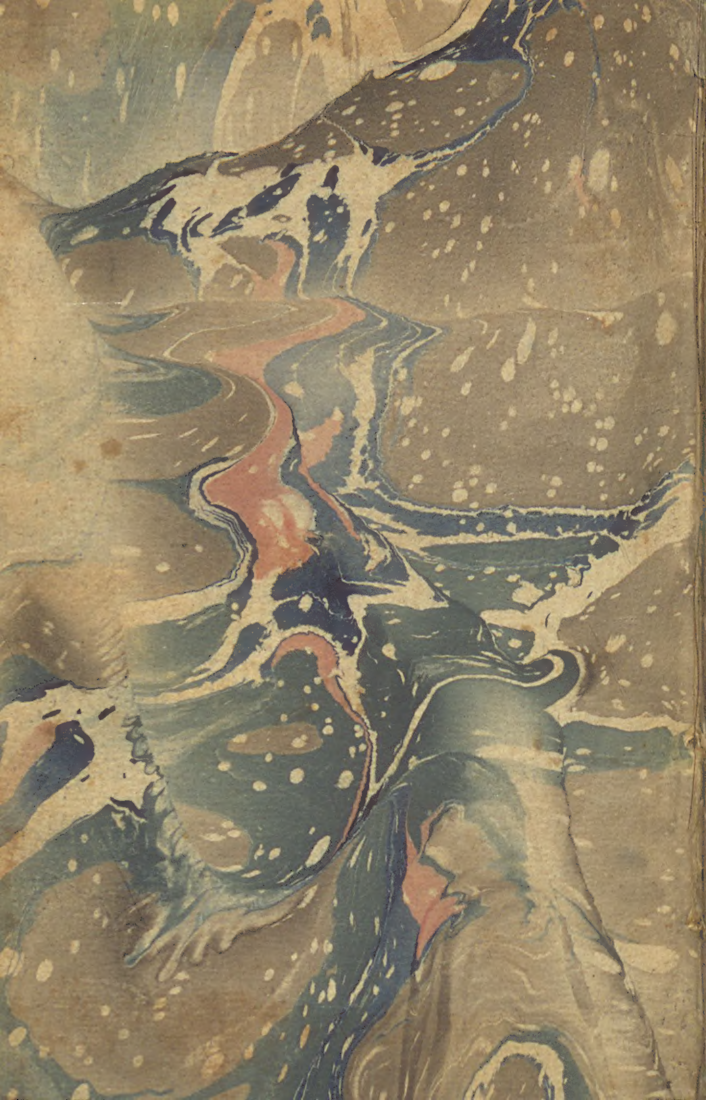
hubiera tenido el mas leve reparo en ofrecer francamente su cabeza al sacrificio. Esta es la fuerza de un corazon noble y reconocido, pues nunca quiere ser menos que otro en liberalidad. Yo os hago ahora pues, lectores mios, esta manifestacion, para que sin pasion reflexioneis sobre los casos que ocurren frecuentemente á los hombres, y me digais cuál de los tres se ha distinguido mas. Aqui veis á un enemigo mortal é irreconciliable que se conduele de la miseria de su adversario, solicitado por la fuerza irresistible del amor, y que al fin le salva la vida. El otro marcha con la gloria de un presente tan esquisito, que un poderoso monarca le hubiera estimado no

menos que un tesoro inapreciable; y Angélica sobresale en cariño y caridad por su hermano con una heroicidad inimitable; pues sin saber si aquel á quien se ofrecia, seria tan modesto como generoso, se presenta al sacrificio de su persona. El primero lleva aun, en la pretension del matrimonio, el aire de un vencedor; pero en nada disminuye su grandeza, y es preciso dar el justo valor á su victoria. Angélica, decidida á morir si las cosas sucediesen contra sus deseos, hubiera podido oscurecer su gloria si la virginidad no debiera preferirse á la misma vida; y últimamente, su hermano parece ir como forzado, y solo por satisfacer su deuda; y no siendo el afecto el

que le hace esclavo de su libertador, podriamos disminuir su elogio; pero dejaremos al discernimiento de nuestros lectores la decision sobre el mérito de cada uno de estos tres personages, encargándoles solamente se dignen dar á esta historia la publicidad que merece, para que sirva de ejemplo de clemencia, de generosidad, de honradez y de gratitud.

FIN DEL TOMO VI.








252
GALERIA
FUNEBRE
5-6
422


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm